

ANTONIA J. CORRALES

Y si fuera cierto



*De la autora del Bestseller internacional
En un vínculo del alma.*

Y si fuera cierto

Antonia J. Corrales

© Antonia J Corrales, 2017

Maquetación: detupuñoytecla.com

Diseño de portada © Karlos Pamplona

e-mail: Karlospamplona.mad@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

Segunda parte

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

A mi madre, allá donde quiera que esté.

«Segunda a la derecha—dijo Peter—, y luego todo recto hasta el amanecer.

¡Qué dirección más rara!»

(*Peter Pan*, James Matthew Barre, 1860-1937)

«Las cosas tienen vida propia, todo es cuestión de despertarle el ánimo»

(*Cien años de soledad*, Gabriel García Márquez, 1927-2014)

Nota de la autora

El pueblo en el que se desarrolla la mayor parte de esta historia existe. No se da su nombre ni su ubicación geográfica para preservar su ecosistema, sus leyendas, sus tradiciones y la magia que lo rodea.

Esta historia puede ser o no una ficción, todo depende de lo que tu mente, tus principios, tu fe o tus creencias te dejen ver.

Primera parte

1

No recordaba haber viajado nunca en un tren tan arcaico. Era lento y destartado, con asientos de madera vieja y eskay marrón decolorado, sucio y aplastado por el uso. Aquel vehículo parecía quejarse en cada tramo del recorrido. Al circular emitía un ruido metálico, constante y monótono que se asemejaba a un quejido. En cada curva que tomaba aparentaba partirse en dos, como si hubiese perdido algún anclaje y con él la posibilidad de seguir su curso por aquellas vías tan primitivas como él. Durante el viaje, a pesar de los traqueteos que dejaron mi espalda maltrecha, conseguí dormir. Aquel duermevela siempre desembocaba en una pesadilla que me llevaba una y otra vez a nuestro último encuentro. A la imagen surrealista de las hojas de arce girando en el aire; rojas, de un rojo tan intenso como irreal. Y de ellas a su copa y a la mía. A la mirada de él, a nuestro silencio, a sus manos soltando las de ella. Al dolor que sentí, al dolor que sé también sintió él cuando nuestras miradas se cruzaron. Al abismo por el que se precipitó nuestra vida en común; al barranco por el que fue resbalando nuestra relación hasta hacerse girones. A nuestras mentiras, a nuestros engaños, a sus sonrisas y mis lágrimas, al luto que acompañó nuestras últimas veladas. A aquellas noches marchitas, adornadas con rosas de pétalos desprendidos y secos que se dejaban caer sobre el mantel blanco, junto a las copas de aquel vino tinto de reserva que dejamos de compartir. Los recuerdos de aquellos días, los últimos de nuestra relación de pareja, se sucedían uno tras otro sin orden ni concierto, componiendo aquella pesadilla hasta que el tren brincaba sobre algún riel ligeramente dilatado y el salto me devolvía al interior de aquel vagón que olía a sueños rotos. Allí todos dormían. Lo hacían como yo, a intervalos cortos. Entreabrían los ojos y quejumbrosos intentaban adoptar una nueva posición. Con la mirada perdida y desorientados volvían a cerrarlos a los pocos segundos, bamboleados por el traqueteo constante y molesto del vagón, al que acompañaba un chirrido que, a veces, se asemejaba a los acordes producidos por las cuerdas de un violín desafinado. Dentro de aquel vagón el presente parecía no existir, al menos esa fue mi sensación, que todos estábamos inmersos en una extraña pausa que no terminaría hasta que el tren llegara a su destino.

Antes de subir a aquel artilugio, que parecía haber regresado del pasado, me percaté de que no llevaba mi ordenador, pero ya era demasiado tarde para regresar. Había esperado más de una hora sentada en uno de los bancos de aquel apeadero que, por su austeridad y decoración decadente, parecía

pertenecer a otro siglo. Cuando a través de los altavoces indicaron la llegada del tren y fui a echar mano de mi equipaje comprobé que solo llevaba el *trolley*. No había cogido el maletín con el ordenador portátil, ni la maleta con mi ropa. Arrecida y sola en aquel paraje que se me antojó inhóspito, gélido, silencioso y demasiado solitario, me recriminé el despiste, las prisas con las que había abandonado mi lugar de residencia. Me reproché haber permitido que mis sentimientos se antepusieran a la razón. Ser tan visceral siempre me había dado problemas y dejar mi ordenador y la maleta con la mayor parte de mi vestuario en casa, era uno más para añadir a la lista.

Apenas recordaba lo sucedido la noche anterior, después de salir del restaurante. Tampoco lo que hablamos Torcuato y yo. Sin embargo, estando segura de que hablamos, no conseguía recordar ni tan siquiera un gesto suyo, ni una palabra que apuntar; nada. Su ausencia era extraña, demasiado inusual y ello me llevó a suponer que, tal vez, le hubiese molestado mi marcha apresurada. Pero lo deseché porque le había manifestado mi deseo de aceptar el trabajo y él se mostró receptivo; me apoyó. Entonces, ¿por qué no se había despedido de mí?, me cuestioné varias veces sin encontrar una respuesta. Todo parecía haber perdido sentido, como si aquello, lo sucedido en el restaurante, no hubiera ocurrido jamás. Sin embargo, la hoja de arce permanecía en mis manos, roja, brillante y esclarecedora; demostrándome que todo era real.

Me marché de forma precipitada. Sentí la necesidad de escapar, de huir. Aquel detalle era lo único que recordaba con mayor claridad. La prisa; la necesidad casi vital de perderme, de no regresar a la casa, de no volver a verle, de no enfrentarme a una realidad que nos perseguía hacia tiempo y que ambos nos negábamos a aceptar. Mi falta de valentía ante aquella situación inesperada, tan infrecuente como posible, permanecía fresca en mis pensamientos arañándose por dentro, haciendo que me sintiera mal. Recordaba una y otra vez sus ojos fijos en los míos y una inusual sensación de ahogo. Aquella presión en el pecho que me impedía hablar y el sonido seco de la puerta de casa al cerrarse tras de mí, parecían adheridos a todos mis pensamientos.

—Estás loca, cómo te vas a marchar a un lugar al que no llega ni la señal de la telefonía móvil. No sabes quién es ese hombre, qué tipo de vida lleva, ni tan siquiera si su identidad es real. Es una irresponsabilidad. Puede ser un paranoico, un perturbado o vete tú a saber—me dijo mi marido una semana antes, cuando le mostré el anuncio que había recortado de la página de ofertas de trabajo de un diario nacional.

—Imagino que habrá algún pueblo cerca desde el que pueda comunicarme. Hoy en día no existe ningún lugar tan alejado de la civilización, tan incomunicado. No dramatices, igual hasta te sientes mejor sin mí. Total, casi que va a ser lo mismo que ahora. No creo que me eches mucho en falta..., ni yo a ti —le respondí en un tono irónico al que no se enfrentó.

Nunca se enfrentaba a mis palabras si estas eran recriminatorias. Le dijese lo que le dijese él simulaba no escuchar si hacerlo le iba a suponer una discusión. Algo que a mí me ponía empírica y que también contribuyó a que nuestro distanciamiento fuese cada vez mayor.

—No te das cuenta de que hasta el anuncio es, cuando menos, un poco raro. No hay ningún dato, ni dirección, solo un número de teléfono móvil. Deberías cerciorarte de que todo es veraz antes de aceptar el trabajo. Tendrías que hacerlo, aunque solo fuese por responsabilidad.

—Tú siempre has dicho que hay que arriesgar, arriesgar para ganar. Pues eso precisamente es lo que voy a hacer. Además, ¿qué tengo que perder?, mi vida es como un juguete roto, un puzle al que cada día le faltan más piezas...

La llegada a la estación fue tan brusca como los baches y desniveles que durante el viaje truncaban mis continuos intentos por descansar. El tren paró en seco. Fue como si sus ruedas metálicas y viejas se hubieran clavado en el suelo de golpe. El sonido que produjo, férreo y estridente, pareció convertirlas en uñas de hierro que se aferraron a las viejas vías, incrustándose en ellas y parándolo

contra su voluntad. A pesar de aquel frenazo brusco e inesperado, del ruido agudo que invadió el vagón, nadie se movió de sus asientos, ni hizo un solo gesto de extrañeza; solo me levanté yo.

En el apeadero me esperaba él, el hombre que me había contratado para que escribiese su vida. Era alto, de complexión fuerte y cojeaba ligeramente de su pierna derecha. Vestía abrigo de paño gris. Sus manos estaban cubiertas por unos guantes negros de cuero. Llevaba la solapa del abrigo alzada y rodeándola una bufanda de lana negra. Su rictus era severo, como su planta, de aire castrense. Si no fuese por aquella sonrisa que me dio la bienvenida antes que sus palabras, habría pensado que no solo su vestimenta y sus ojos eran grises, su interior también.

Me resultó intranquilizador comprobar que nadie más que yo se apeaba en la estación, también la aparente desolación que rodeaba el lugar. Tal vez estuviera equivocada, quizá aquel viaje era una locura, un riesgo que no debía correr, pensé mirando desconcertada hacia el vagón del que terminaba de bajarme. El tren comenzó a moverse paulatinamente, demasiado lento, como si quisiera y no pudiese coger velocidad. Una de las ventanas de mi vagón se abrió y la mujer que había viajado frente a mí se asomó por ella. Sacó su mano y dejó caer una hoja de arce que, llevada por el viento, llegó hasta mis pies. Instintivamente busqué en mi agenda la hoja de arce, la hoja roja del restaurante, pero no estaba. Debí caérseme dentro del vagón, pensé.

Él se agachó, la recogió y con una expresión cálida y entrañable dijo:

—Aquí hay muchos arces —señaló las montañas y el valle—, pero ninguno tiene unas hojas tan rojas como esta, parece de terciopelo. Puedo plastificársela..., si quiere. La convertiríamos en un marca páginas perfecto— afirmó ofreciéndomela.

»Soy Santos, y usted debe ser mi biógrafa, Fabiola, ¿me equivoco?...

2

La noche anterior

Como si fuese una jugarreta del destino, pudiendo ir a cualquiera de los cientos de bares de copas de que había en la ciudad, los dos fuimos a parar al más alejado del centro, al más popular, al más concurrido, al que jamás habíamos ido juntos. Ellos entraron minutos después de que lo hiciésemos nosotros. Pero, a pesar de estar sentados en mesas relativamente cercanas, no nos vimos. En el escenario sonaba *Aquellas pequeñas cosas* de Joan Manuel Serrat. Un cantautor joven, desgredado y tan atractivo como anárquico, la interpretaba en acústico mientras el cigarrillo se le consumía sujeto entre las cuerdas y el clavijero de la guitarra.

Al final de la canción una pareja abrió la puerta de salida y una ráfaga de viento frío se coló en el local. Lo hizo con fuerza, con una naturaleza extraña. Como si estuviera esperando ahí, afuera, en los escalones, a que alguien abriese para entrar de golpe, sin pedir permiso; avasallando. El sonido que produjo fue como el final inesperado y apabullante de una ópera y enmudeció a todos los que allí nos encontrábamos. Incluso los camareros que se hallaban al fondo, en la barra, se giraron en dirección a la puerta. Con él, arrastró dentro un puñado de hojas de arce que recorrieron las mesas como lo hiciera una bandada de pájaros en espantada. Varias se esparcieron por el suelo, en los escalones de la entrada y en los espacios libres que había entre las sillas. Dos se elevaron sobre nuestras cabezas. Eran rojas, de un rojo brillante, tan bello como infrecuente. Casi juntas, rozándose de vez en cuando, se movían en el aire acompañadas. El aforo del local permanecía en silencio. Miraban hacia arriba ensimismados. Aquello parecía ser parte de una realidad mágica que nos envolvió a todos y provocó un silencio inusitado. Tras unos minutos, aún en el aire, llevadas por un movimiento tan rítmico como surrealista, giraron como si estuvieran dentro de un remolino y, de repente, como si hubiesen sido escupidas por él, se apartaron una de la otra en direcciones opuestas. Flotaron unos segundos y cayeron perdiendo, de forma súbita, la magia que las movía. Una se desplomó sobre la copa de él y otra sobre la mía. Fue entonces cuando nuestras miradas se cruzaron, cuando nos hallamos el uno al otro. Él, sin dejar de mirarme, soltó su mano

de la de ella y yo retiré la mía de la de mi acompañante.

La gente seguía absorta en lo que terminaba de suceder. Unos miraban hacia mi mesa y otros a la de ellos. La mayoría reía y comentaba lo sucedido. Lo anecdótico, lo surrealista de aquel episodio, tan bello como extraño. Nosotros permanecíamos en silencio, mirándonos fijamente. Él sonrió. Fue una sonrisa triste, sabia y envejecida. Retiró la hoja y levantó la copa volviendo a mirarme. Yo dejé que Torcuato retirase la que había caído sobre la superficie de la mía. Y fue él, Torcuato, mi acompañante, quien llevó mi mano a la copa y, levantando mi brazo, me ayudó a devolver el gesto de brindis con el que mi marido me obsequiaba desde la otra mesa, junto a una acompañante femenina que, embelesada, le acariciaba el cuello.

Aquel día, aquella noche, mi marido debía estar en Calgary, Canadá, en un congreso. Eso me dijo la semana anterior. Yo con mi madre. Quería despedirme de ella antes de marcharme por un tiempo indefinido a escribir la biografía de un hombre del que no sabía apenas nada, le dije días antes. Pero ambos estábamos en aquel restaurante cenando con nuestros respectivos amantes. Los dos habíamos mentido. Los dos éramos igual de cobardes y cínicos.

«Lo siento», me escribió a través del WhatsApp. Desde el baño. No le respondí. Se había levantado unos minutos después de brindar. Cuando los aplausos espontáneos de la gente ante lo que terminábamos de presenciar cesaron. Pasó a mi lado sin mirarme y yo agaché la cabeza en un ademán embustero de buscar algo en mi bolso. Torcuato, ignorante, ausente de la situación, sin imaginarse que él era mi marido, le saludó con un gesto varonil de complicidad que me pareció estúpido sin serlo. ¡Qué sabía él! , ni en una de sus mejores obras se le habría ocurrido narrar tal situación, me dije, y al instante recriminé mi forma enrabiada y egoísta de pensar.

Fue difícil mantener la compostura, que aquella situación imprevista no me superara. Me costó aguantar el tipo, no fingir una repentina e incipiente jaqueca que me permitiera abandonar el lugar; huir del escenario. Me costó disimular ante él y ante Torcuato que, ignorante, leía, con avidez y entusiasmo, la carta buscando el *carpaccio* de atún que tanto nos gustaba a los dos y que allí, nos habían comentado, era excepcional. Fue extenuante para mí y creo que también para él, para mi marido.

Después de todo ella era guapa, guapa y joven, me dije mientras la miraba de soslayo.

«*Si algún día me engañas, al menos hazlo con alguien que sea más atractiva y joven que yo. De lo contrario, te correré a tortas por imbécil*», solía decirle cuando nuestra relación aún funcionaba. Él, entonces, reía y me daba a entender con gestos y palabras que aquello no sucedería jamás. Jamás, qué palabra más mentirosa.

Torcuato y yo apenas llevábamos viéndonos unos meses, cinco. Lo hacíamos a saltos, como si jugásemos a la comba, con cuidado de nos trastabillarnos porque los dos éramos conscientes de la situación. La primera vez que nos acostamos, nos dijimos que aquello era circunstancial, que ninguno era culpable, que todo venía dado por nuestro aislamiento.

Nos atenaza la soledad del corredor de fondo, como a la mayoría de los escritores, comentamos por el chat. Incluso nos convencimos mutuamente de que aquello, nuestras escapadas, nuestros encuentros furtivos, no eran una traición sino supervivencia y necesidad. Tal vez estuviéramos acertados. Quizás.

Comenzamos como dos colegas que se conocen a través de una red social. Hablando de esto y de aquello, de lo otro y de lo de más allá. De las listas de ventas, de las editoriales, de los personajes de la prensa amarilla que publicaban sus biografías como churros y las venden del mismo modo. De los que nacen con estrella y de los que, como nosotros, lo habían hecho estrellados. Nos leímos parte de nuestras obras, compartimos la trama y los personajes, hasta que una noche cualquiera de un día cualquiera, de cualquier mes, nos supimos y nos habitamos el uno al otro. Una noche cualquiera como aquella en la que todo se hizo añicos de golpe. En la que parte de nosotros dejó de ser lo que era, lo que había sido hasta entonces. En la que el futuro se nos fue.

Quise esperar a que ellos salieran antes que nosotros. No tenía fuerzas para levantarme antes,

para aguantar su mirada tras mis pasos mientras salíamos del local. Por eso le sugerí a Torcuato, después de terminar la cena, tomar una copa allí en vez de, como era nuestra costumbre, hacerlo en su apartamento. Los vi salir. Presenció como él le ponía el abrigo negro de paño sobre los hombros. Lo hizo con la misma delicadeza que tiempo atrás lo hiciera conmigo. Cómo me miró y, al hacerlo, se despidió sin voz y sin gestos. Se despidió, sin más. Hacía tiempo que el tiempo nos había separado. Pero, a pesar de ello, de nuestro distanciamiento, de nuestras ausencias, no sabía bien por qué, me dolía verle con otra mujer.

«Después de esto he decidido aceptar el trabajo. Escribiré la biografía. Creo que será bueno para los dos que hablemos más adelante, cuando nuestras emociones se hayan enfriado un poco. Salgo de madrugada. ¡Cuídate!, y descuida, yo también lo haré.»

Le escribí desde el baño del restaurante, mientras Torcuato recogía mi chaquetón del ropero. Ajeno a lo que realmente había sucedido, cogió mi mano derecha, la abrió y depositó en ella la hoja de arce roja que había bailado en el aire con la de mi marido y que, finalmente, cayó sobre mi copa:

—Guárdala, estoy seguro de que todo esto tiene un significado. Nada sucede por casualidad, tú y yo lo sabemos... —sonrió, hizo una pausa y, mirándome fijamente, dijo: —, aquí no hay arces. No sé desde dónde han venido estas hojas, pero estoy seguro que vienen desde muy lejos. Todo ha sido demasiado extraño y especial. Si incluyésemos lo que nos ha ocurrido esta noche en la trama de una de nuestras novelas los lectores pensarían que tenemos demasiada imaginación...

3

El frío que me dejó entumecida en aquel apeadero inhóspito desapareció al entrar en el coche de Santos. La temperatura en su interior era muy cálida. Ello propició que la cazadora me estorbase. Él, antes de entrar, se desprendió del abrigo y la bufanda. Bajo aquel gabán clásico, de corte militar, vestía unos vaqueros viejos y una camiseta de algodón. Al quitarse las prendas de abrigo pareció rejuvenecer. Se me antojó que su frente era más tersa y su sonrisa más ancha. Le sentí más afín a mí de lo que me pareció al verle según bajaba del tren. Aquello me tranquilizó. Pensar que tendría que trabajar durante meses con un hombre regio y anticuado, me hacía sentir como una polilla atrapada en un armario, con comida pero sin libertad; sin vida. Le miré y sonreí más tranquila, esperando a que conectara el aparato de música y en él sonase Luis Eduardo Aute o Sabina. Sería perfecto, si cabe, aún más tranquilizador, pensé.

—Espero que recuerde que en el pueblo no tenemos línea telefónica y menos red inalámbrica, ¿sí? —me preguntó mientras introducía la llave en el contacto del coche y lo arrancaba.

—Sí, sí, por supuesto—le respondí mirando la pantalla de mi teléfono móvil con cierta inquietud y añoranza. La cobertura hacia horas que había desaparecido del visor.

—Entonces, si no quiere hacer una última llamada desde la estación nos vamos ya..., —hizo una pausa esperando mi respuesta y yo le contesté con un movimiento negativo de mi cabeza al tiempo que metía el teléfono móvil en el bolso. Lo dejé caer dentro con despreocupación y pena, más lo segundo que lo primero.

No sabía si iba a poder prescindir de aquel aparato que había pasado a formar parte de mí. Sin él andaría un poco coja, huérfana y perdida. Estaba segura de ello. Incluso me imaginé buscando cobertura encima de cualquier tejado del pueblo, desesperada, cogiendo mil posturas imposibles con el móvil en la mano. Dirigiéndolo hacia un lado u otro, arriba o abajo mientras la gente me señalaba comentando mi detrimento de formas, mi locura.

Cuando el coche comenzó a moverse me giré y miré hacia el apeadero, a la casucha de piedra con sus dos balcones llenos de plantas, a las vías vacías y a los postes de madera ennegrecida y vieja que sujetaban los cables de la línea telefónica. Todo era tan de antaño, tan de otra época que pensé que, de

seguro, si llamaba desde allí tendría que hacerlo a través de una operadora. Aunque también tenía su encanto, me dije sonriendo con cierta tristeza. Después de todo, si el síndrome de abstinencia comunicativa me sobreviniera, siempre me quedaría aquel apeadero ancestral para ponerme en contacto de nuevo con la civilización, aunque fuese a través de una operadora de voz entubada y hueca.

—¿Está segura de que no quiere hacer una llamada antes de que salgamos hacia el pueblo? — insistió fuera ya del estacionamiento.

Hice un gesto dubitativo y él apagó el motor. Se bajó y abrió mi puerta.

Pareció adivinar mis pensamientos, porque hacía unos minutos que mi mirada se había quedado prendida en aquella fachada de frío granito, en las piedras rectangulares que formaban la casa del apeadero. Jugeteaba con el rojo, el amarillo y el rosa de las flores que colgaban sobre la barandilla de los balcones e intentaba adivinar la vida al otro lado de las paredes. Con ello, con todas aquellas reflexiones, fui yéndome sin querer a Torcuato; a Ezequiel, mi marido, a las redes sociales, a la valoración del texto que dejé incompleta, a los personajes de aquella novela imposible que llevaba escribiendo más de dos años y..., a mi madre. Ella apenas notaría mi ausencia, pensé invadida por la tristeza, por un sentimiento amargo. Hacía años que se había ido yendo. Fue poco a poco, olvido tras olvido, hasta olvidarlo casi todo, menos mi voz y la canción de cuna que le cantaba cada vez que iba a verla a la residencia.

—Lo siento, discúlpeme. Necesito hacer una llamada—dije deshaciendo entre mis dedos una lágrima que intentó, sin conseguirlo, delatar mi tristeza ante él...

—Las líneas no funcionan bien aquí. Solemos tener cortes constantes. Es lo malo de vivir tan alejado de la ciudad—me explicó el empleado de la estación ofreciéndome el teléfono. Un aparato negro de mesa con el marcador numérico de rueda.

Durante varios minutos intenté contactar con la residencia sin conseguirlo. El número comunicaba. Lo mismo sucedía con el móvil de Torcuato, con el de Ezequiel, con el de la editorial e incluso con el fijo de mi casa. Finalmente, contrariada y nerviosa, desistí.

—Quizás el próximo día haya más suerte—expuso el hombrecillo sonriente—, suele colapsarse la línea. Ya sabe, todo es cuestión de población y aquí no llegamos ni a los cincuenta. No somos rentables. El pasado invierno, cansado ya de dar parte de una avería, yo mismo hice un remate en el tendido—y señaló uno de los cables envuelto en cinta aislante de un color malva que se me antojó extraño e irregular, más indicado para prender un papel de regalo que para aquellos menesteres—, la dejé como nueva—concluyó irguiéndose orgulloso.

—Seguro que sí—le respondí sin poder dejar de mirar, con cierto asombro, el malva de la cinta americana—, muchas gracias.

Y volví al coche, a aquel Seat 1500 blanco, de asientos de eskay corintio, en el que, como si una vez más Santos hubiera leído mis pensamientos, sonaba Luis Eduardo Aute. Antes de cerrar la puerta, ya sentada, me incliné ligeramente hacia abajo y miré las ruedas. Eran finas. Demasiado estrechas para recorrer un camino pecuario, pensé, porque eso era lo que parecía el camino que estábamos a punto de tomar: un sendero solo apto para el ganado. No para aquel modelo sin dirección asistida y una amortiguación de juguete. Y eso, una amortiguación resistente ante los desniveles y baches, después de aquel viaje era lo que mis huesos reclamaban, eso y una dosis alta de analgésico.

«Esto es una chusta», pensé cuando el primer bache hizo que mis vértebras dorsales se resintieran. Me llevé la mano instintivamente a la espalda e intenté, dolorida y quejumbrosa, enderezarme en el asiento, adoptar una postura más cómoda.

—Tiene usted razón—dijo Santos girando su cabeza y mirándome unos segundos—, es una chusta de camino. Me gusta lo de chusta, no lo había escuchado nunca— se sonrió pensativo y volvió su mirada hacia la carretera.

No le respondí. Le miré y sonreí desconcertada e inquieta porque yo no había dicho nada. Estaba

completamente segura de que no había articulado una sola palabra.

4

No recuerdo el tiempo que transcurrió desde la estación hasta que llegamos al pueblo, sí el alivio que sentí cuando, después de una gran curva, los baches e irregularidades del firme desaparecieron. La carretera se convirtió en una línea recta y llana delimitada a izquierda y derecha por fresnos que sombreaban todo el recorrido.

—Ya hemos superado lo peor del trayecto—dijo Santos mirándome de reojo—, de aquí en adelante todo es llano.

Suspiré aliviada pero intranquila porque al mirar hacia atrás tuve la sensación de que todo se desdibujaba. Fue como si el horizonte solo existiera en una dirección, como si ya no pudiéramos regresar. El polvo que levantaban las ruedas al circular por aquel camino de tierra no dejaba ver más allá del maletero del coche. Llevada por aquella opacidad tan irregular pensé que tras aquellas partículas de tierra seca no había nada; que el mundo que yo conocía había desaparecido. Fue una sensación tan fuerte que instintivamente busqué alterada mi teléfono móvil en el bolso. Lo encendí y comprobé si tenía cobertura, incluso bajé la ventanilla. Saqué mi mano fuera del vehículo y moví el aparato en varias direcciones intentando que conectase sin conseguirlo. Santos conducía tarareando una de las canciones de Aute. Lo hacía bajito, casi en un siseo, mientras sus dedos golpean el volante siguiendo el ritmo de los acordes. Le miré varias veces, con descaro, con expresión de incredulidad. Mentiría si dijera que no intenté llamar su atención porque solo me faltó gritarle un: ¡Hola!, estoy aquí. Pero no lo hice porque aparte del miedo y la sensación de inseguridad, también me sentí un poco ridícula. Era tarde para dar marcha atrás, para desandar lo andado, al menos en aquel momento. Y tampoco había sucedido nada lo suficientemente alarmante como para salir corriendo. Sin embargo, estaba asustada. «Mañana será otro día», me dije guardando el teléfono en el bolso y volví a mirar hacia atrás aún inquieta. Todo seguía igual, cubierto por el polvo denso que levantaban las ruedas del coche.

—Si quiere volver a llamar por teléfono a su madre, no tiene más que decírmelo y el día que quiera la llevaré a la estación. Como ya le he dicho, la comunicación es mala, casi pésima, pero a veces funciona. Lo que no va a conseguir, aunque se suba al cerro más alto, es cobertura para su móvil. Ya se lo dije—remarcó el verbo y alargó la última vocal de la palabra—.Puede intentarlo, pero terminará con la

muñeca dolorida—se sonrió y sus dedos volvieron a golpear el volante, rítmicos, extraordinariamente acompasados.

»Espero que no se arrepienta de haber aceptado el trabajo. Llevo tiempo intentando encontrar un biógrafo. Vino uno antes que usted, pero se marchó sin previo aviso. Dejó el trabajo a medias —esbozó una media sonrisa que me pareció irónica —, creo que lo dejó por motivos de acomodo. En cierto modo es comprensible. La vida aquí es muy diferente. Es difícil adaptarse.

—Pensé que yo era la primera—dije con la voz entrecortada.

—Nooo. Usted es la segunda que contrato y..., espero que sea la última—me miró y señaló al frente—, ya hemos llegado.

Atardecía, solo recuerdo que aquel día, cuando llegamos al pueblo, el sol comenzaba a caer y que ella, Jacinta, nos esperaba frente al camino. Su figura me pareció un recortable sombreado por los rayos que se iban yendo en el aquel horizonte tan rojo como la hoja de arce que guardaba en mi agenda y que se convirtió durante mi permanencia en aquel lugar en la única prueba de que mi vida, antes de llegar allí, existía; que era real.

—Encantada de tenerla con nosotros—dijo abriendo sus brazos como lo hacen las abuelas al recibir a los nietos. Incluso se agachó ligeramente para recibirme, a pesar de que su estatura era inferior a la mía.

Aquello me hizo sonreír abiertamente. Su actitud cercana y cariñosa me hizo recobrar de golpe la seguridad. Su abrazo me insufló calma. Fue una sensación tan cercana que me estremeció tanto como si fuese un reencuentro, como si ya hubiéramos estado juntas en otra ocasión. Como si nos conociésemos desde siempre. Incluso su olor, aquel olor a campo y vida que desprendía me resultó demasiado familiar y tranquilizador.

—Está cansada, pero, sobre todo, asustada. Ya le dije, Jacinta, que debía acompañarme, que no es lo mismo traer a un hombre por estos andurriales que a una mujer. Creo que lleva todo el trayecto pensando que estaba en manos de un psicópata—expuso Santos sin mirarnos, pero sonriéndose divertido mientras sacaba el *trolley* del maletero del coche.

—Cuánto lo siento, hija—dijo ella con un gesto sincero de pesar en su rostro—, mis huesos ya no soportan los baches de ese maldito camino. Solo salgo del pueblo en ocasiones muy contadas y cada vez que lo hago me encuentro peor, como en una pesadilla. Estoy segura de que es la consecuencia de respirar ese polvo que te deja ahogada. Ese polvo morado que lo cubre todo cada vez que algún coche recorre el camino.

Instintivamente me giré hacia la carretera. El polvo que aún se divisaba en el horizonte empequeñecido por la falta de luz, era, tal y como había dicho Jacinta, morado. Debí demudarme porque Santos se acercó a mí y me dijo bajito, casi en un susurro:

—No se asuste. Aquí los colores varían según la luz del sol. Ya se irá acostumbrando a ello, es un efecto óptico, no tiene nada de especial. Aunque sea algo espectacular e infrecuente, aquí es normal, al menos para nosotros—y miró a Jacinta que se sonrió.

Pero no solo fue el color morado lo que demudó mi expresión facial, lo que me hizo palidecer, también la inexistencia del camino. La carretera de tierra por donde habíamos transitado hasta llegar al pueblo, ya no estaba allí. En su lugar había cientos de arces con sus hojas de diferentes colores, como si cada uno de ellos estuviera atravesando una estación distinta.

—Pero..., pero...—balbuceé—, el camino, el camino no está. No hay camino—dije nerviosa, girando sobre mí misma, buscando una salida de aquel lugar.

—El camino está detrás del bosque de arces. Lo hemos rodeado. Lo hicimos justo cuando guardaba el móvil en su bolso. Mientras revisaba las notas de su agenda, ¿no lo recuerda? —me preguntó Santos con expresión de preocupación.

—No hay otra forma de llegar aquí, hay que rodear el bosque—explicó Jacinta mirándome

contrariada—.Lleva usted demasiadas horas de viaje. Necesita descansar—concluyó poniendo su mano derecha sobre mis hombros e indicándome que nos dirigiéramos al caserón, le hizo un gesto a Santos. Como si entendiera que mi estado de ánimo me estaba jugando una mala pasada y que él, Santos, no debía preocuparse. Ella se encargaría, lo tenía todo controlado.

Tal vez fuera así, pensé. Quizás lo sucedido la noche anterior y las horas de viaje en aquellas condiciones ancestrales habían hecho mella en mi raciocinio.

—Se avecina tormenta—indicó Santos señalando el cielo—, hemos llegado a tiempo para resguardarnos.

Un viento fuerte comenzó a cimbrar las hojas del bosque de arces que habían tomado un color rojo fuerte y brillante, abandonando la variedad de tonos que tenían cuando yo los había visto por primera vez. Y el polvo, aquel polvo morado, también era rojo, casi granate.

Miré a Santos y él, como si una vez más hubiera leído mis pensamientos, dijo:

—Es un simple efecto óptico. Ya le dije, la luz aquí es muy especial. Se acostumbrará.

5

Quizás si Santos me hubiera entregado los escritos más tarde en lugar de hacerlo el mismo día que llegué, no me habría sentido tan desamparada, con aquella sensación de impotencia e inseguridad; como si me hubieran apuñalado por la espalda. La tristeza que me produjo tener conocimiento de su engaño me hizo sentir estúpida y un tanto ridícula. Al ver su letra sobre las planas apunto estuve de marcharme. Sentí un deseo casi irrefrenable de abandonar, de salir corriendo de allí inmediatamente. Pero no lo hice. Tragué saliva, controlé mis emociones y cogí la carpeta que Santos me tendía.

Jacinta describió las cortinas de algodón azul añil de la ventana de mi habitación. Eran demasiado largas por lo que arrastraban unos centímetros sobre el suelo de madera vieja y deslucida. Tupidas y pesadas no dejaban que ni un solo rayo de sol entrase en la habitación. Tras ellas había unos visillos finos y blancos, de un blanco lechoso que se me antojó inusual, como lo eran todos los colores en aquella zona. Al mirarlos sonreí porque recordé la afirmación que Santos había hecho hacía apenas unos minutos: «ya se acostumbrará», dijo. Pero yo no estaba segura de ello, de acostumbrarme, pensé. Jamás había conseguido acostumbrarme a nada. Iba y venía por la vida como un cometa errante, sin destino, sin horizonte, sencillamente me dejaba llevar. Me gustaba no acomodarme a nada porque había comprobado que hacerlo lo convertía todo en rutina, en cotidianidad. Aquella gama de colores no se merecía que me acostumbrase a ella, eran demasiado hermosos. No podían convertirse en algo cotidiano. «Santos se equivocaba», pensé sonriendo.

Llovía, con fuerza, como si el cielo fuera a romperse, a partirse en mil pedazos. Los goterones, arrastrados por el viento fuerte y racheado, golpeaban los cristales. Mis pensamientos, anárquicos y doloridos, iban y venían con ellos. Se estrellaban contra las planas, sobre sus letras, de igual forma que lo hacían las gotas de agua al pegar contra el ventanal. De vez en cuando un relámpago iluminaba el horizonte que seguía pareciéndome demasiado breve. Delimitado por aquel bosque de arces que ahora, con sus hojas empapadas, aparentaban llorar ante mí, unirse a la sensación de soledad y desamparo que sentía en aquel momento.

Jacinta me dejó sentada sobre la gran cama de madera, coronada por un dosel tan enorme como

espantoso. Me quedé allí, ensimismada, con la mirada perdida en el ventanal. Los folios manuscritos permanecían sobre la colcha de algodón azul añil, como las cortinas. Resplandecían como si fuesen fluorescentes sobre aquel azulón casi eléctrico.

—Nos vemos en tres horas para la cena—dijo pensativa, mirando mis manos que no paraban de extender los folios sobre la cama sin control, como si estuviera formando con ellos un rompecabezas y cada plana fuese una pieza de él.

Cerró la gran puerta de madera con cuidado, como si le diese apuro sacarme del ensimismamiento en el que me encontraba, como si me supiese o adivinara mi incomodidad ante su presencia. Escuché el sonido de sus pasos alejarse por el pasillo e instintivamente volví a mi teléfono móvil, a buscar cobertura, a intentar ponerme en contacto con él, pero, una vez más fue inútil, no lo conseguí. Miré los folios y recordé las palabras de Santos unos minutos antes, cuando me los entregó:

—Creo que pueden servirle de ayuda antes de empezar el trabajo —dijo al entrar en la casa y cogiendo una carpeta que tenía sobre la consola de la entrada—. Estos folios son lo único que dejó el biógrafo que contraté. Era escritor profesional, como usted —sonrió y extendiendo su mano me los entregó—. Era bueno redactando. Me gustaba. Sentí que se marchase sin avisar. No dejó ni una nota de despedida o explicación...

Reconocí la letra al instante. La T estirada, altiva, fina y esbelta, como él. Incluso, al cogerlos, percibí el rastro que su perfume había dejado en las planas. Evoqué su sonrisa cuando le enseñé el recorte del periódico con el anuncio. Como lo leyó en voz alta ante mí:

—Es una oportunidad. Sí, estoy seguro de que lo es. Yo en tu lugar no me lo pensaría dos veces. La única pega puede estar en que tienes que ceñirte a lo que él te vaya narrando y a su conformidad con lo que escribas y, ya sabes; te puedes encerrar en una jaula de oro.

»Por mi parte, y si me permites ser egoísta, me gustaría que no lo aceptases. Si te vas, voy a estar demasiado tiempo sin verte. Te voy a echar en falta mucho. Aunque, lo mismo me lío la manta a la cabeza y hago una escapada para verte...

—¿Está bien? —preguntó Santos preocupado al ver que no articulaba palabra, que permanecía en silencio con los folios que él me había dado en la mano.

—Sí, sí...—dije con dificultad, con la voz entrecortada. Hice una pausa y, sin dejar de hojear los folios, evitando mirarle, le pregunté—, ¿cómo me dijo que se llama el escritor?

— Se llama Torcuato Aguilar, pero no se lo dije—respondió—. Quizá lo conozca.

—No, no he leído nada de él —dije.

Mentí. Intenté disimular la angustia que me hizo sentir la confirmación de que él, Torcuato, me había pisado el trabajo, que había estado allí antes que yo, que me había engañado.

Santos, como si se hubiera percatado de mi mentira, frunció el ceño, permaneció pensativo unos segundos y dijo:

—Mejor. Estimo que es una ventaja el hecho de que no le conozca. He valorado la posibilidad de utilizar su material. Considero que si usted lo lee, evitaré tener que volver a relatarle todo de nuevo. ¿Le parece bien?

Asentí con un movimiento afirmativo de mi cabeza. Cerré la carpeta y seguí a Jacinta que, sin dejar de observarme de soslayo, me condujo hasta mi habitación.

Durante las tres horas siguientes permanecí sentada sobre la cama con los folios cubriendo casi la totalidad de su superficie. No leí nada de lo que había escrito en ellos. Fui incapaz. Mis pensamientos iban y venían. Buscaba una respuesta coherente a la extraña actitud de Torcuato, a lo que había hecho. No entendía por qué no me había dicho que había estado allí, que había aceptado aquel trabajo antes que yo. «Tal vez», pensé, «por ello no se despidió de mí.» Rabiosa revolví los folios, los aplasté con la palma

de mis manos, como si con ello fuera a borrar sus letras. Algunos cayeron al suelo, otros se esparcieron del revés y del derecho sobre la colcha. Uno de ellos fue a parar a la mesilla de noche. Quedó sujeto solo por una de sus esquinas, como si estuviera prendido a ella, adherido. Me acerqué y lo cogí. En él Torcuato había escrito:

«No puedo seguir aquí más tiempo, no puedo. ¡No lo soporto más!»

6

—Si busca a Santos está abajo, en su despacho, embalando parte de sus pertenencias—dijo Jacinta al verme entrar en la cocina.

—¿Embalando?—pregunté sorprendida—. No pensaré marcharse y dejarme con el montón de folios que me ha entregado. No creo que me sirvan para mucho.

—No se preocupe, el pobre no puede marcharse hasta que no concluya su biografía. Si tenemos suerte, será usted quién le ayude a conseguirlo. Cuando la vi bajarse del coche tuve la sensación de que nos habíamos visto en otra ocasión —hizo una pausa, me miró y se encogió de hombros. Su gesto me pareció la respuesta a un comentario que yo no hice—. Aunque usted no lo crea y piense que soy una anciana un poco desorientada, no es así. No suelo equivocarme en mis percepciones —dijo en un tono tajante y seguro. Después me miró fijamente, como si me recorriese por dentro, incluso me pareció sentir como se adentraba en mí—. Tal vez nos conozcamos desde siempre y no lo recuerde. La memoria es más frágil y selectiva de lo que pensamos.

»Parece repuesta del viaje, tiene muy buen aspecto, ¿me equivoco? —preguntó cambiando el tema de conversación.

—Sí, sí, he podido descansar un rato, no lo suficiente, pero me encuentro mejor—mentí.

Estaba más aturdida que a mi llegada. La lectura de las palabras de Torcuato me intranquilizó. Al leerlas, sentí su angustia y pensé que si él había sentido aquella sensación de ahogo, aquel encarcelamiento, tarde o temprano, a mí podría sucederme lo mismo. Ambos nos parecíamos demasiado.

—Me alegra escuchar eso. Ya verá como poco a poco se siente como en su casa. Si acepta un consejo, le sugiero que se tome unos días de asueto antes de empezar con el trabajo.

—No tengo inconveniente en comenzarlo hoy mismo si así lo quiere Santos. Además, cuanto antes termine más pronto podré regresar. No pensé que este lugar estuviera tan alejado, tan aislado. He dejado asuntos sin cerrar y como no hay manera de comunicarse ando un poco angustiada porque no lo había previsto.

—Pues la angustia y las prisas no son buenas compañeras de viaje. Tómeselo con calma. Aquí

todo es fácil y sencillo. El tiempo transcurre más despacio. Disfrute de ello. No todos tienen esta oportunidad.

»La tercera puerta del pasillo es la del despacho de Santos. En media hora estará la cena. No tarden o se les quedará fría...

Santos estaba sentado en el suelo de madera, rodeado de discos y cajas de cartón marrón con vinilos. Algunas de las cajas estaban llenas, pero permanecían abiertas; como si su disposición o contenido aún no fuera el definitivo. Le observé en silencio durante unos minutos. Él pareció no percatarse de mi presencia. Apoyada en el quicio de la puerta seguí el movimiento pausado de sus manos, el ademán que hacía al ir colocando los discos de vinilo por orden alfabético. Los ubicaba despacio, con mimo y precisión. Estiraba la funda de plástico transparente que protegía las fundas de los discos y después los depositaba entre cada una de las separatas de colores marcadas con las letras del abecedario.

Mirándole recordé a Ezequiel, mi marido, y nuestra primera crisis conyugal, cuando me sugirió darnos un tiempo. «Qué absurdo», pensé en aquel momento, mientras le escuchaba. «Cuando quieres y te quieran lo que más añoras es tiempo para estar juntos», me dije mirándole inquisitoria y, en cierto modo, molesta. Mientras me hablaba, cabizbajo y rehuyendo mi mirada, no pensé en que hacía tiempo que el tiempo nos había separado. Que en aquellos momentos el amor que sentíamos el uno por el otro había comenzado a deslizarse por un precipicio en el que finalmente desapareció.

La vida había pasado por nosotros sin que apenas pasásemos uno por el otro. Los años se habían precipitado. Los días habían sido tan veloces como un destello de luz; como el rastro luminoso de una estrella fugaz. Como aquel gesto que creíste ver y nadie más que tú presenció. Como la niñez perdida entre los colores vivos de la plastilina o el olor de los cuadernos y los libros por estrenar. La magia fue yéndose poco a poco y de puntillas, sin hacer ruido; del mismo modo en que llegó. Su marcha dejó los días sin luz ni color. Nuestra vida en común quedó exigua. Pingaba como las prendas que encojen de forma desigual; haciendo que nos torciésemos, que inclinásemos nuestras emociones, nuestros sentimientos, que nos sintiésemos incómodos uno junto al otro. Hacía tiempo que los dos, a pesar de vivir juntos, nos habíamos marchado uno del otro. Aunque nos mintiésemos, aunque lo negásemos, nos habíamos convertido en simples compañeros de piso, en amigos. Nada más.

—¿Le gusta el Jazz? —preguntó Santos sacándome de mi ensimismamiento.

Mis ojos estaban fijos en la carátula de uno de los LP de Miles Davis, *Kind of Blue*. En la foto de él tocando la trompeta. Aquel LP del año 59 cambió la historia del Jazz y la mía, cambió mi vida. La primera vez que Torcuato y yo nos besamos sonaba *Sowhat*.

—Sí. Mucho. La culpa de ello la tiene un buen amigo. Él fue quien me dio a conocer a Miles Davis —dije con la voz entrecortada, añorando aquel momento.

Volví a mirar la carátula del disco y rememoré aquella noche, el sonido de la trompeta de Miles Davis dentro del coche. Sus labios sobre los míos. Sus dedos deslizándose por mi nuca. Aquella sensación contradictoria y al tiempo maravillosa que me produjo sentir sus manos recorriendo mis muslos. El pensamiento turbador de que quizás estuviera cometiendo un error, un error que me hacía sentir demasiado bien, que había conseguido revivir mi deseo, mis ganas.

—Qué curioso, Torcuato tenía predilección por este LP—lo levantó, me lo enseñó, y se dirigió con él al tocadiscos—. Voy a ponerle la canción que más le gustaba. Me contó que sonaba en un momento muy especial, cuando besó por primera vez a la mujer de su vida. Pero ya sabe, la vida es una imperfección en si misma. Ella está casada. Así es el amor de caprichoso y malvado—insertó el vinilo en el plato, levantó el brazo de éste y depositó la aguja en su superficie—. Tal vez abandonó el trabajo por ello —hizo una pausa, miró al suelo y movió su cabeza levemente de izquierda a derecha, como si estuviera repasando sus palabras y se arrepintiera de no haber reflexionado antes sobre ese punto—. Es probable. Quizá nada tuvo que ver que este sitio sea un lugar tan aislado. Quizá no soportó estar tanto

tiempo sin verla, ¿no cree?

7

La lluvia seguía arreciando. Los goterones que caían del tejado golpeaban con fuerza las losetas de barro cocido de la entrada, se estrellaban contra ellas deshaciéndose y formando pequeños charcos. A los lados, bajo los canalones de bajada, había dos aguazales que amenazaban con invadir la entrada de la casa.

—Llueve con demasiada fuerza y constancia—dije abstraída, mirando por uno de los ventanales del salón—. Esta lluvia, su persistencia, me produce una impresión extraña. Cada vez que miro por la ventana tengo la sensación de que sufro un *deja vu*.

—Suele llover así todas las tardes. No es un clima tropical, pero lo parece —respondió y sonriendo se dirigió al mueble donde estaban los licores—. Hay Ginebra, Whisky... —hizo una pausa y me miró fijamente, como si intentase adivinar mis pensamientos, robármelos—. Creo que lo más adecuado es un Limoncello. Después de una cena tan copiosa hay que tomar algo que ayude a hacer la digestión, con más motivo a estas horas tardías.

Sus ojos regresaron a aquella expresión tan especial, tan cercana que me desconcertaba y, al tiempo, me recorría por dentro como si fuese un recuerdo impreciso y borroso, como si hubiera formado parte de mi vida en algún momento que no era capaz de recordar pero que estaba segura había existido.

—Gracias —le respondí.

Y volví la mirada hacia el ventanal, a las gotas de agua sobre el suelo, a los aguazales. Mis pensamientos regresaron junto a Ezequiel. Se detuvieron en la hoja de arce y volví a preguntarme, una vez más, qué hacía allí, por qué me había dejado llevar por la ira, por la rabia. ¿Qué derecho tenía a sentirme dolida cuando le vi con otra mujer? ¿Por qué me lastimaba tanto saber que otra persona había ocupado mi lugar, si sabía, desde hacía tiempo, que tarde o temprano aquello iba a suceder?

El sonido del licor amarillo cayendo en los vasos acompañó bajito y temeroso a la voz de Cat Stevens que sonaba en el tocadiscos, al ruido de la lluvia golpeando con fuerza el tejado y a mi corazón que en aquellos momentos latía desacompañado.

—Es usted una mujer muy valiente Fabiola —dijo dándome el vaso y levantando el suyo para

brindar—. ¡Por su valentía!

—No entiendo —dije.

—Aceptar este trabajo sin conocer el lugar, sin saber nada de mí, es toda una muestra de valor. Incluso, me atrevería a decir, de coraje. Imagino que antes de venir lo habrá comentado y le habrán dicho que era un riesgo. Estoy seguro de ello. Yo mismo se lo habría dicho.

—¡Vaya! —exclamé—. Qué tranquilizador. Si usted piensa que estoy corriendo un riesgo al aceptar su trabajo, es para no preocuparse —le respondí en tono sarcástico, aunque con un cierto temor que intenté ocultar.

»Sí, me lo advirtieron.

—¿Y lo sopesó? —preguntó con expresión divertida y una media sonrisa que iluminó sus ojos.

—No, para qué hacerlo. Mi vida tiene varios rotos imposibles de remendar y antes de decidirme a venir ya me había colado por uno de ellos —expuse recordando a mi marido. Nuestra vida en común. Nuestro distanciamiento—. Si le soy sincera me siento como si estuviera en la cima del Salto del Ángel. Extasiada por todo lo que me rodea, pero con miedo a precipitarme por la catarata en cualquier momento.

—No crea que es la única que tiene la sensación de estar suspendida en el vacío o a punto de caer por él, yo llevo así bastante tiempo —dio un trago largo y volvió a llenarse el vaso.

Levantó la botella ofreciéndome más licor. Negué con un movimiento de cabeza y le enseñé mi vaso que aún estaba casi lleno.

Él permanecía de pie, yo sentada en uno de los sofás. Era marrón oscuro y tan duro e incómodo que me obligaba a mantenerme medianamente erguida. Bonito y decorativo, pero solo eso, decorativo y caro. Demasiado caro, como muchas de las cosas de las que nos rodeamos, pensé revolviéndome incómoda en él, intentando, sin conseguirlo, adaptarme a su diseño elitista y, como tal, encorsetado.

Caminó hasta el ventanal y me dio la espalda. Permaneció con la mirada fija en el exterior, perdido en algún pensamiento. Ensimismado. Como si estuviera solo en aquel gran salón, como si para él lo habitual fuese no tener compañía. Fue tal su abstracción que, durante aquellos minutos de silencio en los que solo se escuchaba el sonido de la lluvia y la voz de Cat Stevens, estoy segura de que si me hubiese marchado, Santos, no se habría percatado de mi ausencia.

—El amor es lo único que hace que este mundo siga existiendo, ¿no cree? —dijo dándose la vuelta. Me miró con expresión relajada, como si llevásemos hablando horas sobre ello. Como si pensara que yo era partícipe de los pensamientos que lo habían acompañado frente a la ventana, o él hubiese estado reflexionando en voz alta.

—Bueno..., creo que la avaricia está ahí, en un ten con ten. El amor a veces nos detiene, nos hace frenar nuestros pasos en la vida. La avaricia no, la avaricia es capaz de llevarse todo por delante, incluso el amor—respondí.

Se puso en cuclillas a mi lado, apoyó una de sus manos en el reposabrazos del sofá en el que yo estaba sentada y dijo:

—Me gustaría comenzar mañana con el trabajo —y se acercó a mí como si entre él y yo hubiese confianza, como si fuésemos viejos amigos.

Mientras hablaba, sus ojos recorrieron mi rostro despacio, con detenimiento. Me pareció que buscaba algo, como si la piel de mi cara fuese un mapa y él anduviese por ella en busca del lugar donde se ocultaba el tesoro. Le miré sin articular palabra, algo confusa y bastante incómoda. Tras unos instantes de silencio en los que no dejó de mirarme fijamente, se levantó y volvió al ventanal. Continuó hablándome como si nunca hubiera abandonado su posición junto a él:

»Si está de acuerdo nos vemos mañana por la tarde. Espero que para entonces le haya dado tiempo a revisar lo escrito por Torcuato. No quiero que se demore mucho más la biografía. Dispongo de poco tiempo —dijo frotándose las muñecas con fuerza, como si le doliesen. Incluso me pareció adivinar cierto gesto de dolor en su rostro—. Buenas noches, querida Fabiola —concluyó encaminándose hacia la

puerta y salió del salón dejándome a solas en la estancia, sin esperar mi respuesta.

Se marchó sin tan siquiera mirarme. Fue tal su indiferencia hacia mí que el acercamiento anterior me pareció un artificio, una manera burda de contentarme para luego mandarme a paseo, para recordarme que yo estaba allí a su servicio.

Por unos momentos me sentí una estúpida poseída por su soledad, por el caos que reinaba en mi vida. Había aceptado aquel trabajo para escapar, para evadirme, para sentirme un poco más segura, para reflexionar sobre mi futuro y el de Ezequiel junto a mí, pero el comportamiento de Santos, tan soberbio e indiferente, consiguió lo contrario. Hizo que me sintiese más sola e inestable que nunca.

Me sentí ridícula sentada en aquel sofá que parecía de cartón piedra, con el coxis a punto de reventarme y las dorsales como las piezas de un lego desmontado por las manos de un niño. Mientras el recuerdo de mi vida, hecha añicos, seguía destrozándose aún más. Perdida en un lugar absurdo con un hombre atractivo pero frío como el mármol, raro como un perro verde y soberbio, demasiado altivo y soberbio, me dije dando un trago largo de la botella de Limoncello. Creo que me bebí más de media botella porque subí las escaleras que conducían a los dormitorios casi a gatas, me faltó maullar, aunque tal vez lo hice. Aún tengo serias dudas sobre ello.

Cuando Jacinta, en la mañana, tocó la puerta para despertarme, sobresaltada por los golpes de sus nudillos en la madera, di un brincó en la cama. El ordenador portátil cayó sobre mi maleta, que permanecía abierta en el suelo. El golpe produjo un ruido seco. Me incorporé y contemplé, perpleja, la habitación. Mi ropa estaba esparcida por el suelo. Confusa, me levanté y recogí el portátil. Lo miré con detenimiento e intenté arrancarlo para comprobar que era mi ordenador. Estaba apagado, sin batería. Rebusqué entre las prendas que había por el suelo y encontré el cargador. Lo enchufé y me dirigí al baño a lavarme la cara con agua fría. Aquello no podía ser cierto, pensé. Sin salir del baño, con el agua fría chorreando por mis párpados y mejillas, me asomé apoyada en el quicio de la puerta para comprobar si todo seguía igual; si el ordenador estaba allí, conectado a la luz. Volví al baño, abrí la ducha y me metí dentro sin desprenderme de la ropa interior. Aquello no podía estar pasando, me repetí, una y otra vez, mientras el agua caliente caía sobre mí.

Recordaba con claridad absoluta que había olvidado el ordenador y la maleta en casa, también cómo me recliné el despiste en la estación, en aquella estación arcaica y solitaria. La demasía de trabajo que me supondría realizar la biografía a mano y la esperanza de que Santos tuviera uno para dejarme. No había llevado el ordenador ni la maleta, estaba segura de ello, sin embargo, inexplicablemente, todo estaba allí.

El agua resbalaba caliente sobre mi cuerpo entumecido. Oía a limón, como si en vez de agua fuese la colonia que Ezequiel utilizaba después del baño. La sensación fue tan fuerte que, con los ojos cerrados, le llamé, grité su nombre. O eso creí que estaba haciendo. Deseé que todo aquello formase parte de una pesadilla, que nada fuese real. Ansié retroceder, volver al pasado. Cerré con fuerza los ojos y escuché la voz de Ezequiel, mi marido:

—Tranquila pequeña, estoy aquí. No debes preocuparte por nada. Descansa, ahora debes descansar.

Pequeña, me llamó pequeña, como solía llamarme cuando nuestra relación funcionaba, cuando el deseo aún nos asaltaba en cualquier momento y lugar, cuando el mundo era nuestro. Cuando los dos aún estábamos por habitarnos el uno al otro. Incluso sentí sus manos acariciar las mías, como cogió una de ellas y la arropó entre las suyas. Abrí los ojos esperando encontrarle a mi lado. Pero él no estaba allí.

Jacinta golpeaba con sus nudillos la puerta preguntando con insistencia si me encontraba bien. Yo, sin responder, lloraba. Mis lágrimas se mezclaban con el agua que resbalaba por mi cara y caía sobre el suelo de la ducha, cubierto de hojas de arce de plástico antideslizantes. Eran rojas, de un rojo inusual, bello y extraño al tiempo. Tan extraño como todo lo que me estaba sucediendo desde que llegué a aquel lugar.

8

Abrí la puerta sollozando y desorientada.

—Pero hija, ¿qué le pasa?—preguntó Jacinta.

Me agarró por los hombros y, mientras caminábamos hacia la cama, retiró el pelo empapado que cubría mi frente. Yo no hablaba, permanecía con la mirada descarriada entre las prendas de ropa y el ordenador.

—No sé por qué está todo aquí —dije señalando el piso—. ¿Qué sucede? ¿Qué me está sucediendo? —le cuestioné.

—A veces hacemos cosas que no tienen explicación —respondió ella encogiéndose de hombros y miró el suelo sin hacer el más mínimo gesto de asombro—. No se preocupe por el desorden. Ojalá todo tuviera una solución tan fácil. Le ayudaré a recoger.

—Huele a limón. ¿No lo nota? Es el olor de la colonia de Ezequiel. Hace uno momento me pareció escuchar su voz, incluso sentí como cogía mis manos, pero él no está aquí, ¿no puede estar aquí! —exclamé visiblemente asustada.

—No debí dejarla sola. Al menos no debí hacerlo hasta que se hubiera dormido. Nos habríamos evitado todo esto; su estado de ánimo, su miedo y, por supuesto, el desorden que ha organizado con toda su ropa.

»Sí, huele a limón, a Limoncello —dijo señalando la botella de licor que estaba encima de la mesilla de noche—. Veo que se la terminó. Lo más probable es que el olor no desaparezca de su glándula pituitaria por un tiempo—. Al menos, veo que no le ha cogido asco ya que le recuerda a la colonia que usa su marido, y no a su exceso.

La miré y esboqué un gesto de sorpresa porque no entendía lo que me estaba diciendo. Ella se encogió de hombros, como si hubiera leído mis pensamientos y, no entendiéndolos del todo, me preguntase: ¿qué?

—¿Cómo sabe usted que Ezequiel es mi marido? —le pregunté.

Me levanté de la cama y me puse frente a ella. Con gesto inquisitorio la miré a los ojos esperando

una respuesta.

No se alteró. No mostró gesto alguno de desasosiego ante mis palabras y mi actitud. Se inclinó y comenzó a recoger la ropa del suelo con la cabeza gacha, sin mirarme, como si nada fuera con ella, como si no hubiese escuchado mi pregunta. Me pareció que intentaba ocultar su rostro por si en él se dibujaba algún gesto que la pudiera poner en un aprieto frente a mí. Era evidente que pretendía esquivar mi mirada a toda costa.

—Usted me habló de él anoche —dijo sin levantar la cabeza, continuando con su tarea—. Si no fuese así, ¿cómo lo iba a saber? La subí casi en brazos. Aún me duelen las lumbares —explicó poniendo sus manos en la espalda, a la altura de los riñones—. Tuve que acompañarla hasta el dormitorio. Estaba francamente ebria. No quería tener que darle detalles de lo que pasó. Consideré que era mejor evitárselos..., para no avergonzarla. Me equivoqué. Yo he actuado de buena fe y usted desconfía de mí. Me molesta que lo haga. Me incomoda mucho. Soy una persona honesta y discreta. ¡Muy discreta! —levantó la cabeza y me miró desafiante, apretando los dientes y los labios; levemente enojada. Fue entonces cuando aprecié el color de sus ojos, aquel el iris malva tan infrecuente, tan bello e inquietante.

—Discúlpeme —dije bajito, aún sumergida en las dudas y la desconfianza, pero sopesando la posibilidad de que me estuviera diciendo la verdad.

—No ha pasado suficiente tiempo conmigo, no me conoce y eso, en cierto modo, disculpa su reacción. Mi error fue dejarla sola en las condiciones en las que estaba, pero creí que no eran tan extremas.

»Entiendo que encontrar a su marido con otra mujer es algo muy doloroso y traumático. Pero, ya le dije anoche, que a pesar de ello, tienen ustedes que hablar. Usted también estaba con otro hombre sin que él lo supiera. La sinceridad es muy valiosa Fabiola, no lo olvide. La mentira puede cambiarnos la vida, embarrarla hasta extremos que a veces no imaginamos.

No recordaba haber tenido ninguna conversación sobre Ezequiel con Jacinta, tampoco haber hablado con ella la noche anterior, ni tan siquiera que ella hubiera tenido que ayudarme a subir hasta la habitación. Sin embargo, la mujer tenía tantos datos, hablaba de todo con tanta seguridad que las dudas comenzaron a asaltarme. Miré la botella que permanecía sobre la mesilla, el vaso en el suelo y pensé que lo más probable es que todo hubiera sucedido tal y como Jacinta afirmaba. Después de todo, y para mi vergüenza, aquella no era la primera vez que me ocurría, por ese motivo no solía beber y cuando lo hacía siempre era con absoluta moderación. Tal vez, la noche anterior, dadas las circunstancias, pensé, no fue así y me excedí.

—¡Lo siento! —dije—. Juraría que subí sola, que nadie me acompañó. No recuerdo haber tenido la ropa en el armario y aseguraría que no la traje conmigo cuando llegué aquí ayer, que la olvidé en mi casa. Igual que el ordenador. No sé qué es lo que me está pasando. Desde que tomé el tren tengo la sensación de que todo lo que me sucede es parte de un sueño que no puedo controlar. Tal vez tenga usted razón y sea consecuencia del estrés. Me marché demasiado rápido, sin tan siquiera despedirme. Me dejé llevar por el miedo y la rabia, por la maldita ira.

—No le dé mayor importancia. Todos perdemos el control en algún momento. Cuando me contó lo sucedido en el restaurante, pensé que el destino, por algún motivo especial y único, les condujo al mismo lugar. Las coincidencias no existen, todo tiene un porqué. Que se encostrasen aquella noche y de la forma en que lo hicieron, fue algo excepcional; extraordinario. El vuelo de las hojas de arce, tal y como me lo relató, me pareció parte de un hechizo —hizo una pausa y, sonriente, me miró fijamente a los ojos—. Debió ser muy hermoso ver las hojas de arce flotando en el aire, ¿verdad?

No respondí.

»Si a todo lo que le sucedió, le unimos el cansancio del viaje y la velada con Santos, tenemos los ingredientes perfectos para desorientar a cualquiera. Imagino que anoche charló con usted como si se conociesen desde siempre y después se ausentó como si jamás hubiera estado ahí, como si usted no

estuviera acompañándolo. No se ofenda, suele hacerlo. Su hora de retirada al anochecer no varía jamás. Es como un reloj. Lleva a sus espaldas demasiado cansancio, años de lucha y soledad. También, como todos, pecados por expiar. Y eso, sus tropiezos, son los que hacen que su relación con los demás sea exigua y un tanto anárquica.

»Su permanecía aquí le vendrá bien, créame. Dispondrá de tiempo para recapacitar sobre su vida. Este lugar es muy especial, un regalo de los dioses. Es usted afortunada —dijo enfatizando el adjetivo—. La vida aquí, quitando ese polvo morado, es un privilegio.

Me levanté de la cama. Me puse una camiseta de algodón y acercándome al ventanal descorrí las cortinas. Necesitaba salir de la habitación, respirar un aire limpio de recuerdos, sin aquel olor a limón que no me dejaba pensar con claridad. Ella no dijo nada, se agachó y siguió recogiendo la ropa del suelo.

Abrí el ventanal y salí al balcón. Con mis brazos apoyados en la barandilla contemplé el gran arce que coronaba el jardín. Sus hojas rojas, de un rojo brillante y aterciopelado, se dejaban mecer por el viento. Cerré los ojos para sentir el aire húmedo en mi cara, en mi piel. Inspiré con fuerza e intenté relajarme, recuperar la calma y la cordura que parecía haber ido perdiendo desde que llegué a la casa de Santos. Permanecí así, quieta y en silencio, unos minutos, hasta que escuché la voz de mi madre llamándome bajito, casi en un susurro. Sobresaltada, abrí los ojos. Ella estaba junto al gran arce, frente a mí. Sonrió. Se llevó su mano a los labios y me lanzó un beso. Su gesto se me antojó triste, como si quisiera llegar hasta mí y algo se lo impidiera. Intenté hablar, llamarla, pero no pude articular palabra. Sin embargo, ella pareció escucharme. Puso su dedo índice en los labios y me indicó con el gesto que guardara silencio. Después señaló la ventana de la habitación y a Jacinta. Y bajito, muy bajito, casi en un siseo apenas perceptible, pero que yo escuché, dijo: «*Calla, pececillo. Ella no puede saber que estoy aquí.*»

—¡Fabiola! —Gritó Jacinta cogiéndome por la cintura—. A puntito ha estado de descolgarse por la barandilla. ¡Qué susto me dio!

El ruido fue seco. Como el golpe. El lomo se abrió por la mitad y las hojas se desperdigaron por el suelo del jardín. Algunas volaron, otras, aún sujetas por el hilo que las unía a las tapas de cartón, parecían quejarse por los envites del viento que las zarandeaba de un lado a otro, provocando un sonido áspero y constante.

»Aún no se encuentra usted bien, debe descansar. Voy a por su agenda. Parece que se haya hecho trizas —dijo mirando por el balcón. Después se agachó. Recogió la hoja de arce del suelo, que se había deslizado de la agenda antes de que esta cayera, y me la llevó a la cama.

»Esta debe ser la hoja del restaurante, la que tenía usted en su dietario, ¿verdad? Su color no es muy usual. Es un rojo extraño. Sí, es muy extraño, casi mágico. ¿No le parece?

No contesté.

9

La imagen de mi madre junto al gran arce se paseaba entre mis pensamientos y las palabras que Jacinta pronunciaba. Los labios de la mujer se movían, pero yo no escuchaba su voz. Su mirada violeta permanecía fija en mis ojos; parecía buscarme. Pero yo no estaba allí. Me había ido en el mismo instante en que mis manos, al ver a mi madre, dejaron caer la agenda por el balcón. Me fui con su gesto, con aquel adiós mudo, con el revoloteo de la hoja de arce que se deslizó desde mi agenda a mis pies. Que se asió a ellos como si quisiera impedir que cayera, que me precipitase al vacío.

Sin saber bien por qué rompí a llorar. Jacinta permanecía sentada a mi lado, en la cama. Pareciera que adivinase mis pensamientos, que anduviese con ellos, que los sintiese suyos. Con la cabeza gacha, la hoja de arce en su mano izquierda y la derecha sobre mis hombros, casi abrazándome, permaneció en silencio hasta que mi llanto fue disminuyendo de intensidad. Hasta que pasó a ser un quejido nimio e inconstante al que acompañaba un movimiento rítmico de mi torso, como si intentase mecirme a mí misma.

—Debo marcharme. Me he precipitado. He sido una egoísta. He olvidado a mi madre, la he dejado sola a cientos de kilómetros. Me necesita, sé que necesita que esté a su lado.

—Lo sé. Es lógico que esté contrariada, pero debe tranquilizarse antes de tomar una decisión de la que pueda arrepentirse.

—Me marcho Jacinta. La decisión está tomada. Me disculparé con Santos y me iré hoy mismo.

—Me temo que eso no va a ser posible, Fabiola. Aún no puede salir de aquí, al menos por el momento —aseveró.

—No entiendo, ¿a qué se refiere? —le pregunté contrariada.

—No puede abandonar este lugar cuando usted quiera. Nadie de los que están aquí puede hacerlo por voluntad propia. Incluso, algunos, desgraciadamente, no lo dejan jamás.

—Pero qué dice, ¿se ha vuelto usted loca? —dije con expresión de incredulidad y desconcierto—. Me iré cuando me venga en gana.

—Puede intentarlo. Nosotros no se lo impediremos. Si lo consigue será estupendo, una gran noticia. Pero, lamentablemente, no será así y volveremos a vernos en menos de lo que usted piensa.

Hemos intentado que todo esto fuese lo menos traumático para usted. Que su adaptación y permanencia fuese apacible y serena. Pero es un alma insurrecta, demasiado rebelde. Mucho. Eso le hará sufrir más de lo necesario —se dirigió al armario y lo abrió.

Dentro no había ni una sola prenda colgando de las perchas. Solo estaba mi maleta y el *trolley*. Sobré él la agenda con sus hojas sujetas por una goma. Era evidente que Jacinta lo había ido guardado todo sin que yo me percatase de lo que hacía, pensé.

Sin mirarme ni prestar atención a mi desconcierto, se dirigió hacia el escritorio y apagó el ordenador portátil. Desenchufó el cargador, lo cerró e impertérrita me lo entregó.

»Santos la espera abajo. La llevará dónde usted quiera en cuanto esté dispuesta. Eso sí, procure que sea antes del atardecer, ya sabe, suele llover mucho en cuanto el sol cae y no es seguro andar fuera de las casas a esas horas tardías, al menos no lo es en este lugar —concluyó abriendo la puerta y marchándose.

Me levanté de la cama y contemplé como se perdía por el gran pasillo de la planta superior de la casa. Supe que sintió mi mirada en su espalda, incluso me pareció verla sonreír. Esperé a que se diera la vuelta, a que me mirase desafiándome, pero no lo hizo. Cuando el ruido de sus pasos se perdió en las escaleras de bajada escuché un cuchicheo, mezclado con él reconocí la voz de Santos. Instantes después el sonido seco, fuerte y perturbador de la puerta de la calle al cerrarse. Me vestí rápido, decidida a abandonar aquel lugar inmediatamente. Cuando estaba guardando la agenda sentí el arranque del motor de un coche. Descorrí las cortinas y me asomé al balcón. Santos estaba apoyado en el capó del vehículo. El motor permanecía al ralentí. El humo que salía por el tubo de escape era violeta, casi malva, como las nubes que delimitaban el horizonte. Miró hacía arriba y me sonrió.

—Debe darse prisa —apuntó señalando el cielo—, o nos pillaré la tormenta a mitad de camino. Si eso sucede, créame, lo pasaremos mal. No es aconsejable, ni bueno, estar fuera de la casa cuando llueve y ha caído el sol. Debe darnos tiempo a ir y a volver —concluyó seguro de que así sería, de que regresaríamos los dos al caserón.

10

Bajé las escaleras acompañada del sonido que el arrastre de las ruedas del *trolley* producía sobre el piso de madera. Con los golpes secos que daba la maleta al resbalar por cada uno de los escalones y que retumbaban en el piso inferior. Jacinta no se despidió de mí. Era evidente que no estaría para decirme adiós o pronunciar aquel, según ella, premonitorio hasta luego. Sentí el ruido de los cacharros en la cocina, el sonido del agua corriendo en el fregadero y vi la luz que salía de la estancia alumbrando parte del pasillo. Santos entró en la casa y, sin mirarme, me quitó el equipaje de las manos. La voz de Miranda Lambert sonaba dentro del vehículo. Interpretaba *Vice*. Sus vocablos limpios y melancólicos atenuaban el sonido que producían las hojas del bosque de arces al ser empujadas por el viento. Olía a tierra mojada, a aire limpio. El cielo comenzaba a cubrirse de nubes, a teñirse de aquel malva encerado e irreal.

—Si lo desea puede conducir usted —me dijo Santos extendiendo su brazo derecho, señalando el coche.

—No entiendo —me encogí de hombros y expresé con un gesto de mi rostro el desconcierto que me produjo su ofrecimiento—, sabe de sobra que no tengo ni idea de a dónde debo dirigirme —hice una pausa y le miré—. Ya está bien, es suficiente. Dejen de tomarme por idiota —exclamé molesta, y sin mirarle me senté en los asientos traseros del automóvil. Abrí mi agenda e ignorándole comencé a recolocar las hojas descolgadas de su lomo.

—No hay mucho recorrido por el que transitar —dijo mirándome a través del espejo retrovisor—. El camino ya no está. Fue desapareciendo a medida que lo recorriamos ayer, cuando llego aquí. Sé que se percató de ello y que lo recuerda. No vaya a decirme ahora que no lo pensó, que no le asustó ver como el polvo lo cubría todo, como el horizonte desaparecía tras él. —Me miró a través del espejo retrovisor. Fijó el gris de su mirada en mis ojos y, por unos instantes, tuve la sensación de que estaba leyendo mis pensamientos.

Agaché la cabeza para evitar su mirada que parecía buscar en mí algo que le pertenecía desde siempre, algo que, presentí, solo podía darle yo. Fue una sensación inquietante que me puso aún más

nerviosa de lo que ya estaba.

—¡Haga el favor de sacarme de aquí ahora mismo! —Le grité visiblemente alterada, nerviosa. Bajé la mirada evitando volver a encontrarme con sus ojos grises, profundos y deshabitados en aquellos momentos—. Si no quiere llevarme, haré el camino andando. ¡Quiero irme de aquí ahora mismo!, ¿entiende? —dije hojeando la agenda, intentando aparentar una seguridad que no sentía.

—Está bien. Tranquilícese. En ningún momento me he negado a llevarla. Lo único que quiero es que entienda que su regreso no depende de mí, y mucho menos de lo que yo haga o deje de hacer. Le pido, por favor, que durante el recorrido mire hacia la carretera. No quiero que piense que estoy tomando un atajo o desviándome. Necesito que sea consciente de todo lo que sucede.

Hice un gesto afirmativo con mi cabeza y levanté mi mano derecha indicándole con desdén que arrancase, que pusiese el coche en movimiento. Cerré la agenda, me abroché el cinturón y miré al frente. En aquellos momentos me sentía aterrada, pero puse todo mi empeño en aparentar calma y seguridad.

Rodeamos el bosque de arces cada vez más agitado por el viento que arrastraba hacia nosotros la tormenta, que empujaba los nubarrones y encogía el horizonte poco a poco. Lo hicimos varias veces, por vías diferentes. Una y otra vez. Daba igual el camino que tomáramos porque éste siempre nos concluía al mismo lugar: a la casa de Santos.

Inquieta y ya visiblemente alterada, le pedí que parase, que detuviese el vehículo. Me bajé del automóvil y miré alrededor buscando una salida, un sendero por el que alejarme de allí. La lluvia comenzó a caer, fina y racheada. Caminé hacia los árboles dejando mi bolso y mi equipaje en el coche, obsesionada con salir de aquel lugar fuera como fuese. Me introduje en aquel inmenso bosque sin mirar hacia atrás. No recuerdo cuanto tiempo anduve, solo como la lluvia arreció y poco a poco me empapé. Mis huesos se entumecieron y los tiritones dificultaron mis pasos, ralentizándolos, haciéndolos inestables. Tampoco sé cuándo, cómo y por dónde salí de allí. Sí que al hacerlo vi el coche de Santos con las cuatro puertas abiertas y cómo él se aproximaba a mí con un gran paraguas rojo. Me cobijó bajo él y, sin decir una sola palabra, me condujo hasta el coche. Por unos momentos tuve la sensación de que aquello ya había sucedido, que la escena se había repetido más veces, que ya había estado en aquella situación anteriormente.

—Sé que es difícil de comprender, que esta situación, lo que está viviendo, se escapa de toda lógica. Es lo más parecido a un mal sueño, pero..., se habituará. Lo hará por puro instinto de supervivencia; como lo hemos hecho todos. Debe ser paciente y confiar en Jacinta y en mí. Llegado el momento le explicaremos todo lo que necesita saber, al menos, lo que nosotros conocemos de este lugar.

»Mi oferta sigue en pie, puede conducir usted y tomar el camino que quiera —dijo señalando el asiento del conductor—, pero si lo hace, tenga en cuenta que ya no disponemos del mismo tiempo —señaló una vez más el horizonte cada vez más breve, tan pequeño que se me antojó que era un trampantojo.

A pesar de mi estado de ánimo, de lo desorientada que me sentía, de mi situación decaída, de estar empapada y entumecida, me senté y tomé el volante. Me costaba creer en las palabras de Jacinta y en las de él. Era imposible que no pudiese salir de allí, pensé arrancando el coche y dejando a Santos en tierra. Quedó allí, mirándome, impasible bajo aquel gran paraguas tan rojo como las hojas de los arces que rodeaban la casa. Aceleré y tomé uno de los caminos a toda velocidad. Fui y vine varias veces, en todas las direcciones, tomando todas y cada una de las vías. Pero una y otra vez volvía al mismo lugar.

—¡Quiero ir a la estación! ¡Quiero marcharme de aquí! —vociferé desde el coche, sin bajarme—. ¡Lléveme inmediatamente a ese maldito apeadero! —le ordené—. Si no lo hace tendré que denunciarle por haberme retenido contra mi voluntad. ¡Juro que lo haré!

—No puedo. No sé cómo llegar al apeadero. Ni tan siquiera sé dónde puede estar ahora. No sé qué dirección tomar. Usted lo ha comprobado, no hay camino, no hay nada más allá de este pueblo. Sería estupendo que me denunciase, eso significaría que hemos salido de aquí. No vaya a pensar que es usted

la única que quiere escapar, yo llevo intentándolo muchos meses. Como ve, aún no lo he conseguido.

»Debemos volver. Está oscureciendo —dijo señalando el cielo. Frunció el ceño y su mirada tomó una expresión de súplica—, por favor, confíe en mí. Debemos volver ya. Mañana le explicaré todo lo que quiera saber. Le doy mi palabra de que así será, pero ahora le ruego que me haga caso. Tenemos que regresar a la casa antes de que caiga la noche, es necesario que lo hagamos por nuestra propia seguridad. ¡Por favor! —suplicó.

—¡Miente! Lo hace usted y su ama de llaves. Los dos están mintiéndome. Algo se me escapa. Estoy segura —vociferé alterada, histérica, sin atender a lo que me decía.

—Jacinta no es mi ama de llaves. Ella ya estaba en aquí cuando yo llegué. Fue quien me condujo desde el apeadero a la casa, como hice yo con usted. Le debo mi estabilidad emocional en este sitio, creo que si ella no hubiera estado a mi lado, no habría soportado seguir aquí más tiempo. Es posible que me hubiese vuelto loco. Por ello le pido respeto. No vuelva a llamarla mentirosa, al menos delante de mí —dijo levemente ofuscado.

»No se merece que me arriesgue por usted, pero no puedo dejarla sola, soy incapaz —abrió la puerta del copiloto y se sentó—. Adelante, como usted quiera. Vuelva a intentarlo, pero no olvide que la noche aquí, fuera de las casas, no es como usted cree, como las noches que ha vivido antes de llegar a este lugar.

Fueron unos minutos, quizá unos segundos, tal vez instantes de segundos, o milésimas de los mismos lo que tardó en oscurecer. Lo hizo de forma súbita y fulminante. Como si la luz del cielo hubiera sido apagada por el soplado de un dios menor inconsciente y malévolo. La oscuridad que sobrevino no era como la que yo conocía. Aquella era espesa y penetrante, tan intensa que parecía formar parte de mi cuerpo y de mi alma. O, tal vez, yo había pasado a formar parte de ella sin ser consciente, pensé y me estremecí al hacerlo.

El sonido de la lluvia cesó de golpe y dio paso a un ruido metálico, un chirrido constante y anómalo, similar al que escuché en el vagón del tren. Iba y venía, se alejaba y se acercaba. No sentía nada, ni tan siquiera tenía consciencia de mi cuerpo, de estar allí o en cualquier otro lugar. Intenté hablar, pero no pude. Quise moverme, pero mi cuerpo parecía no estar unido a mis pensamientos y, por unos instantes, sentí que había dejado de existir. Solo percibía aquel chirrido metálico que iba y venía de un lado a otro dentro de aquella demoledora opacidad. Permanecí en aquel estado catatónico hasta que un olor fuerte a cascara de limón me hizo abrir los ojos. O eso creí, que estaba abriendo los ojos, que cuando se hizo la noche los tenía cerrados.

11

Al volver la luz eché en falta el olor de las tostadas recién hechas, los pasos apresurados de Ezequiel camino de la cocina en busca del primer café. El ladrido del perro del vecino cuando salía inquieto a hacer el pis de la mañana. El sol saliendo en aquel horizonte de tejados, chimeneas y sábanas aireándose en los alfeizares. El brillo de las tejas acanaladas después de que la lluvia las empapase. El ruido de los goterones golpeando las aceras. Añoré aquellos días en los que el alba me sorprendía sentada frente al ordenador imaginando historias, tecleando vidas y sentimientos ajenos. Me dolió su ausencia, el no poder contemplar su dormir profundo y despreocupado. Añoré los lunares de su espalda, los pequeños pliegues de su frente. Extrañé su presencia, nuestra cotidianeidad, el saberle junto a mí cuando le necesitaba. Aunque hacía tiempo que nos habíamos distanciado, a la única persona que echaba en falta a mi lado en aquellos momentos de incertidumbre, miedo y vacío, era a él, a Ezequiel. A nadie más.

Aquel amanecer extraño e inusual, me sorprendió como un destello de luz perdido que pareciera haber regresado desde otra realidad. En vez de acariciar y templar mi piel la arañó y enfrió.

Santos continuaba a mi lado. Su mirada era vacía, casi hueca. Parecía estar atrapado en un punto impreciso e invisible a mis ojos. O eso me pareció, porque tal vez ni tan siquiera estuviera viendo o sintiendo absolutamente nada. Llevaba tiempo, el mismo que yo, sumergido en aquella oscuridad densa y pesada. Todo parecía haber sufrido una especie de pausa, de tiempo muerto. El motor del coche seguía al ralentí. Los limpiaparabrisas iban y venían de un lado a otro chirriando, arrastrando sus gomas negras sobre el cristal ya seco. En el reproductor de música sonaba *Dream* interpretada por Priscilla Ahn. Por unos momentos me dejé llevar por la música y por su voz. Me sumergí en el sosiego que siempre me había producido aquella canción hasta que recordé que, momentos antes, yo había tarareando esa melodía, la misma que muchas noches ponía junto a otras para escribir. Estiré mi mano y toqué los botones del reproductor de música intentando cambiar, poner la radio u otra canción. Al ver que los mandos no respondían quise apagarlo, pero tampoco lo conseguí. La canción siguió sonando una y otra vez. Fue entonces cuando, alterada, golpeé una vez más, con fuerza y rabia, sobre el *off*. Santos parpadeó con el ruido del último golpetazo y el gris de sus ojos regresó. Sus pupilas volvieron a llenarse de luz.

Estiró su mano derecha y detuvo los limpiaparabrisas. Después, inclinándose hacia mi asiento, giró la llave en el contacto y apagó el motor.

—Creo que deberíamos estirar las piernas antes de volver, desentumecernos —y se bajó del coche sin esperar a que le respondiese o le siguiera.

Sin articular palabra alguna abandoné el asiento del piloto y me senté en la parte trasera del vehículo, aún con la sensación de seguir empapada, aunque mis ropas ya estaban secas, igual que mi pelo. Él, tras unos minutos que dedicó a caminar hacia el bosque y volver, tomó el volante y condujo hasta el pueblo. Durante el recorrido no intercambiamos ni una sola palabra, ni tan siquiera nos miramos. El horizonte volvió a perderse detrás del polvo morado que levantaban las ruedas del coche, un polvo seco y espeso a pesar de que, en apariencia, había estado lloviendo con fuerza toda la noche.

—Soy Margaret —dijo abriendo la puerta del coche y separándose para que yo saliese de él.

Era pelirroja, de piel blanca, casi transparente y salpicada de pecas. Tenía los ojos del color del ámbar; grandes y rasgados. Su expresión serena, aquella mirada templada y los rasgos exóticos de su rostro, junto a su melena larga y ensortijada, me recordaron a un personaje de mi novela inconclusa, aquella obra que llevaba escribiendo varios años y que era incapaz de terminar. Incluso llevaba la cruz celta tatuada en la palma de su mano derecha, como mi personaje. Me bajé sin dirigirme a ella, sin contestarla, sin responder a su presentación, pero mirándola con desconfianza y curiosidad. Habían sucedido tantos hechos extraños, irregulares, que aquella mujer tan igual a mi personaje, me pareció uno más y me estremeció de igual forma que lo hicieran el resto de acontecimientos. Ella no dijo nada hasta que yo, dirigiéndome hacia el maletero del coche, miré a Santos y levantando mi mano lo señalé indicándole que lo abriese para sacar las maletas.

—Está todo en tu habitación. En el mismo lugar en el que estaba antes de irte, de que te empecinases en no escuchar a Santos ni a Jacinta —dijo ella mirándome sonriente—, también la agenda y el ordenador portátil —me explicó cuando yo, sin responder a su comentario ni mirarla, volví al interior del coche, a los asientos traseros en busca de mi dietario.

»Es hora de que te demos explicaciones de lo que sucede. Necesitas recobrar la calma. Espero que entiendas que estamos en la misma situación que tú. Todos hemos pasado por el mismo proceso. Lo que has vivido esta noche debería ser suficiente para que nos creyese. Nadie te ha mentado. Sé que es difícil asimilar todo lo ocurrido, pero debes hacerlo.

»Acércate, por favor —me pidió enseñándome una fotografía que tenía en su mano derecha—. Esta foto es de mis hijos. La niña tenía siete años cuando llegué aquí —dijo tendiéndola—. El pequeño diez meses. Quizá el tiempo no haya avanzado fuera de este lugar y sigan siendo de la misma edad. No puedo asegurarlo porque, a veces, todos pensamos que el tiempo ha dejado de existir, que aquí no existe. Es de locos, lo sé, pero te doy mi palabra de que todo lo que te estoy diciendo es la verdad. Todos los días me pregunto cómo estarán, si me echarán en falta, si sabrán lo que me ha sucedido, si se habrán olvidado de mí. Incluso, muchas veces, llevada por la desesperación, me pregunto si existen. Si todo esto es parte de una alucinación o de un juego malvado de alguien. Un maldito experimento.

»Créeme, yo también he intentado escapar, como tú lo hiciste anoche, pero es imposible. He perdido la esperanza y las ganas de seguir adelante muchas veces. Me he venido abajo y, si hubiera podido, habría dejado de respirar. Si no fuese porque a veces les siento junto a mí y escucho la voz de mi marido —me explicó señalándole en la foto—, estoy segura que ahora mismo sería un vegetal, mi alma habría volado lejos de mi cuerpo. Pensar que me esperan, que hay una posibilidad de volver a verlos, es lo que me mantiene con vida, lo que acrecienta mis ganas de seguir luchando para salir de aquí. Sus voces y esta fotografía. La foto de mis hijos es como tu hoja de arce, mantiene mis recuerdos vivos. Es la prueba de que mi vida antes de llegar aquí existe. El cordón umbilical que me mantiene unida a mi otra

vida. Y, ¿sabes?, me siento muy afortunada. Esta fotografía me permite no olvidarles, poder recordar cómo son porque, otra de las cosas desagradables y dolorosas de este lugar, es la falta de recuerdos precisos. Lo peor no es el aislamiento, la carencia de libertad, lo más doloroso es el deterioro progresivo de los recuerdos. Aquí nadie recuerda el rostro de sus seres queridos. Los rasgos se van borrando poco a poco hasta desaparecer de nuestra memoria. A mí me sucede lo mismo que a todos, mis recuerdos se van yendo, pero tengo la foto.

12

Antes de que Margaret me enseñara la fotografía y a pesar de la noche que había pasado sumergida en aquella nada oscura y penetrante, en aquel espacio indefinido, seguía pensando que era objeto de un plan perfectamente trazado con un propósito tan desconcertante como malvado. Incluso, llegué a especular sobre la posibilidad de haber perdido la razón y que aquel lugar fuese una especie de clínica psiquiátrica alejada de la ciudad. Sin embargo, cuando la escuché hablar de su marido y de sus hijos, cuando dejó escapar su pena ante mí y se acongojó al recordarlos, supe que no mentía, que me estaba diciendo la verdad y que ella, como yo, estaba atrapada en aquel lugar.

—Me gustaría enseñarte mi casa. Allí podemos charlar con calma. ¿Te parece bien? —me preguntó al tiempo que guardaba la foto de sus hijos.

Asentí con un movimiento de mi cabeza y busqué a Santos con la mirada. Él me sonrió y se dirigió al coche dejándome allí, junto a Margaret. Ella, entonces, me indicó que la siguiera.

Mientras caminábamos hacia su casa cerré los ojos e intenté recordar el rostro de Ezequiel, mi marido. No lo conseguí. Sin embargo, el tono de su voz, el olor de su colonia, o la sensación cálida que producían en mí sus caricias, permanecía fuerte, tan fresca como si terminara de vivirlo todo, como si acabara de estar con él. Llevada por la ansiedad que me produjo comprobar que Margaret me había contado la verdad, y que ésta era desconcertante y aún más intranquilizadora que todo lo que había vivido hasta aquel momento, pensé en mi madre. Quise recordarla, volver a su sonrisa, al brillo que tomaban sus ojos cuando le cantaba, al oído y bajito, la nana que tanto le gustaba, pero sucedió lo mismo. No conseguí recordar su rostro, ni tan siquiera el color de sus ojos, su pelo o la forma de sus labios. Después pensé en Torcuato. Por alguna extraña razón no le había echado en falta desde que llegué. Al intentar recordar su rostro tuve la premonición de que se había ido de mí para siempre. Sentí que había desaparecido de mi vida.

La casa de Margaret parecía estar flotando sobre aquella pradera verde y llana. Era de estilo colonial. Las escaleras que daban acceso a la puerta principal de la vivienda; la fachada de un blanco lechoso, los ventanucos de la buhardilla con sus contraventanas pintadas de violeta y abiertas de par en

par, incluso el jardín que la circundaba parecían ser parte de una ficción cinematográfica, de un cuento en el que los escenarios son tan hermosos que parecen irreales, como si hubiesen sido creados con un programa informático. Del techo del porche colgaban varios móviles hechos con cristales de colores que resplandecían cuando los rayos del sol incidían sobre ellos. Su luminosidad y colorido les hacían parecer piedras preciosas. Los vidrios oscilaban al unísono a pesar de estar separados entre sí, de recibir el viento de manera, forma y tiempo diferente. Emitían un sonido pausado y constante. Junto a ellos había varias macetas con buganvillas que dejaban caer sus flores moradas recién abiertas. Las paredes interiores de la vivienda estaban pintadas de un lila pastel, apagado y cálido.

—Toda mi vida quise tener una casa como esta. No sabes cuántísimas veces hablamos mi marido y yo sobre ello. Soñar es gratis, solíamos decir y reíamos al hacerlo. Nos gustaba planear, hacernos ilusiones. Y ahora, ahora que la tengo, ellos no están conmigo. Todo esto ya no me sirve de nada. No lo necesito. Es irónico, ¿verdad? Parece una burla del destino —dijo indicándome que la siguiera por el pasillo que distribuía las estancias de la casa.

Me condujo hasta la cocina y me indicó que tomara asiento. Encendió los fogones, abrió el grifo, llenó el depósito de la cafetera de agua y la puso a calentar. Yo, en silencio, miraba el centenar de plantas que tenía sobre los estantes, en la encimera de piedra, en los alfeizares de los ventanales y en el suelo. En el centro de la gran mesa de madera había varias cestas con violetas africanas en flor. Aquello parecía más un invernadero que una cocina, pensé contemplando la gran variedad de especies que tenía ante mí.

—Son preciosas —dije—, no sé cómo consigues que todas estén en estas condiciones tan extraordinarias. Debe ser muy difícil mantener el riego, el abono y la luz que cada una necesita.

—No creas, prácticamente no hago nada. El sol aquí es regular hasta la tarde y la temperatura muy templada, eso facilita que crezcan sin dificultad. Tampoco tenemos plagas de insectos. De todas formas creo que esta cocina tiene un microclima. Nunca hace frío, ni calor y la humedad es la justa. La temperatura siempre es perfecta —se sonrió—. Aquí todo es sencillo, quizá demasiado. Parece mágico, ¿verdad?, todo menos la soledad que nos acompaña desde que llegamos. —Su mirada se apagó y sus labios abandonaron aquella sonrisa que me había parecido permanente, como si fuese un rasgo más de su rostro.

»¿Te gustan los bizcochos? —Me preguntó enseñándome un molde de metal que metió en el horno.

—Sí. Aunque no creas que tengo mucho hambre.

—La repostería no necesita apetito —dijo volviendo a sonreír—. Jacinta me comentó que eres escritora. Tengo un amigo escritor que solía bromear sobre lo mucho que os gusta a los escritores el dulce. Decía que tenéis dos estómagos, uno para el dulce y otro para el resto de alimentos. Tiene razón, los intelectuales quemáis muchos carbohidratos, o sea que te serviré un buen pedazo. Cuando tu cerebro esté bien alimentado te sentirás mejor.

Conectó el horno, tomó el tiempo y retiró la cafetera que ya dejaba salir el vapor por el pitorro. Después, tras llevar la cafetera a la mesa y las tazas, se sentó frente a mí.

—¿Cómo llegaste aquí? —le pregunté.

—En tren. En el mismo que tú.

—Yo vine a escribir la biografía de Santos, ¿tú para qué viniste?

—No lo sé. Fabiola, tú eres afortunada, sabías a lo que venías. No te sentiste tan perdida. Fuiste tomando conciencia de tu situación poco a poco. Yo solo recuerdo que me acosté y desperté en ese tren, en el apeadero. Cuando paró, tras aquel frenazo tan brusco como un movimiento de tierra, abrí los ojos sobresaltada. Jacinta estaba sentada frente a mí. Me miró y dijo que habíamos llegado al final del trayecto. Puedes imaginar mi desconcierto. Me hallé en un tren vacío, en una estación solitaria y con una mujer que no conocía de nada. No sabía qué había pasado, por qué estaba en aquel lugar, ni cómo había llegado. Me senté en uno de los bancos del apeadero y me negué a moverme. Antes lo había recorrido

buscando un teléfono, a alguien que pudiera explicarme dónde estaba. Mi móvil, como le sucedió al tuyo, no tenía cobertura. Allí no había nada ni nadie, todo estaba diáfano y deshabitado. Cuando salí de las instalaciones, el tren había desaparecido y con él las vías por donde se desplazaba. En su lugar había una densa vegetación. Mi desconcierto y mi miedo eran indescriptibles. Creo que grité de la desesperación que sentí. Jacinta esperó paciente a que me tranquilizase. Dejó que me desahogara, que hiciese y deshiciese a mi antojo, hasta que la noche sobrevino sobre nosotras. El día que llegué viví lo que viviste tú anoche. Mi desconcierto fue mayor que el tuyo y créeme si te digo que mi desesperación también. Por la mañana, ya agotada, seguí a Jacinta sin decir palabra. Caminamos hasta el pueblo y luego hasta mi casa, hasta esta casa, la casa que había imaginado tendría algún día. Todo en ella, incluso el color de sus paredes o sus contraventanas son tal y como mi marido y yo los imaginamos. Al verla me tranquilicé. Pensé que mi marido y mis hijos estarían esperándome dentro. Creí que todo lo anterior formaba parte de una maldita pesadilla, pero la casa estaba deshabitada. Tuve la extraña sensación de que ella, la casa, solo me esperaba a mí. Como así fue.

—¿Caminasteis? —Le pregunté—. La estación está muy alejada de aquí. Es imposible hacer ese trayecto a pie.

—¡Imposible! —Exclamó sonriendo—, que palabra más mentirosa —dijo, y al decirlo me recordó a mí—. Aquí no hay nada imposible, sino todo lo contrario. Fabiola, aquí todo es posible, absolutamente todo, créeme.

»La estación desaparece cuando la abandonamos. Tú lo has visto, no te estoy contando nada nuevo. La distancia también es relativa, como el tiempo. En este lugar no hay reglas, no existen las pautas. La única que rige nuestra vida es la noche, esa oscuridad que parece ahogarnos a todos y la ausencia de los nuestros. El resto no tiene nada que ver con lo que has vivido anteriormente.

Sirvió el café y se levantó a apagar el horno. Contemplé su figura esbelta, sus movimientos pausados y aquella calma que aparentaba tener. Todo era tan perfecto y al tiempo tan incompleto, pensé. Depositó el recipiente con el bizcocho sobre la mesa, encima de un tapete de esparto, me miró fijamente con aquellos ojos de ámbar y dijo:

—Sé lo que estás pensando y no, no estamos muertas. Santos tampoco lo está, aunque sobre Jacinta tengo mis dudas. Lleva aquí más tiempo que ninguno de nosotros; tal vez una eternidad —dijo irónica.

13

Permanecí con Margaret hasta que el sol comenzó a caer y las nubes, como ocurría cada día, fueron cubriendo el cielo, lo tiñeron de aquel malva encerado, tan hermoso como intranquilizador. Los fogones de la cocina de carbón dejaban ver el rojo incandescente del mineral que ardía bajo ellos. La luz interior de la estancia se acomodó a la caída del sol y las hojas de las plantas tomaron un tono más oscuro, apagado, sin brillo. El ambiente se caldeó y acomodó a la falta progresiva de luz solar. Fue como si la habitación y todo lo que había en ella tuviera conciencia propia.

—No me di cuenta de lo mucho que les quería hasta llegar aquí —me dijo—. Vivía demasiado deprisa, como si quisiera ganarle tiempo al tiempo, ¡qué idiotez! El tiempo no espera a nadie y no se deja gobernar, nos gobierna. Pero da igual que sepamos que es así, que nos lo digan o nos lo demuestren cientos de veces, siempre se nos olvida. La memoria del ser humano es convenida y anárquica.

»¿Está bien así o te pongo un pedazo más grande? —me preguntó con el cuchillo sobre el bollo.

—Sí, así está bien —le respondí—. ¿Por qué estás tan segura de que no estamos todos muertos? Es la única explicación razonable a lo que nos sucede.

Partió la ración y la depositó en mi plato. Se sentó y me miró fijamente. Mientras me miraba, su expresión, su actitud en apariencia relajada, me recordó a la que adquieren algunas madres cuando intentan explicarles a sus hijos, de la mejor manera posible, algo que ni ellas mismas entienden.

—No me has escuchado, no has prestado atención a lo que te estaba diciendo. He aprendido que la vida, la que llevamos en estos momentos, o la que, si Dios quiere, llevaremos al regresar hay que vivirla sin angustia, sin prisas, sin dejar escapar un solo instante. No pierdas el tiempo haciéndote preguntas que no tendrán una respuesta. Te lo digo por experiencia. Lo que tenga que suceder lo hará, independientemente de lo que tú quieras o creas. ¿No se te ha ocurrido pensar que estás aquí por algo? ¿Qué nada sucede sin un motivo? No estoy segura de que no estemos muertos, por supuesto que no, solo me limito a creer que no lo estamos. Tal vez ni la muerte ni la vida sean como pensamos que son. La única explicación que se me ocurre a mí es que el lugar en el que estamos forma parte de otra realidad...

De repente sus labios se paralizaron y su voz dejó de sonar. Pareció quedarse detenida en el tiempo y el espacio. Fue como si por unos momentos hubiera dejado de existir. La luz en la estancia se

atenuó de golpe, como si hubiera una caída de tensión. La cocina se sumergió en una semioscuridad que le robó el color a los objetos, convirtiendo la estancia en una especie de fotografía en blanco y negro. Después, su figura se desdibujó ante mis ojos hasta convertirse en una especie de boceto, en una imagen incompleta y sin vida. Intenté levantarme, hablar, pero no puede. Mi cuerpo estaba paralizado, pareciera que no me pertenecía. Quise tocarla, rozar aquella efigie en blanco y negro en la que se había convertido Margaret, pero al intentarlo un dolor penetrante me sobrevino. Fue una punzada aguda y seca que recorrió todo mi organismo una sola vez y al mismo tiempo. Como si la sangre de mis venas se helase para después licuarse de golpe. Sentí que me fragmentaba por dentro, que todas mis articulaciones se deshacían para después volver a su estado original. Continuamos en aquella fase, en aquel limbo, hasta que escuché la voz de Ezequiel. Cantaba bajito *Moonshadow* de Cat Stevens. En ese instante mis dedos comenzaron a moverse, lentos y sin fuerza. Quise girar el cuello para verle, pero no pude. Solo alcancé a ver la Luna a través del gran ventanal que tenía frente a mí. Inmensa, blanca y brillante. Después volví a escuchar la voz de Ezequiel tarareando el estribillo de la canción. Uno de los ventanales se abrió empujado por una racha de viento y la contraventana golpeó contra la pared. La luz y los colores volvieron a tomar la estancia. Margaret recobró el movimiento, la vida que parecía haber perdido, en el mismo instante en que la madera pegó contra el tabique. Sonriente, como si nada de aquello hubiera sucedido, inclinó la cafetera y dejó que el café caliente cayese humeante en la taza.

—¿Recuerdas que te dije que a veces escuchaba la voz de mi marido? —me preguntó con los ojos brillantes, reteniendo las lágrimas. Asentí con un movimiento de mi cabeza—. Hace unos minutos ha vuelto a suceder —sonrió emocionada—. Le he escuchado. Me decía que iba a traer a mi pequeña para que hablase conmigo.

—Margaret —le dije vocalizando con dificultad—, yo también he escuchado la voz de mi marido. Me cantaba, tarareaba una de mis canciones preferidas. Intenté verle, girar la cabeza, pero no podía moverme. Tú estabas como yo, inmóvil. Tu imagen era como un dibujo. Parecías formar parte de un cuadro en blanco y negro. Todo parecía formar parte de un decorado, incluso yo misma. Tuve la sensación de que el tiempo se había detenido. ¿Sabes lo que nos ha sucedido?

—Es muy extraño que me hayas visto y al tiempo, sin perder la noción de lo que sucedía, escucharas a tu marido. Eso no nos ha ocurrido a ninguno. Jacinta no se equivoca, eres diferente a nosotros y también has llegado a este lugar por motivos distintos a los nuestros.

—¿A qué te refieres? —pregunté contrariada.

—Jacinta nos avisó días antes a Santos y a mí de tu llegada. Nos dijo que debíamos cuidarte. Que eres muy importante para nosotros y diferente al resto de habitantes del pueblo. Afirmó que eres la única persona que tiene la capacidad de sacar a Santos de aquí y que ese es tu cometido, que por eso has llegado. También que puedes ayudar a más personas a salir de aquí. Espero que una de ellas sea yo —dijo con los ojos llorosos.

»No debería hablar contigo sobre esto, creo que me he precipitado. Tal vez sea demasiada información y muy pronto para que la recibas. Lo último que querría sería desestabilizarte de nuevo.

—Margaret —dije cogiendo una de sus manos y mirándola a los ojos—, la desinformación es lo que me altera, lo que realmente me produce desasosiego. Por favor, te pido que me cuentes todo lo que sepas. Lo necesito.

—Vivimos en otra realidad. No hay forma de entender lo que sucede si no es agarrándose a esa definición. No le des más vueltas, no llegarás a ningún lugar, créeme. No debes comentarle nada a nadie de lo que hemos hablado. Jacinta no quería que lo supieras, insistió mucho en ello —dijo nerviosa, mirando hacia la puerta de la cocina.

Juraría que apenas llevaba con Margaret unas horas, sin embargo el sol ya comenzaba a caer sobre el horizonte. Atardecía, y lo había hecho de golpe, de repente. Como si las horas allí fuesen ficticias y anárquicas, guiadas por una mano invisible y antojadiza.

—El sol ha caído y la tormenta se aproxima, hay que aligerar —dijo Santos apoyado en el quicio de la puerta—. Nos queda poco tiempo para regresar a la casa. Está anocheciendo e imagino que no querrá vivir de nuevo la experiencia de anoche, ¿o sí? —preguntó irónico.

Margaret soltó sus manos de las mías. Se levantó, cogió una tartrera de plástico, partió un trozo de bizcocho y lo depositó dentro.

—Para el desayuno de mañana —me dijo sonriendo al tiempo que me dedicaba una mirada cómplice que entendí. Me suplicaba que guardase silencio, que no comentase ningún detalle de nuestra conversación, que no hablase sobre ello con nadie.

—No creo que llegue a mañana. Ya sabes, tenemos dos estómagos —la respondí sonriendo...

14

A partir de aquella tarde todo fue cambiando poco a poco. O tal vez fui yo la que lo hizo, la que tras escuchar a Santos camino de la casa y, unida a sus palabras, la conversación que mantuve con Margaret, comprendió que irremediablemente, quisiera o no, estaba atrapada en aquel lugar. Todos lo estábamos.

—No tengo interés alguno en escribir mi biografía. Lo perdí al llegar aquí —dijo Santos camino de la casa. Lo dijo de repente, sin mirarme y sin perder de vista la carretera. Como si estuviera hablando solo en voz alta.

—¡Qué dice! —exclamé contrariada y me giré como un resorte en el asiento para mirarle a la cara.

—He mantenido el interés ante usted para que no se sintiera más insegura de lo que ya estaba. Para no acrecentar su miedo. Imagine lo que habría supuesto para usted saber que el trabajo no era real y después presenciar todo lo que ha ido sucediendo. No habría atendido a razones. Su desconfianza habría sido mayor.

»Seguí las indicaciones de Jacinta, y ella, como suele ser habitual, no se equivocó. Ahora las cosas han cambiado. Ha comprobado por usted misma que lo que le decimos es cierto. Desgraciadamente, no hay trampa ni cartón.

—Usted quería escribir su biografía. Tuve su anuncio en mis manos. Se lo enseñé a mi marido y a Torcuato. Dígame, eso es cierto, ¿verdad?

—Todo es cierto. Lo que hemos vivido antes de llegar y lo que nos sucede cuando llegamos. Torcuato estuvo aquí, tal y como le dije. Los folios que le entregué eran de él. Me habló mucho de usted. La esperaba. Estaba seguro de que usted vendría ya que tenía pensado aceptar mi oferta de trabajo antes que él. En realidad, él accedió a escribir mi biografía porque le convencimos para que lo hiciera. Fue la única forma de que no se desubicase, de tenerle centrado en algo que no fuese este lugar. Incluso, le prometí que cuando usted llegara, él le pasaría sus textos y usted continuaría con el trabajo. Eso le tranquilizó durante un tiempo corto. No lo suficiente, porque, como ya sabe, desapareció sin previo aviso.

—¿Cómo pudo salir de aquí? Cómo pudo hacerlo si ustedes afirman que nadie puede marcharse. ¡No lo entiendo! —exclamé desconcertada.

—No lo sabemos. No hay una explicación a ello, como tampoco la hay a nuestra permanencia y encierro. Algunos consiguen marcharse, por ese motivo pensamos que no estamos muertos. Eso, el que muchos consigan salir de este lugar, y el cementerio del que disponemos, son los únicos hechos que albergan la esperanza de que no estamos muertos, al menos aún.

—¿El cementerio? —pregunté desconcertada.

—Está en las montañas, junto al bosque de arces. Antes de llegar Torcuato, tuvimos a un hombre en la casa. Estuvo apenas dos semanas con nosotros hasta que, desgraciadamente, murió. Lo hizo mientras dormía. Estoy seguro que le mató la pena y la ausencia de los suyos. Él no los escuchaba como nos sucede a los demás. Le enterramos Jacinta y yo. Al día siguiente volví a su sepultura y, llevado por un ataque de ansiedad o de la locura que me abocaba a buscar respuestas, lo desenterré. En el ataúd no había nada, ni rastro de su cuerpo. Todo había desaparecido. La muerte, como ve, aquí también es diferente.

—¡Dios mío! —exclamé horrorizada al imaginar la escena.

—Necesitaba una respuesta. Una de tantas que aún no he conseguido. El funeral me pareció demasiado extraño, tan solitario. Únicamente Jacinta y yo estuvimos presentes. Todo lo que sucedió durante y después fue insólito. El féretro estaba en la puerta de la casa sin necesidad de solicitar ningún servicio funerario. El traslado del cuerpo al cementerio; su entierro, incluso la llegada al camposanto y el regreso a la casa son como escenas sueltas que, formando parte del todo, parecen no haber sucedido de forma regular. Como ocurre con los tráiler cinematográficos.

»Abrí dos sepulturas más después de hacerlo con la de él. Todas estaban vacías. Me marché sin enmendar mi despropósito. Arrepentido, volví al día siguiente. Estaba dispuesto a no dejar rastro de la profanación que había cometido, pero mi desconcierto fue mayor que el que sufrí al comprobar que las tumbas estaban vacías, mucho mayor. Aquel cementerio ya no existía, no como yo lo había visto. Ya no era el mismo. En su lugar encontré un cementerio indígena. Desde entonces no he vuelto a subir.

—Torcuato —dije con la voz ahogada—, está vivo, ¿verdad?

—Lo único que puedo asegurarle es que aquí no murió. Desapareció una mañana, la misma en la que la estación volvió a divisarse en el horizonte. Solo aparece cuando alguien viene al pueblo, cuando tenemos nuevos habitantes y, a veces, cuando alguien se va. Después, como ha podido comprobar, todo vuelve a desvanecerse. Se esfuma ante nuestros ojos como si jamás hubiera estado ahí, sin dejar rastro alguno de su existencia. El día que Torcuato se marchó la estación volvió a divisarse. Cuando le comuniqué a Jacinta que Torcuato no estaba en la casa ella me aseguró que había vuelto a su vida anterior, donde siempre debió estar, me dijo sonriente y despreocupada—, se giró perdiendo de vista el camino y con expresión comprensiva, como si estuviera escuchando mis pensamientos, dijo:

»Cuesta creerlo, como muchas de las cosas que suceden aquí, pero, qué le voy a contar a estas alturas de la historia.

—Tengo que hablar con Jacinta. Necesito que me dé explicaciones de todo lo que sucede. Ella parece ser la única que sabe lo que ocurre en este lugar.

—No creo que obtenga la respuesta que busca. Todos lo hemos intentado antes que usted —dijo resignado y entristecido.

—Ya lo veremos —le respondí segura de mí misma—. Ahora que lo pienso, no hablé con usted antes de venir. En el anuncio no había dirección alguna, ni nombre, solo un teléfono de contacto y no recuerdo haber hablado con usted con anterioridad a tomar el tren. Santos, cuando me recogió en la estación, ¿cómo supo quién era yo?

—Jacinta me pidió que la recogiese y me dio datos precisos sobre usted. Sabía lo que tenía que decirle, a qué venía..., además nadie más se bajó del tren —dijo en un tono irónico—. Era difícil

equivocarse. Jacinta la esperaba. Ella no se equivoca, nunca lo hace, excepto conmigo. Está empeñada en que escriba mi biografía. Asegura que debo hacerlo, pero está equivocada.

—No entiendo por qué ha cambiado de idea y qué le lleva a estar tan seguro de que esta vez Jacinta no está en lo cierto. Si, según usted, siempre ha tenido razón en sus juicios. Usted mismo la defendió ante mí a capa y espada cuando insinué que me estaba mintiendo. ¿A qué es debido ese cambio de actitud?

Sonrió triste y con la mirada perdida en el camino dijo:

—¿De qué serviría hacerlo? ¿De qué me sirve aceptar lo que Jacinta, llevada por su gran corazón, cree? ¿Qué gano con recordar mi vida?, si no sé si algún día podré compartir lo escrito con los míos. Lo más probable es que muera en este maldito pueblo, que la mayoría así lo hagamos. Y si no lo hago aquí lo haré fuera de este lugar. Haga lo que haga, esté en el lugar que esté, voy a morir y creo que sucederá más pronto que tarde. Esta maldita enfermedad que corre por mis venas se encargará de ello el día menos pensado —dijo frotándose la muñecas con fuerza, como aquella primera noche en que me dejó sentada en el salón—. Tengo leucemia y cada día que pasa es una cuenta atrás.

15

No supe qué decir. No fui capaz de articular palabra alguna. Me quedé sumergida en su dolor, en la desesperación que él sentía. Solo tuve fuerzas para poner mi mano sobre su hombro durante unos minutos. Cuando lo hice soltó su mano derecha del volante y acarició la mía.

—Gracias —dijo y volvió a dirigir su atención y sus pensamientos a la carretera.

En su rostro se instaló una mueca lejana, llena de melancolía, apostada en un antes, en ese pasado que todos habíamos perdido al llegar allí. Llena del miedo al después de aquel lugar; si es que ese después existía. Respeté su silencio, su no querer estar. Fije mis ojos en el camino e hice lo que él, me fui. Me dejé ir hasta que llegamos a la casa.

Jacinta estaba sentada en el banco de madera del porche. Nos esperaba.

—Es tarde. Estaba preocupada —dijo levantándose y señalando el cielo, ya sin apenas luz.

Santos no se dirigió a Jacinta, ni tan siquiera la miró. Entró en la casa y cabizbajo, ocultando su tristeza ante ella, se encaminó hacia las escaleras que conducían a los dormitorios.

—Está vencido —dije mirándola, con la voz entrecortada—, y lo entiendo, entiendo su estado de ánimo. No sabía que estaba enfermo.

—Así es, pero se recuperará. Estoy segura de que así será. Para que eso suceda debe mantener la esperanza y mucho me temo que la está perdiendo. Hace tiempo que no consigo hacerme con él. Se está dejando ir, Fabiola. Estoy preocupada. Solo se curará si sale de este lugar y para que eso suceda él también debe poner de su parte. Debe creer que es posible hacerlo. Ahí, Fabiola, es donde su trabajo cobra una importancia extrema.

—¿Mi trabajo? ¿Qué tiene que ver mi trabajo con lo que le sucede?

—Santos necesita seguir recordando. Necesita hacerlo para mantenerse con vida aquí. En este sitio la muerte se produce cuando dejamos de recordar, cuando nos olvidamos de nuestra vida anterior y de los nuestros. A estas alturas imagino que se habrá dado cuenta de que aquí lo más importante son los sentimientos y los recuerdos. Todo lo material no tiene la más mínima relevancia, está ahí sin que tengamos que hacer el más mínimo esfuerzo por conseguirlo. Si logra que recobre las ganas por escribir su biografía le recuperaremos y, entonces, estoy segura de que podrá regresar y tal vez, si los dioses así

lo quieren, se curará de su enfermedad. Si no es así, morirá en este lugar como ya lo han hecho otros.

Puso su mano sobre mi hombro y me indicó que entrásemos en la casa. Oscurecía y la lluvia comenzaba a caer con fuerza.

—Santos me habló de lo que sucede con la muerte en este lugar —dije pensando en voz alta, sin tener en cuenta que tal vez Jacinta no supiera que Santos había estado en el cementerio, tampoco lo que había hecho allí.

—Imaginé que le hablaría de ello. Hacemos las exequias como suelen efectuarse fuera de aquí. Es la forma de llevarlo todo con la mayor normalidad posible. Los cuerpos desaparecen a las pocas horas de haber sido enterrados. Lo harían del mismo modo si no les diésemos sepultura. No haría falta hacerlo, pero es menos traumático para todos dársela. Eso le da normalidad al suceso. No todos saben lo que sucede cuando alguien muere en este lugar y, créame, es mejor así. A Santos le pudo la curiosidad y la desesperación. Exhumó varias de las sepulturas. Creo que ello le perjudicó, le confundió más de lo que ya estaba y le hizo perder la esperanza.

—Jacinta, necesito saber qué es este lugar, dónde estamos. Todos necesitamos respuestas. Estoy segura que nos beneficiaría, que nuestra permanencia aquí sería diferente —le dije casi en una súplica.

—No hay ningún misterio, nada diferente a lo que ve, a lo que todos vemos y sentimos. No puedo decirle más. Toda pregunta tiene su respuesta pero no siempre en el momento en el que las planteamos se nos da. Hay que saber esperar. Aquí sucede lo mismo que sucedía en el lugar del que usted vino. En su momento lo entenderá todo.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—El tiempo en este lugar no existe, no como usted lo conocía hasta ahora. Estoy aquí desde siempre, desde que recuerdo, pero no sé cuánto tiempo abarca mi estancia, quizás una eternidad. No me he parado a pensar en ello nunca. No es algo que tenga relevancia para mí. Los hechos, las vivencias, los sentimientos, son lo único que da sentido a la existencia, el tiempo es una quimera, no es nada, nunca lo ha sido. Deja de existir en el momento en el que uno lo vive. ¿Para qué preocuparnos por él?

—Sé que calla muchas cosas, Jacinta. Que tiene respuestas que no quiere dar. Creo que se equivoca al guardar silencio. Tenemos derecho a saber dónde estamos y por qué estamos aquí.

—Es posible que tenga razón, pero solo en parte. Si yo le diera las respuestas que me pide, muchas cosas cambiarían y con ellas la vida de otras personas. Hasta la más pequeña de las partículas de polvo, el más pequeño de los seres vivos, tiene su importancia. Todos sus actos o movimientos lo tienen. Aunque no lo crea, tienen una relevancia extrema. Mi silencio también. ¿Recuerda la teoría del caos? El batir de las alas de una mariposa puede provocar un huracán en otra parte del mundo. Del mismo modo, pequeñas acciones, o silencios determinados, pueden crear grandes cambios en nuestra vida y la de los nuestros. Consiguen establecer un futuro que quizás de otro modo no llegaría nunca a convertirse en presente.

»Deje de hacerse tantas preguntas. Aproveche estos momentos para reflexionar sobre su vida anterior. Sé que dejó muchas cosas en el aire, que se equivocó de camino. Ahora puede rectificar. Piense que puede aprovechar el tiempo que esté aquí para reflexionar, para tomar otro camino cuando regrese, porque estoy segura de que lo hará. Sé que volverá.

»Necesito que me ayude. Estamos perdiendo a Santos y solo usted, Fabiola, puede hacer que él no muera en este lugar. Como le he dicho, tiene que ayudarlo a escribir su biografía. Eso ahora mismo tiene una importancia extrema para todos, pero, sobre todo para usted, porque es uno de los motivos principales por los que usted ha llegado a este lugar. Si no fuera así, tal vez ahora estaría en otro sitio.

—En cierto modo me identifico con él. ¡Qué más da su biografía y todo lo demás! No sabemos si vamos a regresar en algún momento. Quizás nunca lo hagamos. Y si lo hacemos tal vez no sea al mismo lugar, a la misma vida. Esto es una locura, Jacinta, un sinsentido.

—Es una mujer de poca fe y eso solo le conducirá a un agujero negro una y otra vez. Intente no

buscar respuestas constantemente, anticiparse a todo. Viva y actúe como su conciencia le dicte. Es más sencillo de lo que parece. El ser humano tiene la capacidad de razonar, de crear, pero eso también le lleva a un infinito de preguntas que a veces son piedras que obstaculizan sus pasos. Ya sabe, el sueño de la razón produce monstruos.

»Santos necesita seguir recordando porque si pierde sus recuerdos, dilapidará sus ganas de seguir viviendo, de luchar. Dejará de escuchar a su mujer. Si escribe su biografía eso no ocurrirá. Deje de pensar en usted y en este sitio. Deje de razonar sobre este lugar, de compararlo con su vida anterior. Piense que es una faceta más en su vida, un camino por recorrer y ándelo, hábitelo. Si lo hace, las respuestas llegarán solas...

16

El tiempo esclavizaba mi vida antes de llegar allí, la dividía en espacios tan pequeños como las cuadrículas de un cuaderno milimetrado. Nunca disponía de tiempo libre para los míos o para mí. Siempre existía algo que me impedía descansar, dedicarme a escuchar a los otros o, simplemente, perderme en la contemplación de cualquier cosa, sin prisas; sin agobios. Sin un reloj marcando y limitando mis horas. Casi todo lo que hacía estaba condicionado. El día a día, las semanas y los meses se paseaban cargados de obligaciones, sin una pausa para vivir. Vivir de verdad, pensé recordando las palabras de Jacinta el día anterior. Y ahora estaba allí, donde el tiempo no tenía relevancia y huía de ello, me asustaba aquella ausencia de obligaciones.

Hubo un tiempo en el que Ezequiel luchó porque nuestra relación no se marchitara. Porque sus besos no murieran esperando colgados de las manecillas del reloj que me devolvía a casa casi al anochecer, ya sin ganas. Fue en los comienzos de nuestro matrimonio. Entonces yo trabajaba más horas que él, ganaba más que él y, en consecuencia, apenas vivía con él. Mi trabajo llegó a tapizar de folios llenos de números, previsiones y ponencias la colcha de nuestra cama. La compramos a medida, grande, inmensa. Fue en una tienda de muebles de diseño. La pagamos en dos plazos que negociamos para que coincidieran con las pagas extras de ambos. Sentados sobre ella, en medio del local, imaginamos como se llenaría de niños los domingos en la mañana reclamando el desayuno con sus vocecitas agudas. Pensábamos tener tres. El número de la suerte, le decía yo. Pero antes, antes debíamos hacernos con todo lo necesario para que ellos, al llegar a nuestras vidas, no padeciesen las mismas carencias que habíamos tenido nosotros. Pusimos tanto empeño en ello, en construir aquel palacio de cristal, que olvidamos anidarlo.

El día que mi empresa cerró me encontré en una casa lujosa, llena de muebles carísimos y una cama de dos por dos vacía de chupetes, biberones, risas y pijamas. Deambulando por las habitaciones y sin saber a dónde ir. Esperando, al anochecer, que el reloj marcara la hora en la que Ezequiel debía regresar, pero él hacía mucho tiempo que había dejado de volver. Nuestros respectivos trabajos fueron comiéndose nuestro tiempo, lo devoraron como hienas hambrientas, sin escrúpulos y en manada. Cuando

quise retomar mi relación, dedicarle el tiempo necesario y ser madre, Ezequiel ya se había ido de mí. Tomó el mismo camino que antes había recorrido yo. Llegaron las horas extras, los horarios infinitos, las reuniones a deshoras y los viajes. Fue como si nos hubiésemos cambiado las tornas. Incluso, por un tiempo, pensé que se estaba vengando de mí. Que aceptó aquel ascenso solo para que yo comprendiese por lo que él había pasado cuando yo vivía por y para trabajar.

Sumergida, ahogada por la soledad del corredor de fondo, recluida en aquella casa inmensa, tan grande y lujosa como vacía de vida, una noche de tormenta decidí empezar a escribir. Lo hice a mano, en un cuaderno milimetrado y con un lápiz del tres. Sin luz porque el diferencial había saltado tras la caída de un rayo en un transformador cercano. Con una pequeña linterna, sujeta en mi boca, describí un cielo cubierto de nubes malvas. Un cielo imposible, pensé entonces. Durante varios años luché por hacerme un hueco en un mercado tan difícil como culminar un Ochomil. Y, mientras tanto, mientras el reloj y el calendario corrían, mientras mi marido iba dejando de serlo y se convertía en mi amigo, solo en mi amigo, en una esquinita del camino quedó la vida que había imaginado junto a él; quedé yo. Vagabundeando, imaginando historias y más sola que nunca. Hasta que llegó él, Torcuato.

Llevé mi desayuno al porche y me senté a su lado sin decir palabra. Él no se movió. Contemplaba el gran arce que había en el centro del jardín.

—Antes de llegar aquí estaba haciendo marca páginas con hojas de arce. Las plastificaba. —Dijo sin mirarme—. Cuando toman ese color me recuerdan a las que tenía guardadas —señaló el árbol, a las hojas—. También a mi mujer. Siempre me gustaron los arces. Sus hojas son especiales. Mi mujer se reía cuando le decía que nos darían suerte. Ahora sé que tenía razón, que su risa estaba justificada, no nos la dieron, al contrario. —Dijo entristecido—. Fíjese bien en ellas. Ahora mismo tiene el mismo color que la suya. Aquí es todo tan irreal, tan relativo que cuando la vi en el suelo de la estación pensé que era una de las mías. Ahora mismo, sin ir más lejos, todas las del árbol son exactas a las que tenía preparadas para plastificar.

—Debe ser por la luz —le dije sonriendo e intentando que él también lo hiciera—. ¿Recuerda?, es un efecto óptico, se acostumbrará.

Me miró y me dedicó una sonrisa.

—No podía decirle otra cosa, fue lo primero y más convincente que se me ocurrió. Espero que me disculpe por mentirla. Lo único que pretendía era que no se asustase.

—No importa. Ahora sé lo complicado que es explicar lo que sucede en este lugar. Estamos en un limbo. No nos queda más consuelo que recordar e intentar seguir viviendo. A veces tengo la sensación de que la otra vida no existe, que todo ha dejado de ser. Pero es una sensación. No hay nada seguro, no sabemos lo que es real o no, por ello no debemos tirar la toalla y creo, Santos, que tú la estás tirando —dije tuteándole—. ¿Crees que a tu mujer le gustaría que dejaras de luchar?

—No he dejado de hacerlo —contestó mirándome de frente, desafiante—, ¿por qué crees que lo he hecho? ¿Cómo estás tan segura si apenas me conoces? —me preguntó en un tono seco y cortante.

—No quieres escribir tu biografía. Eso solo puede significar que te niegas a recordar. ¿Sabes que si lo haces morirás aquí? No tendrás posibilidad de volver, de regresar con los tuyos.

—Ha sido Jacinta, ¿verdad? Jacinta te ha dicho que debo seguir recordando —asentí con un movimiento de mi cabeza—. Y para qué me sirve. Nada ni nadie me aseguran que pueda regresar y si lo hago no sé con qué me voy a encontrar. De una forma u otra voy a morir. Estoy agotado, literalmente agotado.

—Nadie sabe cuándo va a morir. Es posible que te recuperes cuando vuelvas. Si dejas de recordar morirás en este lugar. Lo único que tengo claro es que quiero ayudarte. Este sitio está hecho de recuerdos y sentimientos, es algo que ya he comprendido. Ahora solo somos sentimientos y recuerdos,

nada más. Si perdemos los recuerdos dejaremos de sentir y si dejamos de hacerlo moriremos. Hablé con Jacinta anoche, y ese punto es el único que me dejó claro. He decidido confiar en ella.

—Tengo un hijo de mi primer matrimonio. Hace años que no le veo, muchos años. Nuestra relación fue siempre difícil. Le exigí demasiado. Me educaron en un ambiente casi dictatorial y le impuse a él casi la misma disciplina que me impusieron a mí. Su sueño, desde muy pequeño, era ser ebanista, no aspiraba a más. A mí me espantaba. Soy curtidor de pieles, un simple curtidor de pieles. Desde que nació quise y me prometí a mí mismo que él sería más que yo, que conseguiría metas más altas; una vida mejor. Me obsesionaba que no pasase por las calamidades que he pasado yo. Luché para que estudiase una carrera. Le impuse una disciplina y le interné en un colegio, el mejor que encontré. Aquello, mi obcecación por su futuro, nos distanció. También propició mi divorcio posterior. Mi obsesión por su futuro me hizo olvidar el presente, su presente y a él.

»Quería escribir la biografía para él. Es un gran lector. Pensaba editarla, incluso tenía la portada. En ella había una gran hoja de arce, roja y aterciopelada. Como la tuya, como las de ese árbol. ¡Qué irónico!, ¿verdad? Iba a hacérsela llegar impresa como si fuese un regalo. Escrita con seudónimo. Pensé que era la mejor forma de llegar a él sin forzarle, solo haciéndole sentir. Por eso necesitaba un escritor profesional. Yo soy un gran lector, pero un pésimo narrador.

»En realidad, no quería escribir una biografía en sí. Quería escribir mi vida novelada. Pretendía contarle a mi hijo quién, realmente, era yo. Iba a ser una declaración de cariño. Necesitaba conseguir con ello que me entendiese y me perdonase. Buscaba una vía para volver a verle. La idea me entusiasmaba. Era preciosa y original. Se convirtió en un sueño, en mi sueño. Pero, ya sabes; los sueños, sueños son. Si no me mata este sitio lo hará mi enfermedad...

La confesión que me hizo sobre su hijo y el dolor que sentía me emocionó. Aquel hombre que en un principio me pareció severo y regio, de aire y porte militar, tras sus palabras, se me antojó un niño perdido que daba tumbos de un lado a otro como si no supiera dónde ir o quién era en realidad. Santos, contrariamente a su apariencia y ademanes tan refinados y regios que parecían emparentados con la clase alta, resultó ser un curtidor de pieles, humilde y sencillo. Un padre que se olvidó de que hay querer que matan, que se equivocó en el fondo y en la forma; igual que lo había hecho yo con mi vida junto a Ezequiel.

17

Tomé la decisión de escucharle sin anotar lo que me contaba. En realidad su biografía no tenía importancia. Lo relevante era que él siguiera recordando, que sus sentimientos no murieran en aquel lugar. La amistad que surgió aquella mañana en el porche de la casa, frente al gran arce, era la única vía posible para que eso ocurriese, pensé. Desde mi llegada era la primera vez que mi permanencia en aquel pueblo, en aquella casa alejada de la civilización, tenía un sentido, una relevancia que pasaba por encima de todo lo demás, incluso de mi posible regreso. Cuando me hizo partícipe de su vida, de su enfermedad, del sufrimiento que le producía la separación de su hijo y lo culpable que se sentía por ello, conseguir que siguiera recordando, sintiendo, se convirtió en mi única meta. Mientras le escuchaba, en algunos momentos, tuve la sensación de que él y yo habíamos estado juntos desde siempre. Sentí que habíamos caminado a la par pero sin vernos. Supe que de una forma u otra, en un lugar o en otro, habríamos terminado conociéndonos porque algo especial y diferente nos unía.

—¿Dónde está Jacinta? No la he visto desde anoche —le pregunté.

Se levantó y señaló el horizonte.

—Espera. Vuelvo enseguida. Te gustará lo que vas a ver. Ya no te asustará —dijo sonriente y entró en la casa.

De pie en el porche contemplé aquel horizonte, que de nuevo me pareció un trampantojo tan bello como irreal. En aquel momento, a diferencia del día en que llegué, no me impresionó lo que sucedía. Lo contemplé embelesada, perdiéndome en cada detalle; en cada árbol, en cada casa, en el camino, en lo imposible y bello que era todo aquello. No busqué una razón que me explicase por qué la estación volvía a verse, por qué parecía tan cercana a nosotros. No intenté aplicar la lógica, simplemente habité el momento.

—Toma —dijo tendiéndome unos prismáticos—, mira hacia el camino antes de que Jacinta regrese y la estación vuelva a desaparecer. Enfoca la figura que hay en él —y la señaló.

Jacinta transitaba a pie por el camino de tierra que conducía al apeadero. Su vestimenta había cambiado. Era como las que utilizan los aborígenes. Enfoqué sus pies. Calzaba unas sandalias de piel rudimentarias. Todo en ella era tan diferente que solo me resultó familiar su forma de caminar.

—¿Es Jacinta? —le pregunté para confirmar su identidad, ya que la mujer caminaba de espaldas a nosotros.

—Así es. Cuando alguien nuevo llega, ella va en su busca. Tu llegada fue una excepción. Me dijo que no se encontraba bien y me pidió que te recibiera yo. El apeadero había aparecido demasiado lejos para ir caminando. Cuando aparece, no siempre lo hace en el mismo lugar, ni a la misma distancia. Este paisaje es nuevo. Desde que llevo aquí el camino jamás ha atravesado el pueblo dejando las casas a los lados. Si lo ves, si intentas verlo todo sin hacerte preguntas, sentirás que lo que sucede es excepcional. Tan mágico que a veces se te olvida que estás privado de libertad.

Dirigí las lentes hacia el apeadero. Ajusté la distancia acercándolo. Instintivamente busqué los cables del tendido telefónico y aquella cinta americana de color malva que el empleado había utilizado, según me dijo, para arreglar una avería. Sobre los cables había un águila dorada. Tiraba con su pico de la cinta aislante intentando desprenderla. Insistía una y otra vez, empeñada. La imagen me sobrecogió tanto que no pude retirar la vista de la rapaz hasta que ésta, ya cansada, levantó el vuelo dejando un jirón que comenzó a moverse empujado por el viento. Bajé los prismáticos y los dirigí al apeadero. En él estaba el empleado. Parecía esperar la llegada del tren.

—Vayamos a la estación —dije mirando a Santos—. Tal vez sea el momento de regresar. Es posible que podamos subir al tren, volver por donde vinimos. ¡Debemos intentarlo!

Santos me sonrió. Su sonrisa me recordó a la que esbozó Ezequiel aquella noche en el restaurante. Fue triste, sabia y envejecida, como la de él.

—Ojalá pudiéramos, ojalá fuese tan sencillo —dijo poniendo su mano sobre mi hombro derecho—. Todo lo que vemos es inalcanzable para nosotros. Está ahí pero no podemos interactuar con ello. Es un escenario que no nos pertenece. Igual que lo es el pueblo y sus habitantes. Has estado tan sumergida en buscarle sentido a todo lo que te sucedía, en la desconfianza que sentías hacia nosotros, que no te has dado cuenta de que solo te has relacionado con Margaret, con Jacinta y conmigo.

Le miré fijamente, perdiéndome en el gris de sus ojos y repasé todo lo que había ocurrido desde que llegué. Mis días habían pasado en aquel lugar tal y como Santos terminaba de relatarme; solo me había relacionado con Margaret, con Jacinta y con él. Sin embargo, recordaba días en los que paseaba por el pueblo. Me vi caminando por sus calles, entrando en sus tiendas, contemplando sus casas de madera y a sus habitantes, pero no tenía ni un solo recuerdo de haber hablado con nadie. Mis pasos por aquel pueblo se me antojaron iguales a los de un fantasma.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —le pregunté confusa.

—Más de lo que crees. Has ido y venido al pueblo, te has ausentado algunos días. Imagino que ahora lo has recordado. El tiempo aquí no se mide de igual forma, eso ya lo sabes. Nada es lo que parece ser. No sé los días que llevas aquí. Tampoco los que llevo yo —y se encogió de hombros.

Dejé los prismáticos sobre la mesita de madera y avancé decidida. Solo pensaba en llegar al camino, tomarlo y alcanzar la estación. Cuando, ya fuera de la casa, puse mis pies sobre la arena el suelo oscureció. Tuve la sensación de estar cayendo sin control. Fue como si me precipitase por un acantilado y segundos después, de golpe, algo a o alguien me impulsara de nuevo hacia arriba. Asustada, sin moverme, como si estuviera clavada al suelo, giré la cabeza buscando a Santos. Él permanecía en el porche, seguía sentado en el mismo lugar en el que le había dejado. Me observaba impasible. Me sonrió y señaló el gran arce. Yo estaba junto al tronco del árbol, ni tan siquiera había llegado a salir del jardín de la casa.

—Este lugar seguirá sorprendiéndote. Lo hará días tras día, créeme. Es maravilloso. Es casi perfecto. Lo sería si los nuestros pudieran estar aquí, con nosotros. Pero nada es perfecto. Ni aquí ni en ningún sitio. En eso, en su imperfección, este lugar, es exacto a nuestra vida anterior —esbozó una sonrisa entristecida y melancólica.

»¿Sabes? luché, como lo hacemos todos, para vivir en una casa como ésta. Soñé con un lugar así.

Y ahora me sucede lo que a Margaret, esta perfección me sobra. Daría todo lo que he sido y soy por superar mi enfermedad, por regresar con los míos aunque tuviese que vivir el resto de mis días en una choza...

El tiempo fue pasando sin tenernos en cuenta, dejándonos abandonados en el camino, en una esquina de su transcurrir, de su anarquía tan inconcebible como egoísta. Sin darme cuenta, sin proponérmelo, fui olvidándome de él, de sus estúpidos minutos, de sus horas, de los días y los meses que habían condicionado y matado mi vida antes de llegar a aquel lugar; de aquellos proyectos de futuro tan materiales como estúpidos, sin razón de ser, que envenenaron mi presente. Santos siguió relatándome detalles de su vida, pensamientos e ilusiones que no había compartido con nadie. Y con cada nuevo dato, con cada anécdota o sentimiento, fue rejuveneciendo ante mí. Sus ojeras se desdibujaron y el gris de sus ojos se aclaró. Margaret endulzó con su repostería las tardes en las que nos reuníamos los tres en su casa. Nos instruyó en el mantenimiento y cultivo de la gran variedad de plantas que tenía en su cocina, y yo, mientras tanto, fui escribiendo la vida de Santos sin que él tuviera conocimiento de lo que estaba haciendo.

Jacinta se ausentó de nuestro diario. Se marchó el día que, vestida como una indígena, fue a recibir a un nuevo morador. Desapareció de nuestra vida sin que Santos ni Margaret notaran su ausencia. Solo lo hice yo, pero callé. No fuera a ser que mis palabras rompieran la magia que se había creado a nuestro alrededor. Que, al mencionarla, Santos o Margaret volvieran a hacerse preguntas que de seguro no obtendrían respuestas. Que, de nuevo, se sumergieran en la desesperación por regresar, por salir de aquel lugar.

En aquellos momentos yo había comprendido que para salir de allí lo único que debíamos hacer era no olvidar y..., esperar.

18

No puedo precisar el tiempo que pasé en aquel lugar. Tampoco lo que tardé en escribir la biografía de Santos, las horas o los días que me llevó la transcripción de sus palabras hasta convertirlas en una novela repleta de sentimientos y vivencias tan comunes como maravillosas. Aquel hatillo de emociones y deseos que Santos iba compartiendo cada vez con mayor naturalidad, reviviendo cada situación como si estuviera sucediendo en el momento en que la narraba ante nosotras, nos tuvo, a Margaret y a mí, atrapadas en sus palabras.

El café, los bollos recién horneados de Margaret, la calidez de aquella cocina llena de plantas, le daban a los relatos de Santos un cariz entrañable y familiar. Sumergidas en sus palabras nos sentíamos vivas y olvidábamos la privación de libertad a la que estábamos sujetas. Aquella realidad ajena y caprichosa se nos hacía más llevadera, menos dolorosa de la mano de sus vivencias que se alternaban con las nuestras, porque nosotras también compartimos, tarde tras tarde, lo que habíamos vivido antes de llegar allí.

Cuando le puse el punto y final al trabajo, a la novela, sentí plenitud y vacío al tiempo. Fue una alegría que, en parte, estuvo empapada de tristeza. Presentí que algo estaba a punto de cambiar, que algo iba a suceder que transformaría nuestro diario y que, tal vez, aquello, nos separase para siempre. Aquel presentimiento me dolió, me hizo daño. Margaret y Santos se habían hecho un hueco en mi corazón y en mi alma, habían pasado a formar parte de mí. El solo hecho de pensar en la posibilidad de no volver a verlos, de regresar y no tenerlos cerca, me asustaba. Y, precisamente eso, su ausencia, era a lo que mi predicción apuntaba.

Aquella mañana el sol aparentó salir antes de tiempo. Tuve la sensación de que las horas avanzaban más rápido de lo habitual. Con la novela ya impresa y el bloque de folios en mis manos, apretados contra mi pecho, salí al balcón. Contemplé el horizonte teñido, en parte, del rojo aterciopelado de las hojas del bosque de arces. Inspiré y dejé que mis pensamientos volaran. Cerré los ojos llevada por una tristeza extraña, venida de lejos, y, al hacerlo, presentí que algo ya había cambiado. No acertaba a saber qué era lo que sucedía, pero sentía que aquel presente ya no era el mismo; que se había transformado en el momento en que le puse el punto y final al trabajo que me había llevado hasta aquel

extraño lugar. Con las planas entre mis brazos, apretadas contra mi pecho, volví al interior de la habitación. Las apilé y, seguidamente, las deposité sobre la mesa. Saqué la hoja de arce de mi agenda. La coloqué sobre un folio en blanco y con un lápiz dibujé su contorno sobre él. Después la situé, a modo de portada, sobre el bloque que formaban los treinta y tres capítulos de la novela de Santos. Mi tres estaba allí, concluyendo la obra, pensé emocionada. Introduje el bloque de folios en un sobre y escribí el nombre de Santos en él. Pensaba dejárselo en el estudio, sobre el sofá en el que solía sentarse al atardecer.

Llevada por una sensación extraña de añoranza, como si aquel día fuese el último que iba a pasar en aquella casa, detuve mi mirada en cada rincón. Contemplé uno a uno sus espacios vacíos e incluso seguí el movimiento de las sombras que escapaban de los rayos del sol. Me detuve en cada mueble, en la madera torneada de las patas de la cama, en el escritorio y en el bargueño que había encima de él. Cuando fijé mi vista en sus cajones, me percaté de que una de sus taraceas era una pequeña hoja de arce roja que hasta aquel momento no había visto. Me levanté de la cama y me dirigí al cajón. Con la yema de mis dedos rocé la piedra. Al hacerlo se desprendió de la madera y cayó al suelo. Como si fuese empujada por una fuerza intangible, rodó hasta el balcón que permanecía abierto. Seguí su recorrido ensimismada, absorta en la forma tan extraña que tenía la piedra de girar sobre sí misma. Lo hice hasta que se precipitó por un hueco de la barandilla y cayó al jardín. Vi como quedó cerca del tronco del gran arce, sobre el negro mantillo que abrigaba varios bulbos plantados por Jacinta días antes de marcharse.

Recogí el sobre con la novela y me dirigí al despacho para dejarlo en el sofá. A esa hora Santos debía estar preparando el almuerzo, pensé. Ralentiqué mis pasos al bajar para no alertarle de mi presencia y así evitar la incómoda eventualidad de que me viese con el sobre. Él no sabía que estaba escribiendo la novela y quería darle una sorpresa.

Al bajar el último peldaño sentí un silencio infrecuente. La luz del distribuidor se me antojó más tenue de lo habitual, demasiado apagada y sucia. Por unos instantes pensé que el tiempo se había detenido en el interior de la casa. La vivienda aparentaba estar deshabitada. Los muebles del despacho de Santos estaban cubiertos de una gruesa capa de polvo, como si hiciera meses que nadie hubiese entrado en la estancia. En el centro de la habitación, en el suelo, seguían las cajas con sus discos, aún por clasificar y embalar definitivamente, como cuando llegué a la casa por primera vez. Las cortinas estaban echadas y las ventanas cerradas.

Le llamé. Primero lo hice en un tono normal, después, al no recibir contestación alguna, grité su nombre. Pero Santos no respondió. Recorrí todas las habitaciones de la mansión sin hallar ni una sola evidencia de que él, Santos, hubiera estado allí en algún momento. Volví al despacho y busqué los prismáticos. Salí al porche y, tras limpiar el polvo de las lentes, busqué la casa de Margaret, pero en aquel horizonte solo había una pradera llana y cubierta de una densa vegetación. El viento soplaba sobre los arbustos y la hierba crecida. El movimiento de las ramas era lento y tan acompasado que parecían estar interpretando un vals al que acompañaba una melodía que yo no alcancé a escuchar, pero que supe sonaba en la distancia, lejos, muy lejos de allí. Bajé los escalones del porche y me dirigí hacia el gran arce. Recogí la taracea y, con la piedra en mi mano derecha, apretándola con fuerza, me senté. Recliné la espalda en el tronco del gran árbol y cerré los ojos.

Dejé de llorar cuando el viento, como si fuese los dedos de un amante que intentara consolarme, levantó mi pelo y acarició mi nuca. Después escuché a Ezequiel cantar bajito, en un susurro:

«La vida a veces es tan breve y tan completa que un minuto, cuando me dejas y tú te dejas, va más aprisa y dura mucho.»

Abrí los ojos cuando sentí su beso en mi frente y noté como él, con cuidado, levantaba mi cabeza y extendía mi pelo hacia atrás, sobre la almohada.

—¡Hola pequeña! —Dijo bajito y acarició mi frente...

La canción seguía sonando: *«La vida, luego ya es nosotros, hasta el extremo más inmundo.»*

Porque quererse es un castigo y es un abismo vivir juntos.»

Le miré desconcertada. Quise hablar, moverme, pero no puede.

Segunda parte

19

Permanecí en aquella habitación de hospital varios meses más. Rodeada de una añoranza desgarradora y extraña que no quise compartir con nadie. Tuve que aprender a sostenerme antes de andar sin ayuda. Coger el peso y la musculatura que había perdido durante los nueve meses que permanecí en coma tras el accidente. Mis recuerdos volvieron poco a poco, pero no del todo, había partes que se habían borrado en mi mente, como si el golpe que sufrí hubiera triturado aquellos instantes previos al choque. Sin embargo, el recuerdo de aquel lugar, de Jacinta, Margaret y Santos, permanecía vivo y recurrente. Era tan claro y fuerte que esperaba, ansiaba, que su visita se produjera en cualquier momento. Sus nombres fueron las primeras palabras que pronuncié cuando conseguí hablar sin dificultad:

—¿Sabe si han venido a verme Jacinta, Margaret y Santos? No consigo recordar si lo han hecho —le pregunté a la enfermera.

—Es posible que lo hayan hecho. No puedo asegurárselo —me sonrió—. Su marido vendrá enseguida, él lo sabrá. De todas formas debe tener en cuenta que las visitas, por prescripción facultativa, deben ser limitadas hasta que se encuentre mejor.

—¿Puede ayudarme a incorporarme?, quiero ver el bosque de arces —le dije al ver que no podía sentarme en la cama, que aún no tenía fuerza suficiente para moverme sola.

—Subiré los estores pero, mucho me temo, que no verá los arces. Estamos en pleno centro de la ciudad. Eso sí, podrá contemplar la avenida porque el ventanal cubre casi toda la pared. ¡Es un lujo! Moveré la cama para situarla lo más de frente posible a la calle.

»Su doctor la visitará en unas horas, le alegrará verla haciendo ya preguntas —dijo subiendo la parte superior de la cama e incorporándome en ella. Después la giró situándola frente al gran ventanal que cubría toda la pared hasta el suelo—. Es usted muy fuerte, Fabiola, mucho. Su recuperación ha sido extraordinaria.

»No creo que su marido tarde mucho en regresar—. Subió los estores de vinilo y me sonrió señalando el exterior—. Ve, ya le dije, estas vistas son privilegiadas. Mientras vuelve su esposo puede ir repasando su agenda. Le vendrá bien para recuperar recuerdos de forma gradual. El doctor cree que su dietario pudiera ser un instrumento muy válido para ello —lo dejó sobre la cama, junto a mis manos—.

Este es el timbre. —Me acercó un pulsador que colgó de la barandilla lateral para que no se cayese—. Apriete el botón si precisa algo. Mi turno termina al mediodía, o sea que me tendrá toda la mañana con usted. Llámeme para lo que necesite, para cualquier cosa. —Estiró la colcha de la cama, comprobó el gotero, me dedicó una sonrisa y salió de la habitación.

Miré hacia la calle. Era verano. Frente al hospital, en la otra acera, dos torres de apartamentos se alzaban casi juntas, a pocos metros una de la otra. A su lado varios edificios en los que sus bajos estaban copados por restaurantes con terrazas abarrotadas de clientes, un pequeño colmado y una farmacia. La carretera, que dividía la calle en dos aceras, estaba atascada por la retención que producía un semáforo de cruce. Me sobrecogió ver tantas personas caminando por la acera en todas direcciones, su evidente prisa y la indiferencia con la que se cruzaban, como si no se vieran. Me impresionó el bullicio que no podía escuchar pero que imaginaba. En las aceras había árboles, como en el jardín que rodeaba el hospital, pero no eran arces, sin embargo, también tenían sus hojas rojas, aunque su rojo era granate y apagado, casi sucio. Eran Prunos, ciruelos mentirosos, los llamaba Torcuato porque decía que sus frutos parecían comestibles sin serlo. Busqué el cielo, pero solo puede hallar un pedacito de él. Parecía atrapado entre los dos grandes edificios. Era gris, gris y sucio, como las hojas de los ciruelos mentirosos. «He regresado», pensé. Dos lágrimas solitarias y llenas de nostalgia recorrieron mis mejillas cuando pensé en ellos, en Margaret y Santos.

Un relámpago iluminó aquel cielo de finales de agosto. Seguido de él un gran trueno que dio paso a una lluvia tan repentina como rabiosa. Los goterones caían rectos y con fuerza, sin que nada desviase su trayectoria. La imagen de la calle desapareció por unos instantes tras la cortina de agua, hasta que el viento comenzó a soplar deshaciendo aquella opacidad acuosa. La gente corría. Se refugiaba en los portales, bajo los toldos de los bares o abría sus paraguas. Otros, los menos, dejaban que la lluvia les empapase. Los paraguas fueron cubriendo las aceras, protegiendo a los viandantes de la imprevista tromba de agua. Casi todos eran de tonos oscuros, negros, azul marino, marrones... Todos excepto uno. Aquel era grande y rojo, de un rojo aterciopelado, como las hojas del bosque de arces. La mujer que lo portaba transitaba despacio por la acera. Era bajita y delgada. Su cuerpecillo parecía una pavesa a punto de ser arrastrada por el viento. Aparentaba ser tan poca cosa bajo aquel gran paraguas, que si no fuese por él habría pasado desapercibida entre el tumulto, pensé. Al llegar a la altura de la ventana de mi habitación se detuvo. Levantó el paraguas y miró hacia el hospital. A pesar de estar a muchos metros de distancia, alejada, tuve la sensación de que me estaba viendo; de que me miraba. Giró su cabeza hacia la avenida y levantó su mano derecha en un gesto claro de despedida. Volvió su vista hacia mi ventana y me sonrió, al menos eso me pareció a mí, que me estaba sonriendo. Un taxi se detuvo a su lado. Cerró el paraguas y, sin volver a mirar hacia la acera del hospital, entró en él. El vehículo se alejó con la luz que indicaba su disponibilidad apagada. La lluvia siguió cayendo con fuerza, rabiosa. Pareciera como si las nubes llorarán la pena que yo sentía en aquellos momentos.

Mi agenda permanecía sobre la cama, perfecta, sin un solo rasguño, sin una sola hoja descolgada de su lomo. Sin rastro alguno del porrazo que sufrió cuando se me cayó por el balcón al ver la figura de mi madre al lado del gran arce del jardín. La abrí buscando mi letra, mis apuntes, la confirmación de que era mi dietario y no otro el que me había entregado la enfermera. En su primera página estaba la hoja de arce que aquella noche cayó sobre mi copa en el restaurante.

Con la hoja entre mis manos volví la mirada hacia la calle. Ezequiel se apeaba de un vehículo que había aparcado en doble fila, frente al hospital. Lo conducía una mujer, la misma que lo acompañaba aquella noche en el restaurante. La besó en los labios, se bajó y cubriendo su cabeza con un periódico para protegerse de la lluvia que aun seguía cayendo, cruzó la calle en dirección al hospital.

—Ya no hueles a limón —le dije cuando besó mi frente—, ¿has cambiado de colonia?

—Estoy tan feliz, Fabiola, tantísimo —dijo tomando mis manos y sentándose en un lateral de la cama—. He luchado tanto para volver a tenerte aquí. Todos lo hemos hecho —puntualizó mirándome a

los ojos.

—¿Sigues con ella? —Le pregunté—. Si es así, me alegro por ti, de verdad que me alegro mucho. Te quiero tantísimo Ezequiel, tanto. Todo este tiempo he pensado en ello, en nosotros, en nuestra vida en común, y me he dado cuenta de lo mucho que ambos nos hemos equivocado.

—Yo también a ti Fabiola. Lo sabes, ¿verdad? —asentí con un movimiento leve de mi cabeza. Sollozando de emoción—. No llores, por favor. No debes estar triste. Tenemos demasiados motivos para no entristecer.

»Ahora, lo único importante es tu recuperación. Tu absoluta recuperación —respondió y apoyó su cabeza en la mía—. Todo lo demás puede y debe esperar. Tendremos tiempo de hablar sobre nuestra situación. Eso, ahora, no es importante. Has permanecido en coma nueve meses. Te perdiste la Navidad, con lo poco que te gusta —sonrió intentando provocar en mí una sonrisa—. Eché en falta tus protestas viéndome colocar los adornos. ¿Sabes?, no tuve fuerzas ni ganas para bajarlos de la boardilla. Creyeron que no te recuperarías, pero yo sabía que sí. Tenía la corazonada de que agosto te devolvería, te haría regresar. Siempre fue tu mes.

»Sufristeis un accidente, un accidente muy grave. Fue un milagro que sobrevivieras, igual que el que hayas despertado. Eso es lo único importante ahora, que estés aquí, que te encuentres bien y te recuperes del todo. Le doy gracias a Dios por ello todos los días.

—¿Sufristeis? ¿Por qué hablas en plural? No recuerdo nada. Solo que me marché sin avisarte a escribir la biografía de Santos.

—No sé quién es Santos. Supongo que te refieres a la oferta del trabajo. No pudiste aceptarla. El accidente sucedió cuando salíais del restaurante. ¿Recuerdas el restaurante y las hojas de arce?

—Sí —respondí cabizbaja y confusa.

—Fue esa misma noche, cuando regresabais a casa. Un camión se saltó un *stop* y os embistió por un lateral.

—¿Y Torcuato? —Le pregunté con la voz entrecortada—, ¿dónde está Torcuato?

Su expresión adquirió un rictus funesto. Incluyó la cabeza, bajó los párpados y cogiendo mis manos entre las suyas, evitando mirarme a los ojos, dijo:

—Él soportó el mayor impacto. Permaneció en coma inducido unos días. Le despertaron porque las lesiones eran irreversibles y falleció una semana después. ¡Lo siento!, lo siento muchísimo.

20

En aquellos momentos, mientras Ezequiel se esmeraba en darme toda la información con la mayor templanza y delicadeza posible, yo, asediada por el dolor que me produjo la noticia de la muerte de Torcuato, apenas le escuchaba. Sus palabras poco a poco fueron perdiendo fuerza y tono ante mí. Solo percibía como movía los labios y me miraba con expresión preocupada. Incluso llegó a pasar su mano delante de mis ojos esperando que parpadeara. Pero no lo hice. Por unos momentos me fui de aquel lugar. Mis pensamientos viajaron hasta el pueblo, al instante en que Santos me entregó los folios escritos por Torcuato. Al hacerlo comprendí que Santos tenía razón: Torcuato fue a buscarme. Sabía que aquel era el único sitio en el que podía encontrarme. Si no le hubieran despertado del coma inducido lo más probable es que nos hubiésemos encontrado allí, en la casa de Santos, pensé.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —Preguntó el médico acercando una luz a mis ojos—. Hay que extremar la precaución con la información que le vaya facilitando. Es muy importante que lo haga, que actúe con cautela.

—Unos minutos. Solo lleva así unos minutos —respondió Ezequiel angustiado, con la voz temblorosa.

—Por eso no recordaba haberme despedido de él, por eso lo fui olvidando sin un motivo aparente. Ahora lo entiendo, ¡Dios mío! —exclamé sollozando.

—Tranquilícese. Debe tranquilizarse. Siga la dirección de mi dedo...

El incidente propició que me pusieran un tranquilizante que me dejó aturdida hasta el atardecer. Ezequiel no se movió del hospital hasta que me despabilé.

—No sabes cuánto siento lo que ha sucedido. No debería haberte dicho nada. El neurólogo tiene razón, no puedo precipitarme, debo ser más cauto —me dijo visiblemente afligido.

—No lo has hecho. Tarde o temprano tenía que saberlo. En un momento o en otro tendrías que haberme hablado de ello. No ha sido la noticia en si lo que ha provocado mi estado. Hay más motivos de los que ahora no puedo hablarte. Sucesos que quizás no entiendas nunca.

—Sabes que puedes contar conmigo para todo. Te quiero Fabiola, te quiero muchísimo y nunca

dejaré de estar a tu lado y de apoyarte. El hecho de que llevásemos vidas paralelas, el que nos mintiésemos los dos, solo significa que temíamos perdernos el uno al otro si conocíamos la verdad. Lo comprendí cuando te vi con él. Y supe que tú también lo habías entendido. Hace años que nuestra relación de pareja ha desaparecido, pero siempre nos hemos querido y eso, el cariño que sentimos el uno por el otro, nos frenó. Somos la excepción que confirma la regla.

—Nuestro error fue construir nuestro futuro al revés, Ezequiel. Comenzamos la casa por el tejado —extendí mi mano para que él la agarrase y así lo hizo.

»Es triste que nos hayamos tenido que enfrentar con esto así, en estas circunstancias tan tristes, tan dolorosas. Ahora nuestra vida ya no es la misma. Todo ha cambiado. Tú eres feliz con ella y yo tendré que aprender a ser feliz sin Torcuato. No sé si podré conseguirlo.

—No digas tonterías. No voy a dejarte, no hasta que estés recuperada del todo.

—Deberías perder los papeles en algún momento, a veces es bueno hacerlo —le dije dedicándole una mirada cariñosa—. Nuestra relación seguirá, pero ya no será igual. Los dos lo sabemos. Lo único que hemos ganado con esto es una lección de vida. —Le dije sonriendo. Él apretó mi mano con fuerza...

Aquello, su aparente pasividad, su excesiva compostura, fue lo que, en parte, también contribuyó a matar nuestra relación. La fue marchitando día tras día. Cuando las cosas comenzaron a funcionar mal, cuando mi trabajo nos alejó, no existió un portazo o un grito a deshoras que me hiciera pensar que aún había algo vivo dentro de él que me necesitaba por encima de todo. Sencillamente me dejó ir para luego marcharse él. Nunca renunciamos a seguir queriéndonos, pero era un querer marchito. Ya no quedaban pétalos a los que preguntarles por un sí o un no. Ezequiel se fue yendo de mí, como era habitual en él, sin tan siquiera rechistar. Pero yo sentí sus siseos al teléfono, su caminar descalzo algunas madrugadas y como en nuestros encuentros ya no se acomodaba a mis caderas. No me hizo falta buscar un rastro de perfume o un cabello chivato en su ropa. Tampoco necesité mirar su agenda o las llamadas perdidas de su móvil. Sencillamente lo supe, lo sentí y, extrañamente, no me dolió. Me molestó que no me lo contase, que no me hiciera partícipe de lo que estaba sucediendo, que siguiera siendo tan correcto, tan de plástico. Cuando Torcuato apareció en mi vida, en el desierto en el que me encontraba perdida y sola, tuve miedo, y actué como él. No se lo conté. No tuve valor para decírselo.

»Esa cartera..., —hice una pausa y la señalé—, ¿es la de Torcuato? —le pregunté haciendo un esfuerzo enorme para no llorar.

—Sí —afirmó con la voz temblorosa—. Había pensado dártela, pero ahora tengo mis dudas. Después de lo que te ha pasado y lo que ha dicho tu médico, no sé qué hacer...

—Cómo me gusta la pinta que tienes con esa cartera— solía decirle cuando llegaba a recogerme—. Pareces un maestro de El Bronx de Nueva York que viene de apoyar a sus grafiteros o de dar una clase de rap urbano con ellos en plena calle. ¡Eres tan atractivo!

Él sonreía y movía su cabeza un tanto avergonzado, como un chiquillo. Me besaba y pasaba su brazo por mis hombros orgulloso. Luego acercaba sus labios a mi oreja y decía, bajito, casi en un susurro:

—He vuelto a pecar. La culpa la tiene esta cartera en la que cabe un edificio entero —metía la mano dentro y sacaba un nuevo disco de Jazz—, lo escucharemos cenando —me guiñaba un ojo, besaba mi mejilla, suspiraba emocionado y caminábamos hacia su apartamento contándonos cómo había sido el día.

Vivía en un ático. La terraza duplicaba la extensión de la zona habitable de la casa. Era diáfano en su totalidad. Los únicos tabiques eran los del baño. Aquel apartamento era tan humilde como cálido y acogedor. Sus paredes estaban repletas de estanterías con vinilos, CD's y decenas de libros que también se apilaban en el suelo. Su biblioteca recorría toda la superficie de la casa en montones distribuidos por

géneros y temáticas como si fuese el mismísimo rodapié. En los pocos huecos que había en las paredes sin estantes estaban los cuadros que iba adquiriendo en mercadillos callejeros. Tenía debilidad por los pintores desconocidos.

—Asómate —me dijo el primer día—. Mira lo diferente que es todo visto desde aquí. Los seres humanos tenemos la estúpida costumbre de mirar solo en una dirección. Eso, el ser como borricos con orejas, nos lleva a perdernos demasiadas cosas y a caminar siempre en la misma dirección. Y, ya sabes, caminando en línea recta, uno no puede llegar muy lejos...

—No puedo hacerlo —le dije sintiendo como mis piernas comenzaban a flojearme, como se resistían a sostenerme—. Tengo vértigo, lo tengo desde que de pequeña me caí de un balcón. Permanecí inconsciente varios días. No me hice nada, ni un solo rasguño. Lo único que me quedó de aquella caída fue el vértigo y, como decía mi madre, unos recuerdos que no me pertenecían. Como si hubiese estado en otro lugar durante mi convalecencia, viviendo otra vida...

Estuve varios minutos con la cartera entre mis manos, sin poder abrirla. Bajo la mirada preocupada de Ezequiel, recordé la sensación que sentí cuando entré por primera vez en el apartamento de Torcuato. Fue como si siempre hubiera estado allí, nada me era ajeno. Sentí que aquel lugar me pertenecía del mismo modo que yo a él. Al acariciar la cartera recordé la música, las velas, el vino, sus caricias y aquellas confesiones a media voz, entre risas y susurros. Las palomas al amanecer en la terraza, el olor de los geranios recién regados y el color vivo de sus flores. El jazmín que, me confesó, había robado de un vivero. Aquel arbusto, de flores blancas que desprendían un olor fascinante al atardecer, crecía sin control. Como si fuese azuzado por una fuerza extraña, amenazaba con dejar chica la gran maceta en la que Torcuato lo había trasplantado por cuarta vez. Recordé cada sonido, cada olor, cada sombra, cada instante y a él; sobre todo a él. Acariciando el cuero marrón, sintiéndolo como si fuese su piel, supe que no volvería a tenerle cerca, a sentirle, a quererle y que él me quisiera, porque se había ido para siempre. Se había ido para no volver.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Ezequiel que permanecía inquieto mirándome en silencio. Sentado en el butacón de las visitas.

—Sí, sí. Aunque preferiría abrirla a solas —dije sin mirarle.

—Lo entiendo. Nos vemos mañana —me dio un beso en la frente. Abrió la puerta y se marchó.

Escuché su nombre cuando pasaron cerca de mi habitación:

—Margaret, hija, ya te he dicho que aquí no se debe alzar el tono de voz. Lo sabes de sobra, no debería tener que repetírtelo. Estamos en un hospital. Me has prometido que te comportarías. Si no lo haces, no podrás volver a venir conmigo.

—Pero, papi, si no hacemos ruido, mamá no va a despertarse nunca. Yo quiero que se despierte. No creo que sea como tú me has dicho, no es la bella durmiente, ¡no lo es! Rita me ha dicho que me has mentado, que mamá está enferma y que no va a despertarse nunca —dijo sollozando—. Voy a gritar todo lo que haga falta para que me escuche, para que me oiga.

Me levanté de la cama y, con dificultad, alcancé la silla de ruedas, me senté en ella y me dirigí a la puerta. Bajo el quicio, casi en la entrada, los contemplé. Él se paró, se puso en cuclillas, sujetó a la pequeña por los hombros y mirándola a los ojos, lleno de pena y comprensión al tiempo, le dijo:

—Rita es una mentirosa. Mamá se va a despertar. Lo hará, te prometo que lo hará. No debes creer lo que te dicen tus amiguitas, debes creerme a mí.

»Ahora quiero que esboces una sonrisa. Pondremos las flores en agua y le dirás que la esperamos, que siempre vamos a estar esperándola. Estoy seguro que le gustará saberlo. Ella nos

escucha. Si nos siente cerca, si no se olvida de nosotros ni nosotros de ella, despertará. Da igual si tarda unos días más, vamos a esperarla todo lo que haga falta. ¿Sí? —Le preguntó con la voz ligeramente temblorosa y los ojos reteniendo las lágrimas.

La niña asintió con un movimiento de su cabeza y los ojos tan brillantes como los de su padre. Pero ella, la pequeña, no supo ni pudo retener las lágrimas que su progenitor se apresuró a limpiar con sus dedos. Luego la abrazó. Los dos quedaron frente a mí, en silencio, unidos por el abrazo y la inmensa pena que sentían.

Él estaba igual que en la foto que Margaret me había enseñado, con algunos mechones blancos en sus sienes, pero tenía la misma pose, la misma expresión. La niña había crecido, tenía el pelo cobrizo y ensortijado. Se parecía a Margaret tantísimo que me estremecí al verla. Como si me hubiera presentado, se separó de su padre, me sonrió y, viniéndose hacia mí, levantó el ramo de flores y me dijo:

—Son para mi mamá. Ahora duerme, pero se va a despertar muy pronto. ¿Crees que la gustarán?

La miré emocionada y recordé el primer verso del poema de Rafael Alberti, *De los álamos y los sauces*, que siempre recitaba Margaret mirando la foto de su marido y sus hijos:

Dejadme llorar a mares,
largamente como los sauces.
Largamente y sin consuelo.
Podéis doleros...
Pero dejadme.

Margaret estaba allí, en una de aquellas habitaciones, pensé emocionada, llorando sin poder contralar la congoja. La niña me abrazó y me dijo al oído:

—No llores. Tú ya no duermes, tienes que estar contenta, no triste. ¿Podrías ayudar a que mi mamá también se despierte? Tú sabes cómo hacerlo, ¿verdad? —y cogiendo mi mano tiró de ella hacia sí, intentando que la siguiera hacia la habitación de su madre...

21

Podría haberle contado a Ezequiel mi experiencia durante el coma. Tal vez debí hablar con él sobre ello, sobre Margaret, Santos y Jacinta. Pero decidí no hacerlo. Sabía que aunque me creyera pensaría que todo era producto de mi estado. Alucinaciones producidas por mi cerebro. Incluso, estaba segura de que el equipo médico haría lo mismo que él. Se guiarían por parámetros idénticos. Yo misma tenía dudas sobre lo que me había sucedido. Había momentos en los que pensaba que todo formaba parte de una realidad concebida por mi subconsciente durante el coma, un mecanismo de defensa.

Aquel día, llegada la noche, cuando el silencio comenzó a tomar los pasillos y las habitaciones, cuando la oscuridad cayó sobre el hospital, recordé las noches del pueblo. Pensé que aquella invalidez que nos sobreviniera, aquella nada oscura que nos asaltaba si no estábamos dentro de las casas, era producto de la soledad que se comía cada rincón del hospital al anochecer. Nuestro cerebro dejaba de recibir estímulos externos y se aletargaba. Tomar conciencia de ello me entristeció. Sin embargo, me resistía a creer que aquellos nueve meses, todo lo vivido durante ellos, no fuese real. Al menos una parte debería serlo. Toda alucinación, toda ficción, se asienta en una realidad, pensé esperanzada.

—La enfermera me ha comentado que ayer, después de que me marchase, saliste fuera de la habitación y que has hecho amistad con la familia de una paciente —me dijo Ezequiel al llegar.

—Sí. Es una niña preciosa. Su madre está ingresada en esta planta. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no romper a llorar cuando, abrazada a mí, me preguntó si yo sabía qué había que hacer para que su madre despertase. No sé por qué motivo su carita me resultó familiar, conocida —le dije emocionada, omitiendo el parecido de la niña con Margaret, con mi Margaret. Callé aquello y la alegría y el miedo que sentí al ver a la niña.

Su madre podía tener la respuesta a mis preguntas, pensé cuando la niña se abrazó a mí. Si era ella, significaría que todo lo que había vivido durante el coma; el pueblo, Margaret, Santos y Jacinta existían, pero si no era ella..., si no era mi Margaret...

—Su madre estuvo contigo en la UCI. Cuando te ingresaron, ella ya estaba allí. Durante el tiempo que permanecisteis en la Unidad de Cuidados Intensivos su marido la visitaba todos los días, como yo

hacía contigo. Vuestras camas estaban una al lado de la otra. Era enternecedor y muy triste escucharle. Oír cómo le hablaba de sus hijos, de los dulces horneados que ella solía hacer y de cómo les gustaba tomarlos recién hechos. Del pelo ensortijado de la niña y cómo, invadido por la pena, desconsolado, le decía que era igual que el suyo. ¡Es tan duro e injusto! Tanto, Fabiola.

»Su marido me ha dado las gracias hace unos momentos por el cariño con el que has tratado a su hija. Dice que no para de relatar el cuento que le contaste ayer tarde. A él también le ha parecido precioso. Le he dicho que eres escritora y que para ti imaginar es fácil. Espero que también me lo cuentes a mí, debe ser una historia especial porque les ha impresionado bastante.

Un chirrido metálico se coló en mis oídos. Cerré los ojos instintivamente. Aquel ruido me recordó al que hacía el tren.

—¿Qué es ese ruido? —Pregunté tapándome los oídos— ¡No lo soporto! —exclamé cerrando los ojos.

—Tranquilízate. Es el sonido del arrastre de una cama por el pasillo. Hay algunas que suenan más que otras, ésta debe ser de las que están más viejas. El médico me comentó que los ruidos agudos iban a molestarte, que serían menos soportables. La molestia solo durará un tiempo corto, luego todo volverá a ser como antes.

Se levantó y cerró la puerta de la habitación que permanecía entreabierta.

»Es Margaret. La llevan a hacerle la resonancia de todos los martes, por eso su marido ha venido por la mañana —inspiró y me miró pensativo—. A ti también te hacían una todas las semanas. Es el mejor hospital de la ciudad. No sabes cuántísimo me alegro de haberte traído aquí —se sentó a mi lado.

Cuando Ezequiel pronunció la palabra resonancia, aquel sonido constante, monótono y metálico volvió con más fuerza, como si yo estuviera dentro de aquel aparato y no en la habitación. Como si hubiese vuelto al tren que me llevó al pueblo. Como si alguien me hubiese introducido despierta en aquella noche pesada y oscura que viví con Santos dentro de su coche.

—¿Te encuentras bien? —Me preguntó al ver que no reaccionaba, que permanecía con las manos tapando mis orejas.

—Es ese ruido, no lo soporto.

—Ya ha pasado —dijo retirando mis manos—. Ves, ha dejado de sonar.

»Esta tarde no puedo venir, tengo una reunión a la que necesito asistir. ¿Estarás bien? —me preguntó.

—Lo estaré. No te preocupes. Debes empezar a retomar tu vida. Quiero que lo hagas. Lo necesitas, necesitas desprenderte un poco de esta rutina hospitalaria. Yo estaré bien —y sonreí para darle a mis palabras un aire de normalidad—. Dime, ¿por qué has venido tan temprano?, ¿sucede algo?

—Hoy te hacen una resonancia. Los resultados nos dirán cómo está todo, si tu cerebro sigue sin daños. ¡Dios quiera que así sea!

Aunque los auriculares atenuaban el sonido del aparato, no pude soportarlo y tuvieron que sedarme. Cuando desperté Ezequiel estaba a mi lado.

—¿Cómo ha ido todo? —pregunté aún adormecida.

—El médico me ha dicho, textualmente, que es un milagro. Que siguen sin explicarse tu recuperación. Que no entienden cómo no hay secuelas de ningún tipo...

Él se marchó y yo dormí hasta entrado el anochecer. Me desperté inquieta, con el recuerdo de la pesadilla que había tenido. Con la imagen de Margaret sentada en la mesa de la cocina. Me miraba fijamente mientras lloraba y repetía, como si yo no la escuchase, una y otra vez: por favor, si vuelves, no te olvides de mí. Fabiola, no te olvides de mí.

Me costó incorporarme en la cama. Aún más bajarme de ella. Despacio y con dificultad conseguí llegar hasta la silla de ruedas. El pasillo estaba en semioscuridad. Solo las luces de emergencia permanecían encendidas. No se escuchaban ruidos, ni tan siquiera pasos aislados provenientes de otras

plantas. Permanecí unos minutos quieta, bajo el marco de la puerta de mi habitación. Sentía miedo, miedo a la oscuridad, a que aquello fuese otro sueño, a que Margaret no estuviera en aquella habitación. La suya era la última de aquel inmenso, frío y deshabitado corredor. Cuando al fin me decidí a recorrerlo los fluorescentes del techo fueron encendiéndose a medida que yo avanzaba. Aquello me dio cierta seguridad.

No recuerdo exactamente cuánto tiempo permanecí en silencio, sin mirarla, sin atreverme a comprobar su identidad. Durante aquellos minutos inexactos permanecí a su lado con los ojos cerrados. Recordé su risa, aquellas carcajadas llenas de vida. Sus manos de piel blanca. Los dedos largos y finos que acariciaban las plantas como si sus hojas fuesen la carita de un bebé recién nacido, con extrema y medida delicadeza. Sentí el ruido del café recién hecho cayendo en nuestras tazas y su olor. Abrí los ojos y la miré después de escuchar su voz diciéndome: «veo que no te has olvidado de mí». O eso me pareció, que escuchaba su voz, porque ella no se movió.

No pude ver el color ámbar de sus ojos, ni su sonrisa, pero sí sus inconfundibles facciones. Sus pecas, su pelo rojizo y ensortijado y su piel casi transparente. Al coger su mano derecha no logré reprimir el llanto cuando comprobé que tenía la cruz celta tatuada en su palma. Era mi Margaret, era ella, pensé, y emocionada rompí a llorar.

—Sabe —dijo un hombre que estaba sentado en la silla del acompañante, en semioscuridad—, estaba seguro de que tarde o temprano vendría a ver a mi mujer. Se lo agradezco mucho, profundamente. Mi hija le ha hablado de usted, Fabiola. Ayer, después de conocernos, le contó a su madre la historia sobre ese lugar maravilloso en el que las nubes son malvas y por las tardes siempre llueve. Le describió el bosque de arces y el rojo aterciopelado de sus hojas. Mi mujer, mi Margaret, movió los párpados. Incluso nos pareció que intentaba sonreír. Sus labios temblaron levemente. Hace unos minutos, cuando usted le ha cogido la mano, sus labios han vuelto a moverse. Ligeramente, pero lo han hecho. Lo he visto, puedo asegurárselo.

»Tal vez sea mucho pedir. Quizás me tome demasiada libertad, pero..., podría seguir contándole sus historias a mi hija para que ella se las cuente a mi esposa. ¿Me haría usted ese favor?

22

Al ver a Margaret tendida en aquella cama, inmóvil e indefensa, supe que mi estancia en aquel hospital se debía a algo más importante que mi recuperación: debía traer a Margaret con los suyos. Tenía que recuperarme y mientras lo hacía centralizar todas mis fuerzas en conseguir que ella despertase del coma. No creía en las casualidades y el que Margaret hubiera estado en la UCI, en la cama contigua a la mía, y luego a unos metros de mi habitación, no era una coincidencia, estaba segura de ello. Daba igual si lo que había vivido mientras permanecí en coma era del todo real o no, pensé. En aquellos momentos dejé de hacerme preguntas, de cuestionar mi estancia en aquel pueblo y me centré en ayudar a mi amiga, porque ella era mi Margaret y me necesitaba.

Visité a Margaret noche tras noche. Esperaba a que Ezequiel se marchase, a que las visitas dejaran el hospital y los pasillos fueran devorados por el silencio y la oscuridad. Conseguí el permiso del equipo médico para hacerlo. Su marido así lo sugirió y ellos no pusieron objeción alguna a que la visitara durante algunos minutos todas las noches. Cualquier intento por hacer que despertara sería bienvenido, le dijeron.

Y así, noche tras noche, me sentaba a su lado. Besaba su frente. Cogía su mano derecha entre las mías y le relataba cómo había crecido su hija. Le describía el color cobrizo que tenían sus rizos, lo mucho que la quería su marido y cómo él añoraba volver a escuchar su voz. Noche tras noche, antes de regresar a mi habitación, le recitaba su poema, el poema de Rafael Alberti, *De los álamos y los sauces*. Y, durante todas ellas, esperé un gesto, una mueca, un movimiento leve que me indicara que ella aún estaba ahí, que no se había marchado para siempre. Que no había dejado de recordar. Pero no hallé una sola muestra física de que Margaret me estuviera escuchando, de que pudiera oír mi voz. A pesar ello, no perdí la esperanza. Seguía confiando, creyendo que ella, en algún momento, abriría sus ojos de ámbar y, mirándome fijamente, me preguntaría, qué hacía yo allí.

Su pequeña siguió yendo en mi busca cada vez que iba al hospital. Sus visitas se convirtieron en un rito que permitía a su padre estar un tiempo a solas con su mujer, llorar su ausencia, sin que la niña presenciara su tristeza y su desesperanza. Continué contándole a la pequeña Margaret como al atardecer,

en el pueblo, el horizonte se teñía de malva. Le hablé de los pájaros que invadían los alfeizares al amanecer, del colorido de su plumaje, de sus trinos acompasados y melancólicos. De los cientos de mariposas de alas luminosas y llenas de color que poblaban el bosque de arces. Le relaté como al alba, con los primeros rayos del sol, levantaban el vuelo formando celajes multicolores que se asemejaban a la paleta llena de restos de óleo de un pintor. Le describí las variedades de hongos que recordaba haber visto en el jardín de Santos e inventé una historia para cada uno de ellos. Le dije que los arces estaban allí, sobre las montañas, para proteger la magia del lugar y que cada uno de ellos tenía su propia ánima. Y le enseñé mi hoja:

—Debes cogerla con cuidado —le dije abriendo mi agenda por la página en la que estaba.

Sus ojos se llenaron de luz. Quieta, sin mover ni un solo músculo, la miró durante unos segundos, con los ojos como platos.

—Tiene el color del pelo de mi mamá —dijo rozándola con cuidado con su dedo corazón—. ¿Crees que puede ser mágica? Si es de algún árbol de ese bosque será mágica, tendrá su ánima, ¿verdad?

—Si tú crees que es mágica, estoy segura de que lo será. La magia a los objetos se la damos nosotros. ¿Te han contado el cuento de *Peter Pan*? —Le pregunté acariciando su carita llena de pecas.

—Creo en la magia, ¡la magia existe! —gritó.

—Eres preciosa—le dije besando su frente—. Sabes, cuando estaba recién caída del árbol era aún más roja, más brillante, parecía de terciopelo. Ahora su color está un poco más apagado, por eso se parece al de tu madre, ¡tan bonito! —dije emocionada.

—A mi mamá le gustan más los sauces, pero a mí me gustan más los arces. Esta hoja es tan preciosa. ¿Crees que a mi mamá le molestará que me guste más tu hoja mágica que sus sauces?

—No, por supuesto que no —dejé la agenda abierta sobre la cama y la abracé emocionada, intentado controlar mis lágrimas—. Cuando se despierte iremos juntas a un bosque de arces y estoy segura que le gustarán tanto como a ti y a mí.

—Fabiola, si la hoja es mágica, en ese bosque de arces debe haber hadas. Como en el cuento de *Peter Pan*, ¿viste alguna?

—No, pero eso no quiere decir que no estén ahí. Ya sabes que las hadas son muy escurridizas. No les gusta que nadie las vea, que nadie sepa que existen porque corren el riesgo de perder su magia por ello. Pero estoy segura de que están allí.

—Te imaginas que esta hoja hace que mi mamá se despierte. Si es mágica, tiene que hacerlo. ¿Me dejas que se la enseñe? Tendré mucho cuidado con ella y te la traeré enseguida. ¿Podrías venir tú conmigo? Sé que te vas a ir pronto. Mi papá me lo ha dicho. Me gustaría que mi mamá te conociera. Quiero que vengas conmigo, es tu hoja y lo mismo si la llevo yo sola pierde su magia —me dijo convencida.

Me giré mirando hacia el gran ventanal y agaché la cabeza para que no me viese llorar. Limpié mis lágrimas con mis muñecas e inspiré profundamente.

—Creo que tú eres mágica Margaret —separé un rizo que caía por su frente y tapaba levemente uno de sus ojitos. Se encogió de hombros como si no entendiese lo que la estaba diciendo—. La magia solo funciona con las personas que creen en ella. El cariño que sientes por tu madre es pura magia y puede conseguir cualquier cosa, cielo. Llévate la hoja, enséñasela a mamá junto a tu padre. Dile lo mucho que deseas que despierte. Con eso bastará. Si no despierta hoy lo hará muy pronto—. Cogí la hoja, abrí su manita y la deposité en la palma—. ¡Ve! Anda, ¡corre!, papá te está esperando —señalé la entrada de la habitación.

Apoyado en el quicio de la puerta estaba su padre. Nos escuchaba emocionado. Me sonrió y extendió su mano para que la niña se agarrase a ella. La pequeña caminó hacia él con la manita derecha abierta. Sobre la palma llevaba mi hoja. Con los dedos de su mano izquierda la sujetaba por uno de sus picos. Lo hacía con cuidado, como si mi hoja de arce fuese algo tan frágil como valioso, como si la

magia fuera a escaparse de ella si la soltaba o la dejaba caer.

Permanecí con los ojos cerrados unos minutos. Recordé a Margaret, su sonrisa, la cadencia de su voz, que tanta tranquilidad me aportaba, y la imaginé diciéndole a su hija que ya conocía aquella hoja de arce. Me sacó de mi ensimismamiento el ruido de los pasos que, apresurados, iban y venían de forma inusual, que recorrían el pasillo de arriba abajo y de abajo arriba. Me levanté de la cama inquieta y me dispuse a ver qué sucedía. Cuando me asomé al corredor vi que la habitación de Margaret estaba recibiendo visitas del equipo médico. Intranquila y asustada me puse la bata dispuesta a averiguar qué sucedía, pero no me dio tiempo a cruzar el umbral de mi puerta. Margaret corría eufórica hacia mi habitación gritando:

—Fabiola, Fabiola —repetía emocionada, con la hoja de arce sujeta entre sus dos manos—, ¡es mágica!, ¡es mágica! Mi mamá ha abierto los ojos, está despierta. Lo sabía, tu hoja de arce es mágica...

23

Pasó una semana, una larga y monótona semana, hasta que pude visitar a Margaret. A pesar de la insistencia de su hija en que lo hiciera casi de inmediato y del deseo que yo sentía por abrazarla y hablar con ella, esperé a que su marido me indicara cuál era el momento más apropiado. Durante aquellos días el miedo a que no me reconociese estuvo presente en cada minuto, en cada hora; como un lobo hambriento y solitario abría sus fauces ante mí. Me amenazaba e intentaba paralizarme, acobardarme. Pero ya no era el mismo temor que sentí días atrás. La necesidad de encontrar respuestas a lo que me había sucedido era más débil y menos importante. Nada podía eclipsar la recuperación de Margaret. El resto carecía de relevancia. Eran sombras, sombras de un pasado que tal vez solo había existido en mi subconsciente. Y aunque aquella posibilidad me hacía daño, me dolía y atemorizaba, había dejado de ser tan relevante como lo fue al despertar del coma y comprobar que me hallaba perdida en un lugar en el que siempre había estado. Parte de mí se había quedado en aquel pueblo para siempre.

Llegué de la mano de su hija, que, entusiasmada, ejerció de Cicerone conmigo.

—Mami, esta es mi amiga Fabiola —dijo sonriente—. Su hoja de arce te ayudó a despertar...

Margaret estaba visiblemente recuperada. Su piel había abandonado aquel color enlechado que, junto a su inmovilidad, hacían que su imagen me recordara a las estatuas; de una belleza tan marmórea como dolorosa. Sentada en la cama, ya sin viales y con su pelo recogido en un moño alto, con algunos mechones cayendo desordenados por su frente y cuello, al verla, al perderme en el maravilloso ámbar de sus ojos, me emocioné.

Esperé a que ella se dirigiera a mí. Busqué un gesto, una expresión involuntaria que me indicase que me había reconocido, que sabía quién era yo.

—Tenía ganas de conocerte. Me han hablado tanto de ti —dijo con voz cansada, mirando a su hija que, sentada a su lado en la cama, sonrió orgullosa—. Gracias por todo lo que has hecho por ella y por mi marido, también por mí. ¡Muchas gracias por acompañarlos! Mi marido me ha comentado como has llenado de esperanza sus días y los de mi hija. ¡Muchísimas gracias, Fabiola!

—No tienes por qué dárme las. Ha sido un privilegio tenerlos cerca. Tu hija es una niña muy

especial. Tienes una familia maravillosa —le dije con la voz entrecortada, intentando disimular la tristeza y el desconcierto que me produjo el que no me reconociera.

—Mi esposo me ha dicho que también has estado en coma. Espero que te encuentres bien del todo, que puedas regresar pronto a tu casa. Soy de la opinión de volver a casa lo antes posible, nos recuperamos antes en nuestros hogares —hizo una pausa y miró hacia la ventana—. Somos privilegiadas, de nuevo estamos aquí.

Su voz, en aquella última frase, adquirió un tono nostálgico y añejo, como si hubiera venido de lejos, de muy lejos. Su mirada se quedó quieta, perdida en algún lugar.

—Mami, ahora vengo —dijo la niña levantándose de la cama y salió corriendo de la habitación.

—Me alegra verte tan recuperada, Margaret. Me alegra mucho —le dije emocionada.

—Aún me queda mucho para estar como tú. Me siento como si una apisonadora me hubiera pasado por encima. Me cuesta hablar. Tengo que concentrarme mucho para expresar bien lo que quiero decir. Hay muchas cosas que no recuerdo. Es como si parte de mí se hubiera quedado en algún lugar. Me siento..., cómo explicarlo, incompleta. No sé si a ti te habrá pasado —sonreí—. Imagino que será, como han dicho los médicos, cuestión de tiempo. Todo es cuestión de tiempo —dijo arqueando levemente las cejas—. Lo importante es que... ¡hemos vuelto! —exclamó mirándome fijamente y volvió a sonreír casi sin fuerzas.

—Se nos olvidó traerte la hoja de arce —dijo la niña poniendo mi agenda sobre la cama, al lado de las manos de su madre. La abrió y se la mostró—. Ves, es casi del mismo color que tu pelo. Tócala, verás como sientes su magia.

—Pero hija, no deberías haber cogido la agenda de Fabiola. Tendrías que haberle pedido permiso a ella. No está bien lo que has hecho. Pídele disculpas ahora mismo.

—No tiene importancia —respondí acariciando la cabeza de la niña—, la magia de mi hoja de arce se la ha dado ella, tiene permiso para verla y cogerla tantas veces como quiera.

—Tócala mami, por favor, tócala —insistió la niña llevando la mano de Margaret a la agenda.

Margaret pasó sus dedos por la superficie de la hoja y durante unos minutos permaneció en silencio, ensimismada, inmóvil, como si estuviera a miles de kilómetros de allí. Como si hubiera vuelto a irse de nosotros. Después levantó los dedos de ella y me miró fijamente.

—Desde que has entrado en la habitación he tenido la sensación de que nos hemos visto antes, en otro lugar, pero no consigo recordar dónde ni en qué momento. ¡Es extraño! Ahora, al tocar la hoja, la sensación ha sido aún más fuerte.

Sus ojos adquirieron un brillo diferente. Sentí que tras ellos, tras aquel iris ámbar, me miraba otra persona. Una Margaret diferente a la que estaba allí, postrada en aquella cama de hospital.

—Es posible —sonreí—, poco a poco irás recordando, a mí me sucedió lo mismo —le dije con la esperanza de que así fuese, de que en algún momento me reconociera.

—Incluso tu voz me resulta familiar —dijo aún sumergida en sus pensamientos, intentando hilvanar aquella sensación que decía sentir respecto a mí.

—Ha venido a verte todos los días. Es lógico que su voz te resulte conocida —dijo su marido que entraba en esos momentos por la puerta con un café en un vaso de plástico y un bollo que la niña se apresuró a coger—. Te estamos muy agradecidos, no sabes cuántísimo, Fabiola...

Tardé una semana más en que me dieran el alta. Fui a verla todas las tardes acompañada de su hija y conocí a su bebé, que ya andaba por la habitación con la inestabilidad maravillosa que poseen los primeros pasos. Compartí su alegría y la de su marido, que había rejuvenecido visiblemente tras la recuperación de Margaret. Hablamos de su vida antes de entrar en coma y de la mía. Volvimos a conversar sobre lo que ya habíamos hablado en el pueblo. Le repetí mis anhelos, mis planes y ella compartió conmigo los suyos. Yo los conocía, pero no me importó volver a escucharla, porque aunque yo lo recordase todo, ella no.

—Espero que nos volvamos a ver —me dijo cuando pasé a despedirme—, que todo te vaya bien. Te lo mereces, las dos nos lo merecemos. Deseo que arregles la situación con tu marido. Es un buen hombre y te quiere muchísimo. Tal vez merezca la pena que os deis una segunda oportunidad.

—Ezequiel y yo hace tiempo que no tenemos la misma vida. Nos queremos, pero no como pareja. Esa vía es ya imposible de retomar —le dije convencida de ello.

—Sea como fuere procura vivir al límite. El tiempo es demasiado valioso y frágil. Se va tan rápido como viene. Nosotras, desgraciadamente, lo hemos comprobado. Ve a ver a tu madre lo antes posible. Estoy segura de que ella te lo agradecerá. Aunque pienses que no te recuerda, sopesa la posibilidad de que estés equivocada, de que la realidad no sea la que creemos que es. Mira lo que nos ha sucedido a nosotras —me dijo mirándome de una forma tan especial que me sobrecogió. Fue como si estuviera mandándome un mensaje cifrado que no se refería solo a mi madre, también a ella, a nuestra convivencia en el pueblo.

»Sigue escribiendo, no dejes de hacerlo, eso sí —se sonrió—, yo que tú me lo plantearía y pasaría de la literatura para adultos a la infantil. Se te dan demasiado bien las historias de fantasía para niños.

—¿Tú crees? —le cuestioné sonriendo abiertamente, aunque con pena y añoranza.

—¡Por supuesto! Tu pueblo de nubes malvas no solo ha cautivado a mi hija, también lo ha hecho conmigo. Sabes, he tenido sueños con ese lugar y tú estabas en todos. —Nos abrazamos. Yo invadida por la pena y la nostalgia. Ella, tal vez, recordando aquellas tardes de café, bollos recién horneados y cielos que al atardecer se cubrían de nubes malvas.

»Confío en que nos volvamos a ver fuera de aquí. Me gustaría mucho.

—No tengas dudas de que así será. Tengo que probar tu repostería recién hecha. No me la perdería por nada del mundo —sonreímos—. En cuanto me ponga al día te llamo y quedamos para tomar un café. Antes, como tú bien dices, viviré al límite. Voy a buscar a un amigo que hace tiempo que no veo —le dije pensando en Santos...

24

Dejé el hospital con miedo y nostalgia. Miedo porque me enfrentaba a un presente que sentía había dejado de pertenecerme y junto a él a un futuro más incierto que nunca. Con nostalgia porque Margaret y todo lo que ella significaba para mí, se quedó tras aquellas paredes, en aquella fría e impersonal habitación de hospital.

Desde el accidente todo fue transformándose. Los días pasaron de igual forma sin mí. El tiempo, su trascorrir inhumano, se había llevado demasiadas cosas que me pertenecían, que formaban parte de mí, que me hacían ser quién era. Me arrinconó en una esquina de aquel hospital y siguió como si estuviera muerta, como si hubiese dejado de existir. Ezequiel había rehecho su vida fuera de nuestro matrimonio y Torcuato había muerto. Solo me quedaba un puñado de recuerdos y la soledad para acompañarlos.

Al salir a la calle ésta se me antojó ajena, demasiado transitada y desconocida. Repleta de gente y vacía al tiempo. Volví a sentir la estúpida prisa que no deja vivir pero que, irónicamente, se adopta como forma de vida. Percibí como se escurrían las horas sin ser vividas y me pareció que el sol caía de golpe y volvía a salir en un instante. El calor era pegajoso y sucio. El ruido ensordecedor y el cielo ceniciento como las lápidas de granito. Olía a humo de escape, a gasolina mal quemada y a soledad. ¡Olía demasiado a soledad! A esa soledad que poco a poco va convirtiendo lo que te rodea en la nada, en esa nada hambrienta, destructiva y devastadora. La nada que demuele, que se traga *Fantasía* en *La historia interminable*.

Miré a Ezequiel. Observé sus pasos seguros, su atención puesta en mí y supe que, aún queriéndome como lo hacía, estaba lejos de allí. Estaba con ella. Entendí su gesto. Su cariño incondicional. Le sonreí a sus ojos y fue entonces cuando descubrí que su mirada también había cambiado, que ya no era la misma que nueve meses atrás. Se parecía a la que tenía cuando nos conocimos. Estaba inundada de proyectos, de vida e ilusión.

—¿La coloco en el maletero, o prefieres llevarla contigo? —me preguntó levantando la cartera de Torcuato.

No había podido revisar todo su interior. No había tenido valor para hacerlo. Ni tan siquiera

había tenido fuerzas para llorarle. Cuando Ezequiel levantó la cartera en el aire, cuando la vi en sus manos, alzada, un sentimiento agudo de pena me inmovilizó. Miré hacia la acera de enfrente y le busqué. Busqué sus ojos intentando localizarme. Su sonrisa. Esperé volver a verle calzando aquellos deportivos rotos que no pude convencerle para que tirara, a pesar de insistir en ello una y otra vez. Con sus recuerdos de la mano, le busqué entre la gente.

Torcuato estaba en el centro de la calzada. Los viandantes le esquivaban sin mirarle, sin detenerse. Parecían no verle, pero sí percibir que él estaba ahí. Me miró fijamente, sonriendo. Nuestras miradas se fundieron durante unos instantes en los que escuché su voz: «¡Hasta siempre!», dijo. Después se llevó la mano a los labios, me lanzó un beso y su figura se desvaneció entre el tumulto. Dejó un hueco vacío en aquella calle y en mi alma. En aquel momento, solo entonces, comprendí que se había ido para siempre.

Me arrodillé de golpe sobre los adoquines y con la cabeza gacha comencé a llorar. Lloré con rabia, con nostalgia y con impotencia; también con ira. Enfadada con la vida, con el destino y con el mundo.

El coche de Ezequiel permanecía en doble fila con las luces de avería conectadas, frente a nosotros. Él, asustado, se agachó junto a mí. Me rodeó con sus brazos, sacó un pañuelo de papel de su chaqueta y me lo dio. La gente pasaba a nuestro lado aprisa, esquivándonos. Algunos nos miraban con expresión contrariada, otros molestos porque obstaculizábamos sus pasos. Los menos me dedicaban una sonrisa tímida y llena de cierta preocupación.

—Tómate el tiempo que necesites. No tenemos prisa —dijo secando mis lágrimas con uno de los pañuelos.

—Voy a echarle mucho en falta y no sé qué voy a hacer —dije bajito, casi en un susurro, pero Ezequiel lo escuchó.

—Lo sé, pero pasará, todo pasa, Fabiola —dijo apostado en su flema inglesa—. No lo olvidarás pero su recuerdo te hará menos daño.

—Le quería, le quería mucho, más de lo que te he querido a ti —le dije ahogada por el llanto—, siento que haya sido así, Ezequiel. Lo siento de verdad. Siento no haberte dicho antes que estaba con él, lo que me sucedía.

—Los dos hemos cometido el error de no ser sinceros, Fabiola. Aquí no hay culpables, nada que reprochar. Casi mueres y eso no podemos olvidarlo nunca. Después de lo que ha pasado debemos retomar nuestra vida y esta vez hacerlo bien. Somos privilegiados, nos queremos, siempre nos hemos querido. Nuestro único error ha sido no ser sinceros, nada más. Pero.., todo tiene solución, todo. Lo más importante es que estás bien y que nos tenemos el uno al otro, da igual en qué forma. Nos queremos y eso, eso nos ayudará a seguir adelante.

»Debes calmarte. Este estado de ánimo no te beneficia. Siempre estaré a tu lado. Recuperarás tu vida y yo estaré para lo que necesites. Anda, ¡levántate, por favor! Estamos en medio del paso y al final alguien nos va a pisar.

Una sensación de angustia me invadió cuando el coche entró en la carretera nacional. No habíamos hablado suficiente de nuestra situación, de aquel presente que parecía comerse los minutos más aprisa de lo habitual. Él había evitado hacerlo para que yo no sufriese, estaba segura de ello, pero ella estaba allí, a su lado. Percibí el rastro de su perfume dentro del coche, aferrado a la tapicería y aquella raya de esmalte de color rojo en la guantera que debió dejar alguna de sus uñas al abrirla. Le miré y pensé que aquel corte de pelo tan *snob* que lucía también era idea de la mujer con la que compartía sueños y vida.

Él, sin perder de vista la carretera, pulsó los mandos del aparato de música que se encontraban en el volante y la voz inconfundible del canadiense Leonard Cohen comenzó a sonar. Al escucharle recordé el pueblo, los arcos y aquella maravillosa cadencia de las horas, tan pausadas, tan llenas de magia como

la voz de Leonard.

—No te gustaba —le dije—. Veo que ahora sí. Has cambiado tanto, Ezequiel.

—Si tú, que me conoces desde siempre, lo dices, será verdad —respondió sonriente, sin mirarme —, espero que sea para mejor, que te gusté más. Siempre te quejaste de mi forma de ser —apostilló al tiempo que sus dedos comenzaron a seguir los acordes sobre el volante. Lo golpeaba como lo hiciera Santos aquella vez camino del pueblo.

—Dime, ¿es ella la que ha conseguido refinar tus gustos musicales?

—Es posible —dijo sin mover ni un solo músculo, como era habitual en él cuando un tema le incomodaba.

—¿Te hace feliz?

Giró su cabeza y me miró fijamente, sin parpadear. Fue una mirada sabia y envejecida, llena de súplica, como la que me dedicó aquella noche en el restaurante.

—Creo que sí —hizo un movimiento raro con su cabeza, como si se sacudiera algún pensamiento incómodo—. Me siento bien a su lado, muy bien, tal vez demasiado bien. Cuando estés recuperada del todo me iré a vivir con ella. Hasta que eso no suceda, hasta que no estés del todo bien, no voy a dejarte sola.

Aquello no iba a ser así, pensé. No lo permitiría. Aunque me arrastrase por las esquinas de la casa, no iba a permitir que él renunciase a ni a un minuto más de su vida por mí. Él lo sabía, me conocía, nos habíamos habitado durante muchos años, quizás, demasiados.

Le miré en silencio, sonriéndole.

—¿Qué? —me preguntó girando su cabeza ligeramente, sin perder de vista la carretera.

—Que eso no va a poder ser, Ezequiel. No vaya a ser que vuelva a enamorarme de ti. Ella te ha cambiado demasiado, ahora eres más atractivo que hace nueve meses y eso es un peligro.

—¡Qué bonita eres, pequeña! —exclamó.

Yo, triste y emocionada, puse mi mano en su hombro y lo acaricié. Demasiado tiempo, sí, fue demasiado tiempo el que habitamos juntos, pensé volviendo a mirarle fijamente.

Y Leonard Cohen llenó nuestro silencio, nuestra pena y nuestra nostalgia con su voz rota. Acompañó con los acordes de sus canciones aquel recorrido repleto de sentimientos encontrados, aquella carretera que me acercaba poco a poco a un lugar del que ya no formaba parte.

25

Nuestra casa, antes de que yo sufriera el accidente, había dejado de ser el motivo que nos mantenía atrapados en nuestros trabajos, que nos obligaba a echarle horas extras y estómago a las jornadas laborales. Antes de adquirirla, buscábamos el lugar idóneo donde criar a los hijos que no llegaron, donde gemir en las noches de luna llena sobre sábanas de algodón sin almidonar, donde cobijarnos del paso del tiempo cuando la juventud y las fuerzas se hubieran ido. Aquella hipoteca desmedía de intereses en alza, se llevó los días y las noches fuera de sus paredes, los empujó al despacho, a los solitarios asientos del autobús, el metro o al coche y a los atascos a primeros de mes. Los inviernos se sucedieron sin que la leña, apilada en el cobertizo, ardiera en su chimenea. En vez de unirnos nos separó.

Al mismo tiempo que nuestra relación de pareja se marchitó lo fue haciendo ella. Como si hubiera sufrido un siempre injusto desahucio, quedó huérfana de vida. Atrapada en aquella parcela delimitada por la valla de un jardín que se llenó de mala hierba, de rosales sin podar en otoño y parterres desiertos en primavera. Nuestros proyectos, nuestros sueños, las risas, los gemidos o los pasos llenos de ganas, se fueron yendo, no solo de nosotros, también de sus paredes. Dejamos de habitarla para poder pagarla y, al hacerlo, perdió su ánimo.

Mientras Ezequiel aparcaba el coche contemplé, durante unos minutos, la gran puerta de la entrada. Era de madera, pintada de verde oscuro mate; como las contraventanas. La aldaba dorada aún mantenía su brillo. La adquirimos en una tienda de antigüedades tras pasar varios meses buscando una que se ajustara a nuestra idea. Queríamos que fuera antigua, de bronce, grande y sin artificios. Recordé que nada más instalarla, como si fuésemos chiquillos, la hicimos sonar varias veces. Aquella aldaba pareció darle a la gran puerta la vida, el ánimo que poseen algunos objetos. Sin embargo, en aquel momento, aunque aún brillase, parecía un corazón solitario y cansado, como el mío. Estaba ligeramente inclinada, como si hubiera sufrido un desmayo producto del ataque de algún desaprensivo.

—Han intentado llevársela —dijo Ezequiel señalándola—. Debieron darse cuenta de que la casa no está habitada a diario. No quise decirte nada para no preocuparte. No consiguieron entrar y la

emprendieron con el mobiliario exterior. No les dio tiempo a más, la alarma saltó enseguida, pero se llevaron todos los muebles del jardín.

—Entiendo que ya apenas vives aquí —le dije intentando enderezar la aldaba.

—La colocaré en cuanto tenga un hueco —dijo sin responder a mi afirmación y retiró mi mano de ella para así poder abrir la puerta.

—Mejor quítala, ya no vamos a necesitarla. Esta casa es demasiado grande para una sola persona. Lo es hace mucho tiempo. No voy a vivir aquí. Estaré en ella hasta que decida qué voy a hacer con mi vida, pero en el momento que encuentre un lugar más adecuado me iré. Espero que no te importe.

—Bueno, bueno, ahora no pienses en eso. Tienes que tomar conciencia de que tu estado aún no es el idóneo para plantearte un cambio de domicilio con todo lo que ello conlleva.

Aunque no había hablado de ello abiertamente, yo sabía que Ezequiel no había estado en nuestra casa durante mi convalecencia más que para airear y recoger mis mudas o lo que yo le iba pidiendo. Sin embargo, al abrir la puerta de entrada, el aire olía a limpio y el suelo resplandecía. Todo estaba en orden, incluso las plantas del salón en vez de perder su vitalidad y verdor, habían crecido y estaban recién regadas. Le miré e hice un gesto de asombro que él entendió pero al que, como de costumbre, no respondió.

—No creo que hayas sido tú —dije irónica—, no has cogido un trapo para limpiar el polvo en tu vida. ¿Has contratado a alguien? —le pregunté.

—No.

—Entonces ha sido ella —afirmé—. ¿Cómo se llama?

—Carla. Quiero que sepas que te ha respetado al máximo. Lo ha hecho manteniendo la misma ilusión que yo en que te recuperases. Sé que es difícil de creer, pero te doy mi palabra de que ha sido así. Es una gran persona.

Callé. Le miré en silencio pensando en lo mucho que había cambiado durante los nueve meses en los que yo había estado ausente. O quizá ya lo había hecho antes y yo no me había percatado, pensé. Sin embargo, aquel comedimiento, aquella forma de comportarse tan encorsetada, seguía presente en sus actos y palabras, y a mí me ponía de los nervios. Hubiera preferido que me dijera todo de tirón, que hubiese manifestado sus sentimientos sin antes pasarlos por el filtro de aquella educación anglosajona que me reventaba, que le frenaba a él y a mí. Que nos había trabado a los dos durante mucho tiempo; demasiado, pensé sin dejar de mirarle fijamente, escrutándole.

Aquella fatídica noche, cuando nos encontramos en el restaurante, cuando le colocó el abrigo sobre los hombros, una herida se abrió dentro de mí. El miedo tomó cuerpo y forma de mujer. Olía a perfume femenino, a noches de vino y rosas en las que la voz y la música de las canciones de Leonard Cohen arrojaban aquel amor prohibido que, paralelamente, también estaba viviendo yo con Torcuato. No estaba enamorada de él, pero me asustaba perder esa parte de él que sentía me pertenecía desde siempre y para siempre; pasase lo que pasase. Fue en aquel momento, mirando sus ojos tristes, su inquietud, su no saber qué hacer frente a mí, cuando comprendí que me estaba comportando como una hermana celosa, enferma y posesiva. Que su respeto, su quietud ante mis arrebatos viscerales, solo eran una muestra del cariño que sentía por mí. Que a pesar de nuestras infidelidades los dos éramos muy afortunados de tenernos, de habernos encontrado. Supe que siempre estaría a mi lado, pasase lo que pasase y que aquello, su amor, no tenía precio porque era un regalo de los dioses.

—No me cabe la menor duda de que es una buena persona, debe de serlo cuando la quieres tanto —le respondí sonriendo.

»Necesito tiempo para reestructurar mi vida. Tú la tienes a ella, pero yo me he quedado sola. Aún necesito tu ayuda. Me gustaría que no fuese así, pero hay cosas que, por el momento, no podré hacer sin ti. Eres mi única familia.

—Si quieres que me quede lo haré. Carla lo entenderá. Ya hemos hablado de la posibilidad de

que tú necesitaras mi compañía hasta poner en orden todo, hasta que volvieras a sentirte segura y capaz.

—No me refiero a eso Ezequiel. Puedo vivir sola, me siento capaz, perfectamente capacitada para hacerlo. En ese punto, mi situación y la tuya, no va a cambiar mucho. Apenas vivíamos juntos, casi ni nos veíamos, pero antes te tenía para cualquier emergencia. Si te necesitaba, tú siempre estabas ahí. A eso me refiero. Hay muchas cosas que no podré hacer sola.

—Tranquila —dijo dándome un beso en la frente.

Y fue en ese momento, al sentir su beso, la forma en que me lo dio, cuando tuve la certitud de que todo había cambiado para siempre entre nosotros. Pero no me molestó. Solo sentí pena, un sentimiento extraño e incomprensible de pena por lo que pudo haber sido y no fue.

Él se encaminó hacia el salón y comenzó a abrir los ventanales, yo me dirigí a mi despacho. Junto a la mesa de trabajo estaba mi *trolley* y la maleta. Sobre ella el ordenador portátil. Encima de él el recorte del anuncio del periódico. La oferta de trabajo de Santos para escribir su biografía.

—Ibas a marcharte. Habías tomado la decisión de aceptar el trabajo. Imagino que pensabas irte antes de que nos viésemos en el restaurante, aunque no me lo dijeras hasta que nos encontramos, en aquel último mensaje de WhatsApp. No he podido borrarlo, no he tenido valor para hacerlo —sacó el teléfono móvil del bolsillo interior de su chaqueta de traje y me lo enseñó—. Tampoco he podido deshacer las maletas. Todo está como lo dejaste.

»No es mi flema inglesa, no vayas a llamarme cobarde, como otras veces. Fue duro, muy duro, más de lo que te imaginas.

—¡Lo siento!

—¡Toma! —Dijo tendiéndome una caja con un teléfono móvil—. Te lo compré ayer. El tuyo no apareció. No se encontró entre tus cosas en el coche. Tendrás que volver a meter todos los teléfonos en la memoria. Te he dejado en esa libreta —señaló la mesa—, todas las llamadas que he recibido de tus amigos y colegas. Sus mensajes. No quise que nadie te visitara. No sé si hice bien o no. Me guié por el dictamen de los médicos y por lo que pensé sería mejor para ti. Confío en haberlo hecho bien. Pensé que sería lo más adecuado para que poco a poco fueras retomando la normalidad. Quería que lo hicieras a tu ritmo, sin presiones ni ataduras morales.

»También he estado en contacto con la residencia. Tu madre permanece estable, dentro de lo que es su enfermedad.

—Puedes marcharte cuando quieras. Me vendrá bien recomponerme en soledad, sin tener que pensar en nada ni en nadie cuando lo haga —le dije—. Te llamaré mañana.

—¿Estás segura?

—Sí. Lo estoy. Imagino que el teléfono del japonés a domicilio seguirá siendo el mismo, me muero por un *sushi* —comenté intentando quitar un poco de dramatismo a nuestra conversación.

—Sí. Siguen en el mismo sitio, ahora hay que reservar a diario, están a tope siempre. En la nevera tienes los productos básicos: leche, fruta, mantequilla, huevos y jamón. Pero tendrás que ver porque seguro que te hacen falta más cosas.

»He ingresado dinero en tu cuenta personal. Lo haré todos los meses, hasta que dejes de necesitarlo. Pronto tendrás que asistir al juicio y la indemnización será importante. Sé que no es un tema agradable pero debes estar al corriente de ello. Debemos hablar sobre ese punto en cuanto puedas y tengas valor. Los detalles son muy delicados y para ti, estoy seguro, serán dolorosos, pero la vida debe continuar, tiene que continuar.

—De acuerdo.

»¿Es posible que me lleves a la residencia mañana? —le pregunté—. Necesito ver a mi madre. Cuando compruebe que está bien, aceptaré el trabajo de Santos, si aún no lo ha cogido nadie, si la oferta, después de nueve meses, aún sigue en pie —dije con el trozo de periódico en mi mano.

—Veo que no va a ser posible que entres en razón. Es una irresponsabilidad que en tus

circunstancias te plantees trabajar. Ni hablemos ya de viajar. En tu estado es una auténtica locura.

»En cuanto a tu madre, por supuesto. Te recogeré al mediodía, antes me será imposible, tengo una reunión...

26

Después de que Ezequiel se marchase me enfrenté a la nada, al vacío que habitaba en cada rincón, en cada esquina. Al sonido hueco que producían mis pasos sobre la tarima. Al silencio que parecía comerse la vida de aquella casa y amplificaba su aspecto de mausoleo. Como una autómatas fui abriendo todas las ventanas de las estancias para que el aire cálido de aquel mes de agosto entrase. No me importaba que la temperatura subiera, necesitaba que el olor a cerrado desapareciera lo antes posible. Conecté la radio y subí el volumen para que se escuchara en todas las habitaciones. Necesitaba oír voces, me daba igual de quién o qué contasen, solo quería sentirme acompañada; falsear aquella soledad, engañarla para no convertirme en su presa. Me introduje en la ducha y dejé que el agua limpiase el rastro que el hospital había dejado en mi piel. Salí al jardín delantero con el pelo empapado y un desatornillador en la mano. Desprendí la aldaba de la puerta y, al hacerlo, el viento que antecede a las tormentas de verano zarandeó las ramas de los rosales. Tras su paso dejó un rastro de pétalos rojos, rosas y amarillos que se esparcieron por el jardín delantero de la casa. Las ramas del castaño de Indias oscilaron. Se dejaron llevar por las rachas de viento que cada vez eran más fuertes. El aire comenzó a oler a tierra mojada, a madera de pino y a jara. Cuando la luz del sol perdió intensidad y el cielo se encapotó, entré en la casa, apagué la radio y me senté en el salón. No cerré ni una sola ventana. Quería, añoraba escuchar el sonido de la lluvia golpeando el tejado. Necesitaba sentir la humedad del aire, como lo hiciera en el pueblo tarde tras tarde. Y así, con la aldaba en mis manos y los ojos cerrados, permanecí hasta que la lluvia cesó.

La vida, nos guste o no, continua, con o sin nosotros, me dije recordando las palabras de Ezequiel, mientras contemplaba el rastro que el paso de la tormenta había dejado en el jardín. La hojarasca, los pequeños charcos y las gotas de agua que aún se resistían a caer de las hojas del Castaño de Indias, que resbalaban lánguidas, sin ganas, me llevaron al pueblo, a sus cielos malvas y al sonido del agua golpeando los tejados. Esboqué una sonrisa agria pero decidida. Debía seguir adelante, avanzar, me dije y marqué el teléfono para pedir la cena. Cerré las ventanas y volví a conectar la radio para que el vacío, aquella nada destructiva, no volviera.

Me desperté desubicada. Había pasado demasiado tiempo sin dormir en mi cama y aquella ausencia involuntaria hizo que todo, en aquel momento, me resultara ajeno e incómodo. Salí a la pequeña terraza de mi cuarto, que daba al jardín trasero, y miré hacia el porche. Cerré los ojos e imaginé a Santos sentado en uno de los escalones de madera esperándome, como hacía todos los días en el pueblo. ¿Habría llegado a ver la novela sobre el sofá? ¿Qué habría sido de él después de la marcha de Margaret?, me pregunté. ¿Quizá mi novela fuese lo único que aún mantendría sus recuerdos vivos? Si había encontrado a Margaret, él también debía estar esperándome en algún lugar, tal y como vaticinó Jacinta. Ya no me planteaba preguntas insustanciales que no tendrían respuestas lógicas. Sabía que lo que había vivido durante el coma era real, al menos una parte de ello. Y en esa parte estaban ellos; Margaret y Santos.

Con un café en mi mano y el recorte de la oferta de empleo de Santos en la otra, sin dejar de mirarla, me dirigí al despacho con la idea de ponerme en contacto con él. Sabía que no podía perder mucho tiempo en hacerlo. Tenía que encontrarle lo antes posible, me dije. Y, aquello, mi deseo de localizarle, me hizo olvidar la soledad, el vacío de la casa y mi cita con Ezequiel.

Conecté el ordenador, pulsé el espaciador e introduje mi clave. Esperé unos minutos a que cargara por completo y, al hacerlo, el salvapantallas saltó. Dos hojas de arce, rojas, de un rojo aterciopelado y brillante comenzaron a ir y venir en la pantalla. Contemplé, sonriendo, cómo se alejaban y se acercaban. Dejé que su vaivén acompañara los sorbos pausados que le di al café sin preguntarme por qué estaban ahí o quién las había puesto en mi ordenador. Sencillamente estaban, y me gustó que fuera así. Coloqué el cursor sobre la barra y busqué los últimos archivos y páginas web que había visto la última vez que estuve conectada, el día antes del accidente. Todas las direcciones correspondían a la localización de un pueblo rodeado de montañas, aislado y calificado como uno de los mejores destinos para el turismo rural y la meditación. Fui leyendo los artículos que según la selección de mi ordenador ya había visto con anterioridad, hacía nueve meses. En todos ellos hacían hincapié en que la zona disponía de un microclima que propiciaba tardes de lluvia. Ensalzaban sus grandes campos de lavanda en primavera, el tono violeta de los mismos y un bosque de arces asentado en la ladera del monte, que evitaba que las lluvias constantes que sufría la zona provocasen peligrosos desplazamientos de tierra.

Cuando Ezequiel pasó a recogerme aún seguía sumergida en la información que había ido recopilando del lugar al que correspondía el teléfono de Santos. Terminaba de cargar el Google Earth para visionarlo cuando su voz me sobresaltó:

—No puedo creer que aún estés sin vestirte; en pijama. ¡Por Dios!, Fabiola, son más de las tres de la tarde. Llegaremos tardísimo a la residencia y yo a la reunión.

»Imagino que habrás almorzado, no vayas a decirme que aún estás sin comer, que solo has tomado café —me recriminó señalando la taza—. Y tu medicación, ¿has tomado la medicación? No puedes saltarte ni una de las cinco comidas que te han pautado, es importantísimo...

Apagué el ordenador y bajé la tapa casi en el mismo instante en que él cruzó la puerta de mi despacho. No quería que viera las páginas que tenía cargadas, que supiera lo que estaba buscando. Le sonreí mientras deslizaba con disimulo el recorte del periódico dentro de mi agenda y señalé el vaso de agua y la medicación que tenía sobre la mesa, también el recipiente vacío de una lasaña.

—¡Vaya! ¿A dónde ha ido a parar esa flema inglesa? Creo que ahora nos vamos a llevar mucho mejor que en todos los años que hemos permanecido juntos, como pareja —le dije irónica.

»Voy a vestirme, no tardo ni un minuto.

—¿Por qué has quitado la aldaba? —me preguntó con ella en la mano, levantándola frente a mí—. Te dije que la colocaría en cuanto tuviera un momento.

—Es lo único que me voy a llevar. Imagino que habrás sopesado la posibilidad de vender la casa —asintió con un movimiento de cabeza—. Pues es lo único que quiero, nada más. No quiero dejarla ahí, no vaya a ser que se le antoje a alguien cuando la pongamos en venta...

Cuando llegué a la residencia mi madre estaba sentada en el jardín. En el banco de siempre. Tenía la mirada fija en una rosa que alguien le había cortado. Le gustaban las rosas rojas, rojas como el carmín, solía decir. Me senté a su lado y durante unos minutos la miré en silencio. Ella siguió ensimismada, sin percatarse de mi presencia.

—¡Hola mamá! ¿Cómo estás? —le pregunté con la voz ahogada—. No he podido venir a verte antes —y le di un beso en la mejilla.

Se giró y me miró. Sus ojos seguían teniendo aquella expresión de niña perdida que poco a poco, días tras día, fue otorgándoles el paso de la enfermedad. Me sonrió y volvió a su rosa, a su contemplación. Regresó al olvido, al suyo y al mío, a aquella maldita falta de recuerdos que tanto daño me hacía. La abracé y lloré. Lo hice por dentro, no fuera a ser que ella sintiera mi dolor.

»Tengo tantas cosas que contarte —dije en un susurro ahogado, quebrado y lleno de dolor—. Me gustaría que estuvieras aquí, que volvieses. ¡Te necesito tanto!

Se acomodó a mi abrazo y reposó su cabeza en mi hombro. Acaricié su pelo y le canté la nana. La canción de cuna que ella tantas veces me cantó y que desde hacía unos años le cantaba yo.

—Has vuelto, pececillo, has vuelto, ¡gracias a Dios! —exclamó sonriendo y su mirada recobró el brillo de antaño—. Fui a buscarte. Te echaba en falta, muchísimo. Aquí nadie sabe cantar esa nana como tú, como mi pececillo de agua dulce.

»Sabes, el pueblo en el que has estado es maravilloso. ¡Qué bonito! Sus cielos violetas me recordaron a los campos de lavanda. ¿Recuerdas los campos de lavanda en primavera? Eran igual que el cielo de ese pueblo. Aunque si te digo la verdad, lo que más me gustó fueron sus arces. Esas ramas repletas de hojas rojas. Tan rojas como la sangre, como la vida, como el color del amor. Quise quedarme más tiempo contigo. Estabas tan asustada. Pero Jacinta me dijo que aquel no era mi lugar y me obligó a marcharme.

»Pero..., qué te pasa pececillo, ¿por qué has dejado de cantar? —Me preguntó acariciando mis mejillas al ver que yo no respondía, que impresionada por sus palabras había palidecido—. ¡Anda!, vuelve a cantarme la nana, no dejes de hacerlo. Me hace tanto bien escucharte... —Agachó la cabeza y volvió a su flor.

Y como vino retornó. Regresó al olvido, al suyo y al mío, a esa falta de recuerdos que tanto me lastimaba. Al mirarla, al ver como había vuelto a irse, comprendí que la vida estaba hecha solo de sentimientos y recuerdos, y, al hacerlo, recé para que ya no fuera demasiado tarde.

Al día siguiente intenté contactar con el número de teléfono del anuncio de Santos sin conseguirlo. El buzón de voz saltaba una y otra vez. Finalmente, tras varios intentos y a diferentes horas, dejé un mensaje con mi número, mis datos personales y el motivo por el que necesitaba ponerme en contacto con él. Mi mensaje recibió respuesta horas más tarde, ya entrado el atardecer.

—Sí, sí, la oferta aún sigue en pie —respondió una voz femenina, atenuada por el sonido de la lluvia que parecía estar cayendo con fuerza—. He recibido varias demandas pero todas eran de hombres y quiero una mujer para este trabajo. Por ese motivo la oferta sigue en vigor. Usted es la primera mujer que se interesa.

—¿Puedo hablar con Santos? —le pregunté .

—Soy su esposa. Él ahora no puede atenderla. Pero... ¿cómo sabe el nombre de mi marido? En el anuncio no está puesto. Dígame, ¿quién es usted? —dijo sin disimular su desconfianza.

Me sorprendió su pregunta y el tono suspicaz de su voz al hacerla. Instintivamente miré el recorte del periódico. Aquella fue la primera vez que me percaté de que en el anuncio no ponía el nombre de él. No había ningún dato personal, solo la descripción del trabajo a realizar y el número de teléfono.

—No lo sabía, me lo ha dicho usted hace un momento —improvisé. Aquella mentira fue lo primero que se me ocurrió para salir del aprieto en el que inconscientemente me había metido.

Hubo unos segundos de silencio que se me hicieron eternos, en los que permanecí con los dedos cruzados, recriminándome lo torpe que había sido.

—Lo siento, debe disculparme, estoy un poco saturada...

Antes de marcharme hablé con Ezequiel sobre mi decisión. Tras su intranquilidad, le facilité la dirección y los datos que necesitaba saber para localizarme en cualquier momento y le di mi palabra de que le tendría informado. Quería, necesitaba encontrar a Santos. Me daba igual si me reconocía o no. Lo único que pretendía era, de darse la situación de que fuese él y que estuviese aún en el mismo estado, ayudarlo. Intentar traerle de vuelta. Por otro lado había decidido no depender de Ezequiel y aquel trabajo me permitiría hacerlo, al menos durante un tiempo. Vacíé los armarios y embalé mis pertenencias en cajas

dispuestas para una futura mudanza. Estaba convencida de que a mi regreso buscaría un piso, un apartamento sin más pretensiones que habitarlo, vivirlo como no había hecho con aquella casa.

Me llevé solo lo necesario: mi ordenador, mi agenda, unas cuantas prendas de ropa, la aldaba y la cartera de Torcuato. Cuando me dieron el alta médica y regresé a casa pensé en hacérsela llegar a su familia. Sabía que tenía un hermano, pero Ezequiel había estado en contacto con él para solucionar los temas del seguro de accidentes y me dijo que había vuelto a marcharse a Italia, donde residía.

—¿No le hablaste de la cartera? —le pregunté entonces con extrañeza.

—No. En ella no había documentación que demostrase que era de él y me la entregaron a mí. Estaba en tu coche, aunque lo condujese él. La guardé porque no estaba seguro de que lo fuera. Cuando te la entregué, comprobé que mis conjeturas eran ciertas. Pertenece a Torcuato. Si quieres te doy la dirección de su hermano y se la haces llegar. Eso ya es cosa tuya...

De él solo me quedaba aquella cartera repleta de apuntes y bocetos; un puñado de láminas en blanco y negro, y sus historias y poemas. Era como un caracol, siempre llevaba la casa a cuestas, porque su casa, su alma, todo él, eran sus trabajos. El resto, como solía decir, solo eran parte del atrezo de la vida.

Salí al amanecer. Cogí un tren de largo recorrido que me llevó hasta una pequeña ciudad. En ella tomé un taxi que me dejó en una estación de cercanías y allí tomé un tren viejo y destartado que me conduciría a mi destino final; al pueblo donde residía Santos.

El viaje fue lento y tan ajetreado que dejó mi espalda maltrecha. Esperaba que el resto de los acompañantes de aquel vagón ancestral, viejo y descuidado en su mantenimiento, fueran tan silenciosos como los que me acompañaron durante aquel viaje que hice estando en coma, pero no fue así. Las mochilas se amontonaban en el suelo del vagón y en los altillos. La mayoría eran montañeros, jóvenes con sus parejas que iban a escalar y que no paraban de hablar, reír y besarse apasionadamente. Solo una mujer de mediana edad parecía estar en la misma sintonía que yo, pero ella no hablaba. Leía con avidez en un dispositivo electrónico ajena a todo lo que sucedía alrededor. Ajena y distante. Me levanté varias veces para estirar las piernas y la espalda. Saqué un refresco de la máquina expendedora instalada en uno de los vagones. Pretendí con ello atenuar el calor insoportable que hacía dentro de aquel tren que parecía haberse escapado de otro siglo, pero no lo conseguí. Pasadas las dos primeras horas de viaje el paisaje comenzó a cambiar. Pasó de un marrón seco y árido a un verde vivo. El viento comenzó a correr renovando el olor del aire y bajando la temperatura del interior del vagón. Los campos se tiñeron de violeta y las plantas de lavanda, agitadas por el viento, simulaban los vaivenes que el viento produce en el agua de los embalses. Olía a campo y vida. El zumbido de las abejas y el canto de los pájaros iban y venían con una cadencia tan irregular y anárquica como maravillosa. Miré hacia las montañas y percibí una gran mancha roja que se asemejaba a una pincelada impresionista. «Tiene que ser el bosque de arces», pensé. En los pies de la ladera estaba el pueblo. Pequeño, con un puñado de casitas bajas y blancas, de un blanco que parecía recién encalado. Todas ellas con los tejados de pizarra negra, inclinados para evitar la acumulación de una nieve que allí nunca se daba, porque, extrañamente, siempre llovía. Dos lágrimas silenciosas se deslizaron por mis mejillas al comprobar que aquel era el mismo pueblo que yo había recorrido estando en coma.

El apeadero también era el mismo, pero, aquel día, en aquella estación, no solo me bajé yo. El tren iba completó y todo el mundo se apeó. El andén se llenó de excursionistas; de matrimonios que iban a pasar unos días en el balneario de aquel pueblo minúsculo, de gente que viajaba sola, que visitaba aquel lugar buscando la soledad, otro tipo de soledad. El tren volvió a llenarse con la gente que esperaba para regresar. Aquella era la última estación, pensé sentada en uno de los bancos, esperando a que me recogiesen. Mientras lo hacía, miré los cables del tendido eléctrico que colgaban de los postes de madera. Pensé que, aquellos postes, bien podían haber sido gigantes para el caballero de la Mancha si éste no hubiera tenido molinos. Claro que, la belleza de los molinos de la Mancha, no tenía parangón, y

menos literario, con aquellos postes de madera reseca, con aquellos restos de árboles asesinados. Sonreí llevada por lo surrealistas que eran, en aquellos momentos, mis cavilaciones. Y fue entonces, mirando los cables, recorriéndolos, cuando vi la cinta americana malva rodeando uno de ellos. Solo fue un segundo, apenas un instante, porque las garras de un águila dorada la desprendió y se la llevó. Ensimismada, seguí los quiebros que la cinta malva, clavada en las uñas de la rapaz, hacía en el aire, hasta que escuché su voz.

—Perdón, tú debes ser Fabiola, ¿me equivoco? Creo que esta hoja es tuya. Se te ha caído de la agenda, y esté papel también —dijo dándome mi hoja de arce y una nota en la que Ezequiel me había apuntado las pautas de la medicación—. Soy Reyes, la mujer de Santos.

—Fabiola, encantada —le respondí—. Muchas gracias —dije cogiendo la hoja y el papel. Me levanté y nos dimos dos besos en las mejillas.

—Tengo el coche en el aparcamiento —lo señaló—. Tu hoja de arce es preciosa. ¿Es de verdad?, me refiero a que no parece natural, tiene un color y un tacto aterciopelado.

—Sí, es natural. No sé, debe haber sufrido alguna transformación extraña en su secado porque a medida que fue perdiendo el agua que contenía cogió más cuerpo y su textura cambió. Tal vez fue porque estuvo nueve meses dentro de mi agenda —sonreí y levanté el dietario. Lo abrí y coloqué la hoja dentro de nuevo.

—¡Nueve meses! —Exclamó sorprendida—. Es mucho tiempo. Debería haberse quebrado, hacerse más frágil y más oscuro su color, sin embargo parece que fuese de fieltro. ¡Qué raro! —volvió a exclamar—. Aquí tenemos muchos arces —señaló el bosque y comenzó a caminar hacia el aparcamiento.

»En esta zona la telefonía móvil da muchos fallos. Olvidé decírtelo. Si necesitas hacer alguna llamada urgente, tendremos que volver a la estación. Es el sitio más adecuado para llamar, el repetidor está más cerca de aquí. Nuestra casa no está en el pueblo exactamente, se ubica unos kilómetros más allá —señaló el coche—. Este es mi utilitario. No es nada del otro mundo, pero me lleva y me trae como una vieja mula por estos caminos pecuarios. Si necesitas bajar al pueblo o a la estación, puedes utilizarlo.

Era el coche de Santos, aquel Seat 1500 blanco con los asientos de eskay rojo. Sobre el salpicadero estaba la carátula de un disco de Luis Eduardo Aute que ella, tras abrir la puerta, retiró e introdujo en la guantera que permanecía abierta.

28

Sentí el alma de Santos dentro del automóvil. Imaginé sus dedos golpeando el volante y sonreí al recordar mi desconfianza cuando me recogió y cómo en aquellos momentos le añoraba.

Reyes tomó el desvío y entró en el camino de tierra. Instintivamente me giré y miré hacia atrás. Esperaba ver el polvo morado levantarse tras las ruedas del coche, pero no fue así. Aquel camino solo tenía en común con el del pueblo los fresnos que sombreaban todo el recorrido.

—Si te gusta contemplar el cielo sin contaminación lumínica, este es el sitio perfecto para ello. Crecí en la ciudad, rodeada de luces y, cuando miraba el cielo, apenas veía cuatro o cinco estrellas. Al llegar aquí el cielo que contemplé me sobrecogió. Fue todo un espectáculo. Nadie debería morir sin haber visto el cielo en una noche sin luz.

—Hace años que tampoco lo veo sin contaminación lumínica.

—No sé si sabes que aquí tenemos auroras boreales.

—No —respondí, sorprendida—. Jamás he visto una.

—No lo sé con seguridad, pero creo que el color lo determina la composición química de nuestra atmósfera y los rayos del sol. Aquí suelen ser de color malva. Un malva intenso, casi morado que termina en un verde billar. Es un espectáculo grandioso. Algunos años, a finales del verano, y durante el invierno, entrado el atardecer, el cielo comienza a tomar un tono violeta. Es increíble la de cosas que no vemos, que creemos que no existen. Las auroras boreales son una de ellas. Se producen a cualquier hora, pero solo las vemos cuando la luz del sol se oculta...

Al escucharla no pude evitar comparar la visión de las auroras boreales con los cielos malvas del pueblo mientras estuve en coma. Pensé en la posibilidad de haber vivido en una realidad paralela durante aquellos nueve meses. Cada una de las realidades, la del pueblo y la que estaba viviendo en aquellos momentos junto a Reyes, estaba formada con partes de la otra. Las dos podían existir al tiempo, aunque no las viese o las sintiera, como sucedía con las auroras boreales durante las horas de sol. O como la luz de una estrella lejana que ha dejado de existir hace millones de años y seguimos viendo brillar en el

cielo, como si aún estuviera en su plenitud, pensé.

Recorrimos unos pocos kilómetros hasta llegar a un gran lago. Junto a él había una casa de madera. Su forma y los materiales con los que había sido construida, así como los peces que había tendidos en rejillas para su secado, cubiertos por una tela fina que protegía el pescado de los insectos, me evocaron a las cabañas de los tramperos canadienses. La situación de la casa, el tipo de construcción y los materiales que había fuera de ella, me hicieron recordar la misteriosa desaparición de todos los habitantes del pueblo Anjikuni del lago, en 1930. Y yo, que antes no creía en aquellas historias, que las consideraba leyendas urbanas, irónicamente, pensé, había vivido una que podía emparentarse de cerca con aquel tipo de fenómeno paranormal. Mi vivencia durante el coma no tenía una explicación dentro de la lógica, me dije sin quitar la vista del matrimonio que salió de la casa sonriente al encuentro de Reyes. Observé, incrédula, sus vestimentas. Todo en ellos aparentaba pertenecer a una época lejana.

—Tardaré unos minutos. Recojo el pescado seco que les encargué ayer y nos vamos. Es para una ensalada, que espero te guste.

»Si quieres puedes bajar. Te los presentaré —dijo al ver que yo no perdía de vista a la pareja—. Son un matrimonio encantador. Ella está embarazada de tres meses. Les costó conseguir el embarazo. La forma de vida que llevaba en la ciudad, su trabajo, le provocó varios abortos. Vendieron su casa y con lo que les quedó tras pagar la hipoteca y las liquidaciones de sus empresas, compraron el terreno y se establecieron aquí. Aunque no lo creas, son dos grandes profesionales. Muy valorados en su sector. Dejaron atrás una vida llena de lujos. Claro que..., depende de lo que entendamos por lujo, porque vivir en este sitio sí que es un verdadero lujo...

La casa de Reyes, como esperaba, era igual a la que Santos habitaba en el pueblo. La entrada, el gran arce, incluso el porche y los muebles del jardín eran los mismos. Aquello no me extrañó. Sabía, antes de llegar, que así sería. Incluso, por unos momentos, mientras Reyes estacionaba el coche, miré hacia la puerta de entrada esperando ver a Jacinta salir del interior de la casa. Aquello, de haber sucedido, no me habría desconcertado.

—Te he preparado la habitación superior. Es la mejor de todas. Da al jardín y desde ella puedes ver el bosque de arces y, casi al completo, la cordillera que nos rodea. Tiene forma de herradura. Por eso, por su forma, dicen que nos da suerte y nos protege. En esta zona existen muchas leyendas. Afirman que es un enclave especial. Incluso se habla de un cementerio indígena en el que las tumbas siempre han estado vacías. Se ha inspeccionado varias veces todo el terreno en donde se supone que estaba ubicado, pero no se ha encontrado ni un solo rastro orgánico que evidencie su existencia. Aún y así, muchos lugareños afirman haber visto las tumbas de los indígenas. La leyenda cuenta que antes de que llegaran los primeros colonos a la zona, un chamán efectuó un rito para que los cuerpos desaparecieran con el fin de que jamás fueran violentados por los invasores. Como ves, estás en el lugar ideal para un escritor. Claro, si estas historias pertenecen a tu género literario y te gustan.

—Ahora sí, antes no me interesaban. No creía en ellas.

—Antes sí, y ahora no, ¿te ha sucedido algo que te ha hecho cambiar de opinión sobre ello? —me preguntó abriendo el maletero del coche para sacar mi equipaje.

—Digamos que sí —le respondí pensando en la sensación tan cálida que me producía haber vuelto a la casa de Santos.

»Aquel es el balcón de mi habitación, ¿verdad? —le pregunté señalándolo e intentando con ello cambiar el tema de conversación.

—Sí, ése es. Pero..., ¿cómo lo has sabido?

—Bueno, digamos que me lo has puesto muy fácil con tu descripción de las vistas —le respondí sonriendo y agarré el asa del *trolley*.

Pasamos junto al gran arce y, al hacerlo, ella se agachó. Cogió algo del suelo y dijo:

—Llevo buscando esta taracea un montón de tiempo. Se cayó del bargeño que tengo sobre el

escritorio. Rodó por el balcón hasta el jardín. La busqué por todas partes sin conseguir saber dónde había ido a parar. Has tenido que venir tú para que aparezca —me miró sonriente, pero con una expresión interrogante en sus ojos—. Es del bargueño que está sobre el escritorio de la que será tu habitación...

29

Esperaba encontrar a Santos al llegar. Que Reyes me hablase de él en cualquier momento. Pero aquello no sucedió. Intranquila, temiéndome que aquella biografía fuese póstuma, cuando entramos en el dormitorio que había destinado para mí, le pregunté, de forma indirecta, por él:

—¿Quién me irá relatando la biografía, Santos o tú?

Ella descorría las cortinas del ventanal mientras yo dejaba sobre la cama la maleta y el ordenador portátil. Me respondió sin darse la vuelta, como si quisiera ocultar su rostro.

—Lo haré yo —dijo con la voz quebrada—. Él no puede hacerlo. En realidad, no es una biografía en sí. Él sueño de mi marido era escribir su vida, novelarla para después enviarle el ejemplar a su único hijo. Debería habértelo dicho. Lo sé. Pero lo omití porque temí que no aceptaras el trabajo. Te pido disculpas por ello. Si no estás de acuerdo, puedes dejarlo. Te pagaré los gastos y los contratiempos.

—¿Él está bien? —le pregunté temiéndome lo peor.

Separó la silla de la mesa del despacho y se sentó en ella. Lo hizo como si la vitalidad, la alegría y el valor de los que había hecho gala desde que me recogió, la hubiesen abandonado de repente. Yo permanecía de pie. Intranquila, esperaba su respuesta.

—No. No lo está. Lleva casi un año en coma. Once meses. Las posibilidades de que se recupere son ya casi nulas. Cada día hay menos esperanzas. Los plazos se acortan porque las secuelas pueden ser irreversibles si continúa en ese estado. Pero yo me niego a perder la esperanza de recuperarle. Voy a aguantar hasta el último momento, hasta que me aseguren que no hay posibilidad de que se recupere.

»Su enfermedad fue lo que le condujo al estado en el que está. Si despierta, algo improbable según el equipo médico, tendrá que lidiar con la leucemia. Me ha costado mucho mantenerle aún con vida, dada su situación, las probabilidades tan bajas de recuperación, tuve que pleitear para poder mantenerle con vida. Estoy destrozada, agotada, pero no voy a abandonarle por nada del mundo. Y quiero cumplir su sueño. Hacer que esa novela tome forma. Luego se la enviaré a su hijo. Si no se recupera, al menos podrá morir en paz —rompió a llorar.

Respiré aliviada al escucharla. Santos aún estaba con vida y aquello me daba la posibilidad de

traerlo, de hacer que regresara. Me hubiera gustado contarle a Reyes que había convivido con su marido. Que conocía su enfermedad y sus deseos, también lo mucho que la quería. A punto estuve de hacerlo. De abrazarme a ella y contarle que aquella casa, aquel dormitorio ya había sido habitado por mí y que él, Santos, su marido, aún continuaba en la casa. Que aunque no pudiera verle o sentirle, estaba ahí. En otro espacio, en otro tiempo, daba igual en qué forma o de qué manera. Pero no lo hice, no podía. Sabía que no me creería y que podía tomarme por una loca o una desaprensiva que intentaba aprovecharse de su situación, de su dolor. Mis vivencias durante el coma y lo que me estaba sucediendo desde que desperté, eran tan increíbles que, probablemente, jamás me atreviese a contárselo a nadie.

La taracea se le cayó de las manos y rodó por el suelo. Me levanté y cogí la piedra, la misma que me llevó hasta el gran arce antes de despertar del coma. Después la dejé sobre la mesa del despacho y me puse en cuclillas delante de ella. Tomé sus manos entre las mías y le dije:

—¡Lo siento! No sabes cuantísimo lo siento. Escribiéremos esa novela, pero con la idea fija de que será él quién le dé el visto bueno cuando la hayamos concluido. Ese y no otro debe ser nuestro pensamiento mientras estemos con la escritura. ¿Me lo prometes?

Sonrió. Pero no se atrevió a responderme.

—Los malditos productos que usaban para el tratado de las pieles le hicieron enfermar. La empresa se hizo cargo de todos los gastos, aún están pagando el tratamiento y su permanencia en el hospital. En eso hemos tenido suerte, una suerte desgraciada —dijo en un tono amargo y doloroso que me hizo también daño a mí—. Nos dieron una indemnización cuando se lo diagnosticaron. Con ella nos compramos esta casa y nos vinimos a vivir aquí. Pero, de qué le ha servido, ¿de qué? No ha disfrutado de ello. Nos pasamos la vida intentando salir adelante, tener casas maravillosas. Nos rodeamos de enseres que solo sirven para regalar nuestros ojos y nos olvidamos de que la vida es otra cosa y siempre nos damos cuenta de ello cuando es demasiado tarde.

»Acabas de llegar, aún no te has instalado y yo, en vez de ejercer de anfitriona, he descargado mi pena contigo, cuando lo que debería haber hecho es enseñarte el pueblo y los alrededores de la casa. ¡Lo siento! Discúlpame, por favor —dijo limpiándose las lágrimas que caían por sus mejillas. Después se pasó la mano por la melena, junto su pelo como si fuese hacerse una coleta y lo echó hacia atrás.

Pareció que con el gesto sacudiera aquellos pensamientos que tanto daño le hacían.

—No hay nada que disculpar. Al fin y al cabo, soy vuestra biógrafa, y una biógrafa debe estar dispuesta a conocer todo de la historia. Y debe hacerlo en cualquier momento, o sea que ni te plantees que me has incomodado. Al contrario.

—Si te parece bien, podemos comenzar mañana por la tarde el trabajo. Voy cuatro días a la semana a visitar a Santos. La ciudad está lejos y me quedo a dormir allí. No podría ir y venir en el día. Por ello solo dispongo de tres días para que nos reunamos y tomes notas. Cuando esté en el hospital estarás sola. Puedes aprovechar para visitar el pueblo. Mis amigos, los pescadores, estarán para lo que necesites cuando yo me ausente. Ellos me llevarán a la estación y me recogerán, así podrás disponer de mi coche por si quieres moverte de aquí. De otra forma estarías aislada y no quiero que eso suceda.

—No te preocupes por nada, todo irá bien. Si quieres que algún día te acompañe al hospital, lo haré encantada —le dije sonriendo, deseando que ella me respondiera que sí. Anhelaba volver a ver a Santos. Lo ansiaba con todas mis fuerzas.

—Te lo agradezco, pero prefiero ir sola. Ahora, si me disculpas, voy a preparar el almuerzo. Cuando estés instalada, si te apetece, puedes bajar al despacho de mi marido. Creo que es el lugar más adecuado para que charlemos sobre él, me refiero a que allí estaré más cómoda relatándote su vida. No entro en él desde que le ingresaron. No he tenido valor para hacerlo, pero tarde o temprano tendré que volver a entrar y qué mejor momento que éste.

—En cuanto organice la ropa en los armarios bajo —le respondí.

—El despacho está cerrado. Encontrarás las llaves en el primer cajón de la mesita de la entrada.

Espero que no te sorprenda el desorden que hay. Mientras esperaba un donante, fue organizando todos sus discos en cajas. Se le había metido en la cabeza vender la casa. Decía que si moría, la venta me dejaría el dinero suficiente para que yo viviese sin problemas y en un lugar menos solitario. No quise llevarle la contraria, estaba ya muy mal y le dejé hacer. Pero eso, como la biografía, también quedó en el aire. Entró en coma antes de que encontrasen un donante compatible. Tampoco pudo poner el anuncio. Fui yo quién lo hizo...

Cuando entré en el despacho de Santos encontré todo tal y como lo recordaba. Solo una cosa llamó poderosamente mi atención; el retrato de una aborígen. Estaba hecho a carboncillo. En él destacaba el color de los ojos de la mujer. Su iris era violeta. La reconocí nada más verla. Era Jacinta.

No sé el tiempo que permanecí frente al cuadro ensimismada.

—Lo pintó Santos —dijo Reyes que había entrado en el despacho—. Lo hizo tomando el modelo de una fotografía que acompañaba a un artículo. Esta mujer fue uno de los pocos chamanes que no era varón. Su nombre es Kanda, significa poder mágico, pero Santos la llamaba Jacinta, que es el nombre de su abuela. Decía que tenía los mismos ojos que ella. Ese color violeta tan inusual —dijo señalándolos—. Los indígenas de la zona la veneran. Afirman que es un espíritu protector. Murió hace más de dos décadas, con ciento veinte años. Santos tiene el mismo Rh que ella. El llamado Rh nulo.

»Al enfermar Santos, cuando le comunicaron que su Rh era nulo y que en el mundo solo lo compartían un grupo muy reducido de personas, perdió la esperanza de encontrar un donante de médula compatible. Si es difícil, en su caso lo era aún más. Fue entonces cuando comenzó a informarse de todo lo concerniente a su grupo sanguíneo.

»Oficialmente no se tuvo constancia de la existencia de este grupo hasta 1961 cuando se identificó por primera vez en una aborígen australiana. Sin embargo, antes, mucho antes, hubo un hematólogo que lo identificó en Kanda —señaló el cuadro—. No le creyeron, pero él dejó constancia de sus investigaciones y de los resultados. Santos leyó todos esos estudios y, mientras lo hacía, entre la documentación de la hemeroteca, encontró una foto de la indígena. Junto a ella estaba la leyenda que se le atribuye de espíritu protector. Dicen que jamás ha dejado estas tierras y mucho aseguran haberla visto caminando cerca del bosque de arces, a pocos metros de él, donde supuestamente se asentaba el cementerio indígena. Sea como fuere, su espíritu, o su leyenda, parece que ha conseguido proteger a los indígenas en esta zona. Aquí se les respeta, no como en otros lugares, donde les han despojado de todo. Como podrás comprobar mantienen sus tradiciones, su forma de vida y la mayoría de sus tierras. Santos colgó el cuadro en su despacho para que ella le protegiese. Eso me dijo. Creía con vehemencia en la indígena, en que conseguiría su amparo.

»Desgraciadamente, tengo motivos sobrados para sentir desesperanza. Si despierta, su recuperación será más complicada de lo habitual, casi imposible. Solo le pido a Dios que si se lo tiene que llevar al menos me permita volver a hablar con él, abrazarle y decirle lo mucho que le quiero. Necesito volver a escuchar su voz, poder sentirle de nuevo.

—Me someteré a las pruebas inmediatamente —le dije sin dudar. Mirándola fijamente.

—No entiendo —respondió ella confusa, sin entender qué le estaba diciendo.

—Mi grupo sanguíneo es 0 y mi Rh nulo. Soy una de esas cuarenta y tantas personas que en el mundo poseen Rh nulo —le enseñé la tarjeta que siempre llevaba conmigo del Laboratorio de Referencia Inmunoematológico Francés—. Si todo va bien y Santos despierta, tendrá donante...

30

Ver el retrato de la indígena y comprobar que era Jacinta supuso para mí una prueba más de que mi experiencia durante el coma había sido real. Jacinta existía, pero no como nosotros. Ella pertenecía a otro lugar. Era diferente al resto, siempre lo había sido, pensé recordando la información que me había dado Reyes sobre ella. En aquel momento comprendí por qué sabía tanto sobre aquel lugar, por qué llevaba tanto tiempo allí, por qué iba y venía en busca de los nuevos habitantes. Aquel pueblo, en el que estuve durante el coma, era el mismo que en el que me encontraba en esos momentos, con Reyes. Era su tierra, su lugar de origen. Jacinta siempre había estado en él, jamás lo había desatendido. Los nativos no estaban equivocados, su chamana nunca lo abandonó. Seguía allí; en cada árbol, en cada puesta de sol, en la lluvia al atardecer, en las auroras boreales que teñían su cielo de malva, escuchando las plegarias de los suyos, protegiéndoles del mal.

Recordé que desapareció cuando Santos y yo comenzamos a entendernos, a intimar. Se fue cuando yo dejé de lado mi necesidad de escapar de aquel lugar y me centré en ayudarlo. En realidad, me dije, Jacinta me guió hasta él porque Santos se lo había pedido. Le pidió un donante compatible; que le ayudara a seguir viviendo. Estaba segura de ello. Todo era producto de aquel batir de alas del que ella me habló. La teoría del caos que esta vez había jugado con certeza y buenaventura con nosotros. Fue en esos momentos de cavilaciones cuando pensé que, tal vez, si Santos no hubiese pedido ayuda a la chamana, a Kanda, con tanta fe, yo también habría muerto en aquel accidente, con Torcuato.

Reyes enmudeció tras mis palabras.

—¿Estás bien? —le pregunté acercándome a ella.

—¡Dios mío! —exclamó—. No puedo creerlo. Esto es un milagro.

—Esperemos que así sea, Reyes. Si somos compatibles, seré la donante de tu marido. Y creo que así va a ser. Algo en mi interior me dice que estoy aquí por ese motivo, que he llegado a este pueblo minúsculo, alejado del resto del mundo, por y para ello. No hay otra explicación.

—¡Gracias a Dios que se me ocurrió poner ese anuncio! De no haberlo hecho, ahora no estarías aquí. Me parece algo tan maravilloso y al tiempo tan excepcional. No sé qué hacer, ni qué pensar. Santos

tiene que despertar, tiene que hacerlo. Le pido a Dios que despierte y que tú seas compatible —dijo llorando emocionada.

—Kanda lo traerá. Estoy segura de ello —dije rozando con mis dedos el dibujo, recordando cuando Jacinta me aseguró que Santos iba a regresar...

Reyes se desplazó al día siguiente al hospital con una gran noticia para el equipo médico y yo me quedé en aquella gran casa sola de nuevo. Lo primero que hice fue colocar la taracea roja con forma de hoja de arce en su lugar; en la superficie del pequeño cajón del bagueño que había sobre el escritorio de mi cuarto. Solo hizo falta ejercer una presión mínima sobre la madera para que la piedra entrase en el hueco. Aquel hecho me dio una tranquilidad extraña, fue como si hubiese colocado la última pieza de un puzle imaginario, como si Santos hubiera presenciado cómo la piedra volvía a su lugar de origen. Como si al colocarla hubiera activado un resorte tan imaginario como importante y mágico.

Durante aquellos cuatro días dediqué las mañanas a escribir. Fui rememorando todo lo que Santos me había ido contando mientras estuve en coma. Volví sobre sus palabras y rehíce gran parte de aquel texto que le dejé sobre el sofá. Aquello formaría parte de lo que Reyes me contara, pensé entusiasmada. Sería una novela preciosa. A Santos le iba a emocionar.

Dediqué las tardes a recorrer el pueblo. A perderme en sus pequeñas calles o pasear por la avenida central que lo dividía en dos. Había pocos comercios: un colmado que se abastecía de víveres una vez a la semana, una frutería, una botica que no disponía de todos los productos farmacéuticos, solo los de primer orden, pero que hacía pedidos de los medicamentos necesarios a la ciudad. Dos tiendas de regalos. Un hostel diminuto que estaba completo con meses de antelación. Un restaurante especializado en comida casera y un pequeño bar con una terraza exterior cubierta por un techo de madera que la protegía de la lluvia al atardecer. Todo era y estaba tal y como lo recordaba.

—Es un poco tarde para sentarse fuera. En breve comenzará a llover y si no me equivoco es usted foránea —dijo posicionado frente a mí—. Si no está acostumbrada a las tormentas y el aire que levantan, estará más cómoda dentro del local —y señaló el cielo encapotado.

—No soy forastera, exactamente no. Conozco el clima de este lugar y me gusta bastante. Sobre todo la lluvia al atardecer —le respondí sonriendo.

—Pues entonces todo está bien —dijo sacando una libretita del bolsillo trasero de su pantalón vaquero—. Dígame, ¿qué le pongo?...

Era alto y delgado, de ojos oscuros y mirada profunda. Tenía los dedos largos y finos. La piel dorada por el sol. Llevaba el pelo recogido en una coleta. Era el dueño de aquel bar que, por las noches, se convertía en el único lugar de reunión con música en directo. Sobre todo Jazz. Lo visité los cuatro días que Reyes se ausentó. Iba todas las tardes y, sentada en la terraza, repasaba lo escrito por la mañana. Hasta que el cielo comenzaba a encapotarse. Entonces, cuando los relámpagos surgían y los truenos retumbaban sobre las montañas, apagaba el ordenador portátil y contemplaba como los colores iban tomando tonos diferentes y el paisaje se transformaba por completo. Escuchaba el sonido de la lluvia sobre el tejadillo de madera y contemplaba los pequeños aguazales que se formaban en la calle. Él solía observarme desde la barra. Me miraba de soslayo. Fijaba su atención en el teclear de mis dedos e incluso me pareció que más de una vez se sonrió cuando yo golpeaba el espaciador molesta porque éste se atascaba. No me incomodaba que lo hiciese, me agradaba saberle ahí, tras aquella barra de madera; pendiente de mí. Me gustaba su mirada profunda, sus rasgos, sus gestos varoniles y aquella breve sonrisa que nos dedicábamos cuando nuestras miradas se cruzaban. La de él más abierta y decidida, llena de cierto deseo que atisbé enseguida, la mía más insegura y desconfiada.

—Invita la casa —dijo aquella tarde, la cuarta que yo había visitado el local. Y, sin dejar de mirar la pantalla de mi ordenador, colocó una jarra de cerveza sobre la mesa junto a una ración de

salmón marinado—. Esta noche tenemos Jazz en directo. Podrías quedarte a cenar y luego a la actuación..., escritora —concluyó volviendo a sonreírme.

—¿Es una proposición de cita? —le dije bajando la pantalla del ordenador para evitar que siguiera leyendo el texto.

—Sí. Por supuesto que lo es. Te estoy invitando a cenar y luego a escuchar un buen Jazz junto a una copa y este cielo maravilloso que se llena de estrellas en cuanto las nubes se van.

—Me temo que no puedo quedarme. Vivo cerca del lago y la vuelta, cuando oscurece, no es muy segura. Aún no conozco bien el camino de regreso y mi coche no es el más apropiado para volver a esas horas sin apenas luz.

—¿Eres la biógrafa de Santos, verdad? La que quería contratar Reyes. Son amigos míos. No faltaban una sola noche cuando teníamos Jazz en directo. Santos ama el Jazz, bueno, el Jazz, a Aute, a Silvio Rodríguez... —hizo una pausa y cambió de expresión—. Le echo en falta tantísimo. Solíamos cantar juntos cuando el local se vaciaba —y señaló la guitarra que había sobre el pequeño escenario interior—. Él tocaba y yo cantaba. La canción con la que siempre terminábamos era *¿Qué hago ahora?*, de Silvio. Espero que salga pronto del hospital. ¡Tiene que recuperarse! —Dijo en un tono lleno de rabia e impotencia.

—Puedes estar seguro de ello —le respondí.

—Bueno, qué me dices, ¿te quedas a cenar? Te llevaré yo. Puedes dejar el coche de Santos estacionado aquí, o lo llevas y yo iré detrás de ti. Aunque también puedes quedarte. Estamos abiertos hasta el amanecer, como en la película..., pero sin vampiros —dijo sonriendo.

«¿Por qué no?», me pregunté. Y, casi al amanecer, cuando el local se vació y nos quedamos solos en él, cantó la canción de Silvio para mí:

*¿Donde pongo lo hallado?
en las calles, los libros,
la noche, los rostros
en que te he buscado.
¿Donde pongo lo hallado?
en la tierra, en tu nombre,
en la Biblia, en el día
que al fin te he encontrado...*

31

Reyes regresó al mediodía. Cuando lo hizo yo estaba en mi cuarto, aún con rastros de haber trasnochado, pero ya inmersa en la novela. Prefería escribir allí en vez de en el despacho de Santos.

—Veo que has conocido a Lucas —dijo sonriente, apoyada en el quicio de la puerta.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté sorprendida.

—Bueno, es el único que cultiva tulipanes aquí —respondió señalando el jarrón que yo había puesto con ellos encima de mi escritorio—. No sé cómo consigue que sus bulbos prosperen durante todo el año. Debes de gustarle bastante, porque no le regala sus tulipanes a cualquiera —y, mirándome divertida, me guiñó su ojo derecho.

—¿Qué tal ha ido todo?

—Por el momento sigue estable, sin muestras de cambio, pero tampoco de empeoramiento. Eso, para mí, es tranquilizador. Para el equipo médico no lo es. De eso quería hablar contigo. He pensado en variar nuestras reuniones. Si no te importa, me gustaría ir durante toda la semana al hospital, permanecer allí seis días en vez de cuatro. Tal vez, si voy todos los días, si siente que estoy allí, pueda conseguir que su estado mejore. Los médicos me han dicho que siempre es beneficioso, pero siguen sin darme esperanzas. Estoy segura de que no creen que su recuperación sea posible. No sé, Fabiola, he notado cierto desánimo. Quiero intentarlo todo. Si quieres marcharte, lo entenderé. Me gustaría que te quedases. Sé que es pedir mucho, pero te lo agradecería infinito y te doy mi palabra de que si Santos no se recupera... ¡Dios quiera no sea así!, seguiremos con el trabajo.

—Se va a recuperar. Regresará contigo. Lo hará. No tengo la menor duda sobre ello. En cuanto a tu idea de ir más días al hospital, me parece muy acertada. Cuanto más tiempo estés con él, será mejor. Opino cómo tú, debe sentir que estás ahí.

»No te preocupes, no tengo nada mejor que hacer. Cuidaré de la casa y escribiré. Aunque no lo creas tengo ya mucho material. Me has hablado tanto de él, tantísimo. También lo ha hecho Lucas. Le adora. No se atreve a visitarle porque dice que no tiene fuerzas para verle y no poder hablar con él.

»Olvidé comentarte —dije cambiando el tema de conversación para que ella no se entristeciera

aún más de lo que estaba—, coloqué la taracea en su hueco —señalé el bargueño—, al hacerlo encontré estos marca páginas.

Estaban hechos con hojas de arce, rojas, de un rojo aterciopelado.

—Los hacía Santos —me respondió cogiendo los marca páginas—. Subía al bosque casi a diario. Elegía las hojas más bonitas. Las más rojas y las sometía a un proceso de secado manual muy específico que les daban un aspecto y textura como si estuvieran hechas de terciopelo, igual al que tiene la tuya. Es difícil conseguir esa textura porque la técnica se la enseñaron los indígenas de la zona. Por eso, cuando vi la tuya, me pareció extraño y te pregunté por su proceso de secado. Estos marca páginas están en el bargueño porque yo los saqué de su estudio.

»Comenzó a secar las hojas y a hacer los marca páginas después de encontrar la documentación sobre la indígena. Habló con los nativos y, poco a poco, consiguió adentrarse en su comunidad. Fue como si le adoptasen. Como si le hubieran estado esperando desde siempre. Él mismo lo comentaba, me decía que se sentía parte de la tribu. Los indígenas le mostraron varias iconografías de Kanda en madera. En todas ellas, la indígena, tenía una hoja de arce roja dibujada en su frente. Desde aquel momento se obsesionó con el significado que le habían dicho los nativos tenía la hoja. Representa la fuerza, el arraigo y la protección.

»Fue plastificándolas una a una. Tenía la idea de que, cuando se recuperase del todo, cuando le hicieran ese trasplante de médula que nunca llegó, iba a comercializarlos para donar lo que recaudase para la investigación del cáncer. Creía firmemente en la indígena y en todo lo que la rodeaba. Yo le entendía, también me agarré durante mucho tiempo a cualquier atisbo de esperanza, aunque este fuese Kafkiano. Sin embargo, cuando entró en coma, me enfadé con todo; con el mundo, con la medicina, con sus hojas de arce y con la indígena. Quitó su foto del despacho. La guardé en un cajón, pero cuando lo hice Santos empeoró y, asustada, la devolví a su lugar. Donde está ahora.

—¿Y los marca páginas?

—Enfurecida los lancé al jardín el mismo día que quité el cuadro del despacho. Los tiré hacia el campo. El viento que hacía aquella noche los levantó en aire. Se los llevó. Desaparecieron durante unos minutos y volvieron a caer a mis pies como si fueran un bumerán. Me pareció que se perdieron en el cielo, que fueron y volvieron desde muy lejos. Fue una sensación extraña, mucho. Asustada me arrodillé y, llorando, pensando que a Santos aquello le hubiese hecho mucho daño, preguntándome quién era yo para hacer lo que había hecho, los recogí. Se habían manchado de barro por lo que fui limpiándolos uno a uno con el extremo del delantero de mi chaqueta. Al hacerlo comprobé que faltaban las hojas de dos de ellos. No estaban. El plástico estaba intacto, pero las hojas no estaban en el interior —los buscó y me los dio.

Escuchándola recordé el baile de las hojas de arce aquella noche en el restaurante. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al comprobar que, efectivamente, Reyes tenía razón, era imposible que las hojas se hubieran desprendido del plastificado.

—Es posible que no tuvieran las hojas dentro, que fuese un fallo de Santos —dije con la voz entrecortada.

—No lo sé. No me paré a pensarlo. Los volví a colocar todos juntos y los subí al bargueño. Llevan ahí unos nueve meses. Creo que el mismo tiempo que tu hoja dentro de tu agenda.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté intranquila.

—Pues que desde que has llegado, todo se me hace diferente. Quizás pienses que estoy loca, que me agarro a cualquier cosa. Y si lo haces tienes razón Fabiola. Verás, el que tu grupo sanguíneo sea 0 Rh nulo y que esa hoja tuya sea tan igual a las que Santos secaba y plastificaba, me parece algo más que una coincidencia. Comienzo a creer que esa indígena está haciendo de las suyas, que Santos tenía razón. Mi esperanza ha vuelto. Esto no es una coincidencia, es algo más, algo que se me escapa, que me hace sentir que mi marido está más cerca de recuperarse.

—Cómo voy a pensar que estás loca, ni se me ha pasado por la cabeza. Es cierto que las hojas son muy parecidas a la mía, pero la mía no puede ser una de las de Santos —mentí. En aquellos momentos yo pensaba lo mismo que ella. Hubiera jurado que mi hoja pertenecía a uno de los dos marca páginas que estaban vacíos.

Pero no podía decírselo. No me creería. Nadie lo haría.

32

Trascurrieron cinco meses, veinte largas semanas en las que viví casi en soledad. Poco a poco, sin darme apenas cuenta, me convertí en parte de aquella inmensa casa y ella de mí. Conocí a sus espíritus y aprendí a convivir con ellos, porque allí, cada objeto, cada rincón, cada árbol, cada gota de agua o ráfaga de viento, tenían su propia ánima. No era necesario verla, solo hacía falta saber sentirla; y yo había aprendido a hacerlo.

Todas las tardes, antes de que el sol comenzara a caer en el horizonte, cerraba mi ordenador, me daba una ducha, me ponía los vaqueros, la chupa, me calzaba los deportivos y salía en busca de un pedazo de felicidad. Esa que cabe en un bolsillo, que no ocupa, pero llena de vida y magia el alma y el corazón.

Mi sitio en aquel bar llamado *La vida a veces* pasó de ser aquella terraza en una mesa con las mejores vistas a un hueco en la barra del bar de Lucas, junto a él. Aprendí a hacer mezclas de bebidas, a agitar la coctelera con más o menos fuerza y rapidez, dependiendo de si la mezcla necesitaba ser bailada a ritmo del rock, o, por el contrario, requería la suavidad de una balada.

No dejé de informar a Ezequiel de cuál era mi estado y delegué en él todo lo referente al accidente. No hubo juicio. El conductor del camión había fallecido en el siniestro y preferí llegar a un acuerdo. Quise borrar aquel capítulo de mi vida. Ezequiel me comunicó su decisión de volver a casarse y yo le manifesté mi alegría por su felicidad. Me hizo llegar los documentos del divorcio y una copia del contrato de venta de la casa que firmé ya sin nostalgia, sin ningún tipo de dolor porque hacía tiempo que yo no pertenecía a aquel lugar. Seguimos comunicándonos vía redes sociales y de vez en cuando por Skype. Él me contaba el transcurrir de sus días y yo le hacía partícipe de mis quehaceres diarios. La vida de ambos fue cambiando paulatinamente y a mejor, como nuestra unión. Le insistí en que nos visitara, pero él siempre me ponía de excusa los kilómetros que nos separaban, las horas de vuelo que, decía, estaba seguro que Carla no soportaría. Pero yo sabía que ella, Carla, tenía miedo, y éste no era a volar, sino a mí. Y aunque su miedo era infundado, la entendía. A mí me hubiera sucedido lo mismo.

Durante aquellos meses no dejé ni un solo día de escribir la novela de Santos, su biografía

novelada. Llegué al capítulo final de la misma con cierta preocupación y paré. Lo pospuse porque recordaba la que escribí estando en coma y cómo al concluirla desperté. Aquel pensamiento no dejaba de dar vueltas en mi cabeza una y otra vez. Tenía la sensación de que cuando le pusiera el punto y final algo inesperado iba a suceder. Aquella incertidumbre fue lo que me hizo ir retrasando su conclusión.

—Tengo la biografía casi terminada, solo me faltan unos párrafos —le comenté a Lucas aquel sábado de la primera semana de diciembre.

—Y, ¿qué vas a hacer? —me preguntó con la preocupación asomando en su mirada.

Dejó la guitarra apoyada en la silla donde estaba sentado y se metió en la cama conmigo. Hacía meses que me quedaba a dormir con él. Luego, a media mañana, después de desayunar, yo regresaba a la casa y él a poner en orden el bar. Me abrazó, acarició mi pelo y esperó mi respuesta.

—Terminarla y dársela a Reyes. Pero no sé cuándo. Tengo miedo de ponerle el punto y final.

—No me refiero a eso. Cuando lo termines, ¿te marcharás?

—No lo sé.

—No puedes irte. ¿Qué haría yo sin ti? Quiero que te quedes.

—He estado buscando una casa, pero no hay nada en venta y menos en alquiler. Esto es tan pequeño. Está tan protegido que no existe posibilidad alguna de conseguir ni una mísera habitación. ¡Es imposible!

—Quédate a vivir conmigo. En realidad casi lo estás haciendo ya.

—Te quiero Lucas —le dije mirándole a los ojos—, te quiero mucho, pero no voy a vivir contigo. Sé que si lo hago la magia que rodea nuestra relación se irá yendo poco a poco, y no lo soportaría, no quiero que eso me suceda nunca más. Además, he sopesado la posibilidad de traer a mi madre conmigo. Su enfermedad es difícil y necesita de mucho tiempo y paciencia. No puedo permitir que cargues con ello. Quiero que sus últimos días pase el mayor tiempo posible conmigo. Como ves, lo tengo difícil para quedarme aquí.

—No puedo permitir que te vayas, no voy a permitir que eso ocurra...

Reyes volvió el domingo. Entró en la cocina, se preparó un café y se sentó en la mesa sin hablar. Ni tan siquiera, como era costumbre en ella, me dio los buenos días.

Aquella mañana, después de volver de casa de Lucas, me puse a escribir y terminé la biografía. Quería dársela cuando llegase. Tenía los folios apilados sobre la mesa de la cocina, preparados. Pero ella, a pesar de que los vio no pareció prestarles atención, los retiró, los apartó de su lado como si le molestasen y distante y cabizbaja, comenzó a soplar sobre la taza de café humeante que terminaba de hacerse.

—¿Estás bien? —le pregunté sentándome desconcertada a su lado.

—Los médicos me han pedido que tome una decisión. Santos está peor y ya no tienen esperanzas. Dicen que hay que tomar una decisión lo antes posible.

—¿Me estás diciendo que quieren desconectarle? —le pregunté con la voz ahogada.

No se atrevió a decir nada, solo movió su cabeza y comenzó a llorar desconsolada. Me abracé a ella sin saber qué decirle.

—¿Podrías acompañarme el lunes? No puedo hacerlo sola, ¡no puedo! ¡Dios mío! ¡Dios mío, tengo el alma rota!

Llevé conmigo los folios encuadernados. La portada era una hoja de arce, pero esta vez no era un dibujo. Pegué en el folio mi hoja, porque era suya, siempre lo había sido, pensé. Lo hice con la esperanza de que aquella hoja, del mismo modo que me había llevado a mí junto a Santos, lo trajera a él de vuelta.

Dos enfermeras pasaron a mi lado mientras yo esperaba sentada a que Reyes terminase de hablar con el equipo médico. Comentaban entusiasmadas que habían escuchado que aquella noche era probable

que se apreciara una aurora boreal y la suerte que tenían de no estar de guardia. Planificaban desplazarse al pueblo, a las montañas, para verla en su máximo esplendor.

—Lo harán esta tarde —dijo Reyes llorando—. Me dijiste que querías verle, ¿recuerdas? Has escrito su vida y creo que deberías hacerlo antes de que se marche para siempre. Dale la novela, quiero que se la des tú, ¿podrás hacerlo? —me pidió casi en una súplica que atendí.

Me dolió mirarle, no escuchar su voz ni poder ver el gris de sus ojos. Pero le sentí. Sentí que podía verme y escucharme, que aún había una parte de él que permanecía allí, que no se había ido del todo. Me acerqué a su lado y coloqué los folios bajo sus manos. La hoja de arce quedó tapada por ellas al completo. Después me acerqué a él y le susurré al oído:

—Reyes te espera. Yo también. Hoy el cielo se teñirá de malva, habrá aurora boreal y no será lo mismo sin ti.

»He terminado la novela. Tienes que volver para enviársela a tu hijo. Llama a Jacinta. Dile a Kanda que te ayude a regresar porque ya tienes donante de médula. Santos, soy O Rh nulo, como tú. Y las pruebas han demostrado que somos compatibles. ¡Regresa! Tienes que regresar.

33

Sucedió dos horas después de que yo saliese de la habitación. Reyes entró en la cafetería llorando. Vi cómo me buscaba nerviosa. Me levanté como un resorte y fui hacia ella. Se abrazó a mí y, emocionada, me contó cómo Santos comenzó a mover los dedos. Cómo acariciaba la hoja despacio y que, cuando el personal sanitario intentó quitarle los folios, ejerció una fuerza inusual para evitarlo.

La recuperación fue lenta. Tuvo que aprender a hablar, a caminar e incluso a comer solo. Durante los casi cinco meses que duró su rehabilitación le visité varias veces. Como esperaba, no me reconoció. Cuando Reyes le leyó parte su biografía novelada, se emocionó y quiso hablar conmigo:

—No entiendo cómo has conseguido captar todo esto, plasmar de esta forma tan personal mis sentimientos, todo lo que he vivido y lo que quería decirle a mi hijo.

—Bueno, Santos, no es tan extraño, aparte de tener unos muy buenos documentalistas —dije mirando a Reyes y a Lucas que nos acompañaban—, tú y yo somos algo parecido a los gemelos idénticos —sonreí—, no olvides que compartimos algo muy importante y demasiado inusual; nuestro Rh nulo. Somos una rara avis.

—Gracias Fabiola, gracias por todo lo que me has dado. Jamás podré pagarte lo que has hecho por nosotros, por mí —me dijo visiblemente emocionado.

»Reyes me ha comentado que estás pensando en establecerte aquí y que no encuentras casa. En la calle central del pueblo hay un pequeño local que compramos al llegar. El piso superior es una vivienda que también es nuestra. Lo adquirimos pensando en que si me recuperaba pondríamos una tienda en él. Una tienda con artesanía indígena. Hice amistad con la tribu local. Lo tenía todo dispuesto, pero enfermé. Si quieres, la vivienda que hay en el piso superior es tuya. Puedes utilizarla todo el tiempo que quieras. En realidad iba a ser el almacén.

—No puedo aceptarlo —le dije emocionada.

—Claro que sí. Lo harás. Además, aún nos queda lo peor; el trasplante. Queremos que durante la recuperación estés cerca de nosotros, sobre todo lo quiere Lucas —y le miró...

Antes del trasplante ocupé aquel pequeño piso de dos habitaciones. Organicé todo lo necesario para traer a mi madre cuando yo estuviera recuperada del todo. Coloqué mi aldaba dorada en la puerta de entrada, en mi casa, porque aquel lugar, pequeño, carente de lujos absurdos e innecesarios, era mi casa; la casa que jamás había tenido.

Tenía una gran azotea que daba a las montañas. Desde allí se podían ver las auroras boreales, el bosque de arces y el cementerio indígena que nadie encontraba y que yo, extrañamente, divisaba entre la niebla cada amanecer. Allí, entre las tumbas que exhibían sus peculiares y coloridos adornos, también estaba Kanda. Me sonreía, no podía ver sus labios, pero sentía su sonrisa y su mirada puesta en mí. Y volví a las tardes de lluvia, al rojo de las hojas de arce, al viento premonitorio de tormenta y los cielos malvas.

—Y ahora, ¿dónde vamos? —me preguntó Lucas aquella tarde, después de que nos diesen el alta a Santos y a mí en el hospital.

—Segunda a la derecha —le respondí—, y luego recto hasta el amanecer.

—¡Qué dirección más rara! —exclamó él mirándome fijamente.

Y yo le besé...

Jamás le conté mi historia a nadie. Sabía que no me creerían. Nadie lo haría.

Puedes localizar a la autora en:

Blog

<http://antoniajcorrales.blogspot.com.es>

Amazon

https://www.amazon.es/Antonia-de-J.-Corrales-Fernandez/e/B0072QUKFK/ref=ntt_dp_epwbk_0

Facebook

<https://www.facebook.com/antoniadejcorrales>

<https://www.facebook.com/Novelas-de-Antonia-J-Corrales-367071289993820/>

Twitter

<https://twitter.com/Antoniajcorrale>

Google+

<https://plus.google.com/u/0/101009993675172989587>

Instagram

@antoniajcorrales